

*Katherine*  
*La Hija de Lucifer*

*Pablo Aguayo Rivera*





*Katherine*

*La Hija de Lucifer*

*Pablo Aguayo Rivera*

«© **Pablo Aguayo Rivera.**  
claserjaguayo@gmail.com

Título, diseño y contenido de la novela.

**ISBN: 9798340682109**

Sello: Independently published.

Creación de imágenes, y corrección de textos con IA  
A través de Copilot.

Corrección de imágenes  
Jesús Eduardo Hernández Torres.

Edición y maquetación del libro  
Ana María Palomares López.

De la presente edición  
Abril del 2026.

**Copyright©2026, por Pablo Aguayo Rivera.**

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del «**Copyright**», y bajo las sanciones establecidas en el Título II de la Ley de Derechos de Autor del Milenio Digital (DMCA), la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluido el tratamiento informático. Así mismo, se **prohíbe** la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos o digitales, salvo a través de Amazon, único autorizado para su venta y distribución, con el fin de evitar cualquier acto de plagio.

Esta novela, es obra de ficción. Cualquier referencia, acontecimientos históricos, como el origen de la vida; personajes o lugares reales, se utilizan de forma ficticia. Los nombres, personajes, lugares e incidentes como acontecimientos son producto de la imaginación del escritor, y cualquier parecido con hechos reales, es pura coincidencia.



## *Dedicatoria*

Esta novela se la dedico con profunda devoción a mi hermano, el reverendo; **José Antonio Aguayo Rivera**. A pesar de que nos separan los ideales religiosos, nos une profundamente el amor por el prójimo. Este libro estuvo dos años archivado, esperando por una señal divina para su publicación. Gracias a que mi hermano labró el camino para ello, esta obra puede ser leída por muchas personas de pensamientos objetivos.



## *Nota del autor*

La inspiración para escribir esta novela surgió de un pasaje bíblico que siempre me ha fascinado: “El hombre fue creado a semejanza de Dios”. Este concepto me llevó a explorar la complejidad de la naturaleza humana, donde el conflicto y el perdón son elementos constantes en cualquier familia.

Mi intención en esta obra es llevar una reflexión de amor y perdón sin entrar en blasfemia con el Creador y tampoco satanizar al diablo. A través de la historia de Lucifer, y la mariposa de luz renaciendo como Katherine, quise reflejar cómo las decisiones y los errores pueden desencadenar eventos de gran magnitud, pero también cómo el amor y la redención pueden surgir incluso en los momentos más oscuros.

Los personajes en esta novela enfrentan sus propios desafíos; cada uno de ellos, debe encontrar su camino hacia la reconciliación y el perdón. Espero que los lectores encuentren en estas páginas una reflexión sobre la complejidad de la naturaleza humana y la importancia del perdón en nuestras vidas. Gracias por acompañarme en este viaje literario, en la humanidad, marcando el inicio de una era de conflictos y redención.



## *Agradecimientos*

Estaré eternamente agradecido con mis colaboradores en la creación y edición de esta obra literaria:

A Licenciada Ana María Palomares López, por edición de textos, imágenes, y maquetación de toda esta obra.

Al joven dibujante Jesús Eduardo Hernández Torres, por cada creación en cada trazo de sus dibujos realizados a mano, y extracción digital.

A Copilot de Microsoft, por ser el creador de tan bellas imágenes que juntos editamos.

# *Índice*

	Página
Dedicatoria	07
Nota del autor	09
Agradecimientos	11
Prólogo	15
Capítulo 01	19
La creación	19
Capítulo 02	27
Emerge una nueva criatura	27
Capítulo 03	37
Caín se enamora de Katherine	37
Capítulo 04	49
Katherine ayuda a Noé	49
Capítulo 05	59
Katherine la esclava	59
Capítulo 06	69
Primera batalla de Katherine	69
Capítulo 07	77
Katherine y el Nazareno	77
Capítulo 08	85
El surgimiento de Abadón	85
Capítulo 09	95
La séptima luna del Crepúsculo	95
Capítulo 10	103

La revelación	103
Capítulo 11	111
Invasión al infierno	111
Capítulo 12	119
Fuego mortífero	119
Capítulo 13	127
La transformación de Lucifer	127
Capítulo 14	135
La confesión	135
Capítulo 15	143
Ugklón la contraparte de Yahveh	143
Capítulo 16	151
Lágrimas celestiales	151
Capítulo 17	159
Lucha de titanes cósmicos	159
Capítulo 18	167
Los recuerdos	167
Capítulo 19	175
La última batalla de Katherine	175
Capítulo 20	183
Lucifer comienza el apocalipsis	183
Capítulo 21	191
Tornado cósmico	191
Capítulo 22	199

La sombra se tiñe de luz	199
Capítulo 23	207
El reinicio de la vida	207

## *Prólogo*

Cuando Lucifer cumplió 500 milenios de edad, Dios le regaló una mariposa de luz forjada de su espíritu divino para celebrar su cumpleaños. Esta mariposa, símbolo de pureza y belleza, se convirtió en su compañera inseparable. Sin embargo, el arcángel Miguel, cegado por los celos, convenció al ángel de Luz de sentarse en el trono del Creador. En un acto de desafío, Lucifer aceptó, y de inmediato, Dios trató de destruirlo por desobedecer el mandato divino y tratar de usurpar su trono.

En su cólera divina, el Creador, sin darse cuenta, creó el universo, lo que los humanos conocen como el “Big Bang”. Dios había usado todo su poder en tratar de destruir a su ángel más amado. En la explosión que dio vida al cosmos, la mariposa de luz salvó el espíritu de Lucifer, quedando ambos confinados en lo que hoy día es nuestro planeta Tierra.

La mariposa de luz sufrió una horrible transformación al salvar a Lucifer, convirtiéndose en una serpiente que se arrastraba al lado de su amo. Pasaron los milenios y Dios le presentó a su ángel amado a Eva y a Adán, dándole el mandato a Lucifer de cuidar a su creación. La serpiente, ingenua y curiosa, convenció a Eva de comer del fruto prohibido, trayendo consigo el cataclismo que definió a la humanidad.

Dios, en su cólera divina, quiso destruir a la serpiente por convencer a Eva de comer del fruto prohibido. Lucifer, por primera

vez en la historia de su creación, desafió a su Creador por el amor que le tenía a su mariposa de luz, que por salvar su espíritu fue transformada en una horrible criatura. En un acto de desesperación y valentía, Lucifer se interpuso entre Dios y la serpiente, suplicando misericordia para su amada compañera.

Dios ordenó al arcángel Miguel destruir a la serpiente por desobedecer su mandato. La mariposa de luz, ahora convertida en una serpiente, le mostró a Lucifer cómo despertar a los espíritus dormidos del planeta. Con su último aliento, la serpiente agonizó y, en un acto de desesperación, Lucifer transfirió el espíritu de su amada compañera al cuerpo de una bella primate, dando así comienzo a una nueva vida. La llamó Katherine, una criatura de belleza y poder incomparables, la cual amo como a una hija.

Katherine, dotada de la sabiduría y el espíritu de la mariposa de luz, se volvió impredecible en los planes de Dios, desatando batallas entre ángeles y demonios. Su existencia desafió el equilibrio del cosmos, y su destino se entrelazó con el de la humanidad, marcando así el inicio de una era de conflictos y redenciones.





# Capítulo 01

## La creación

Lo que se conoce como el “**Big Bang**” en un vasto punto del universo, fue el instante en que Dios decidió destruir a su ángel de luz más amado, Luzbel. Él era su creación más hermosa, y al verlo solo, creó a los ángeles para que lo acompañaran. A todos se les advirtió que el trono del Creador era intocable, y que la desobediencia sería castigada con la destrucción inmediata. El arcángel Miguel, consumido por los celos hacia Luzbel, quien gozaba del favor de Dios, tramó un plan para separarlos. Aprovechando un momento a solas, el arcángel Miguel desafió la inocencia de Luzbel con una pregunta ingenua:

—¿Sabes por qué nos está prohibido sentarnos en el trono del Creador? —inquirió el arcángel Miguel con una sonrisa astuta.

—Es la orden de nuestro Creador, y las consecuencias de desobedecer son bien conocidas —respondió Luzbel, sin sospechar la trampa.

—El ángel que se sienta en el trono obtendrá su poder y podrá crear a voluntad. Es por eso que nos lo prohíbe. Pero tú, su predilecto, podrías hacerlo sin temor. Las advertencias son, para nosotros, los arcángeles. Deberías sentarte y crear un ángel en señal de gratitud, con eso el Creador te amará más —insinuó el arcángel Miguel, sembrando la semilla de la discordia.

—Sería hermoso hacerle ese regalo en agradecimiento por crearme. Pero tengo miedo de que no le guste y me destruya al instante —respondió Luzbel, su voz temblaba de entusiasmo y temor.

—Su amor por ti es el más grande entre nosotros; nunca te haría daño. Se alegraría mucho por el regalo que le hicieras. Ninguno de nosotros, los arcángeles, ha agradecido nuestra creación. Serías el primero, y su amor por ti crecería aún más. Aprovecha que nuestro Creador está ocupado con nuestros hermanos para que lo sorprendas —instó el arcángel Miguel con una sonrisa persuasiva. Movido por el deseo de ser aún más amado por su Creador, Luzbel tomó la decisión que cambiaría el destino de todo.

Se acercó al poder del trono divino y, con una mezcla de reverencia y anhelo, se sentó.

El tiempo pareció detenerse por un instante antes de que la furia de Dios se desatara.

—Te advertí que jamás te sentarás en mi trono; está prohibido para todos, y me has desobedecido —la voz de Dios retumbó en sus aposentos, llena de ira y decepción.

En un acto de cólera divina, Dios desató todo su poder y destruyó su trono junto con Luzbel. La explosión fue tan inmensa que, sin intención, dio origen al universo. Los aposentos celestiales quedaron en ruinas, y los arcángeles se apresuraron a reconstruirlos, intentando aplacar la ira de su Creador.

Una vez calmado, Dios contempló la grandeza de su creación y decidió explorar cada rincón del nuevo universo, en santa soledad.

Dejó al arcángel Miguel a cargo de sus aposentos y partió en busca de un consuelo para su corazón afligido, pues la pérdida de su ángel de luz lo había sumido en la soledad.

Dios viajó por tiempo indefinido, visitando cada rincón del cosmos nacido de su ira. Con cada milenio, su sonrisa se reavivaba, pues cada maravilla cósmica le recordaba a su ángel favorito. En uno de sus viajes, llegó a un planeta de belleza inigualable. Mientras caminaba entre praderas vibrantes, sintió una energía familiar, la de Luzbel y lo llamó con una voz que resonaba con autoridad divina.

—¿Cómo estás, Lucifer? —preguntó Dios con firmeza.

—Estoy triste por estar lejos de ti. ¿Por qué me llamas por otro nombre? —respondió el ángel de luz con su voz quebrada.

—Ya no puedo llamarte como al principio; me desobedeciste, y esa traición me ha dejado solo una vez más —expresó Dios, su voz cargada de una tristeza eterna.

—¿Has venido a destruirme? —inquirió Lucifer, su figura tensa ante la incertidumbre.

—Aunque parte de mí lo desea, no puedo. Este lugar es un reflejo de la belleza que una vez vi en ti, pero estas criaturas son monstruosas. ¿Por qué las creaste así? —preguntó Dios, observando el paisaje con una mezcla de admiración y repulsión.

—Tras la explosión celestial en tu trono, quedé confinado aquí. Al principio, este mundo era una esfera de roca incandescente, y su fuego me atormentaba. Lo llamé “infierno” por el dolor insoportable. Cuando las llamas se extinguieron, la vida brotó, y con ella, esas criaturas. Las nombré demonios por su aspecto aterrador, con colmillos afilados y, sus garras amenazantes daban mucho terror, y

no quise lastimarlas, pensando que eran parte de tu creación y que era también un castigo divino de tu parte por mi osadía de usurpar tu trono —explicó Lucifer, atrapado en el remordimiento.

—Mi ángel amado, no sabes lo que he sufrido pensando que te había perdido. Milenios de soledad han pasado, y encontrar que aún existes me llena de alegría. Este lugar será el escenario de mi nueva creación. Serás el guardián de este mundo esplendoroso, al que llamaré Tierra —dijo Dios, su voz teñida de melancolía.

—Cumpliré tu voluntad y te agradezco por permitirme seguir existiendo —respondió Lucifer, su corazón lleno de gratitud.

—¿Y esa criatura horrenda que se arrastra a tus pies? ¿Qué es y cómo se llama? —preguntó Dios, tiñendo su rostro de ira.

—Es la mariposa de luz que me regalaste al cumplir mis primeros 500 milenios de edad. Me salvó al compartir su energía divina, transformándose en lo que ves ahora. La llamé serpiente por arrastrarse entre la maleza, y ha sido mi leal compañera —explicó Lucifer, contemplando a su criatura.

—Quítala de mi vista; su mirada me desagrada. No quiero verla nunca más. Encuentra un refugio, pues voy a purificar este mundo de los demonios para dar paso a mi nueva creación. Espera mi llamado una vez que haya terminado —ordenó Dios con determinación, su voz, un trueno que resonó en los cielos.

Lucifer se refugió con su serpiente en un rincón apartado y seguro. Tras un tiempo, vio caer del cielo una roca envuelta en llamas, presagiando el exterminio de los demonios. Veinte millones de años después, Dios convocó a Lucifer para presentarle a Adán y Eva, la culminación de sus planes para la Tierra

—Estas son las criaturas que he deseado crear desde hace tiempo. Tu desobediencia retrasó mis planes, pero también dio origen a incontables mundos hermosos, y este es el más magnífico de todos. Lucifer, veo que has recuperado el brillo que tenías en mis aposentos celestiales. Te has fortalecido y estás radiante. Cuida bien de mi nueva creación; vendré a visitarlos para observar su evolución —dijo Dios, su tono suave, pero firme.

—Amado Creador, velaré por ellos desde la distancia para que nada les suceda. No deseo ser responsable si desobedecen tu divina voluntad. Te ruego que la responsabilidad de obedecerte recaiga únicamente en ellos —expresó Lucifer, su preocupación era palpable en el semblante de su rostro.

—Mi querido ángel de luz, permíteles vivir con la libertad del viento. Solo ellos responderán por sus actos. Cuida este maravilloso mundo que tanto me fascina. Algún día, aquí estableceré mi nuevo trono. Ahora me retiro a mis aposentos; protege este hermoso lugar —dijo Dios, su voz llena de una autoridad serena, pero precisa.

Tras la partida de Dios, la serpiente se dirigió a Lucifer.

—Hacedor, temo que estas criaturas destruirán nuestro hogar y provocarán la ira del Creador, lo que podría llevarnos a la destrucción.

—Habla con todas las criaturas, aprende su lengua para que puedas comunicarte con ellos. Les llamaré, los “humanos erguidos”. Cuando sientas la presencia del Creador, ocúltate; él no desea verte de nuevo —instruyó Lucifer, su tono era de mando, pero con un tierno cariño.

—No entiendo por qué me rechaza, será por mi apariencia.

Si yo, soy parte de su luz divina, transformada por salvarte. El fuego que soporté durante milenios me ha dejado así —confesó la serpiente, su voz, un susurro de tristezas y melancolías.

—Para mí, sigues siendo tan hermosa como cuando el Creador te entregó en mis brazos. Siempre te veré de esa manera. Ve y aprende de los humanos para evitar conflictos con nuestro Creador; debemos cuidarlos —respondió Lucifer, su mirada suave al contemplar a su fiel compañera.

La serpiente obedeció y, con el tiempo, aprendió el lenguaje de los humanos. Se acercó a Eva y le preguntó:

—¿Te agrada nuestro mundo?

—El Creador nos ha instruido a llamarlo “Dios” en su presencia. Nos colocó en este paraíso para poblarlo y honrar su nombre. Adán, mi compañero, tiene la tarea de nombrar a las criaturas que nos rodean. ¿Por qué eres la única criatura que habla? —respondió Eva, su curiosidad despertada por la singular serpiente.

—Soy la criatura más antigua de este mundo, por eso hablo todas las lenguas de los seres vivos que habitan nuestro paraíso. ¿Qué te dijo Dios cuando te creó? —preguntó la serpiente con una curiosidad que parecía tan antigua como el tiempo mismo.

—Nos mandó a reproducirnos y poblar la Tierra, cumpliendo su voluntad. Nos advirtió específicamente que no comiéramos del fruto de ese árbol, pues hacerlo significaría la muerte —respondió Eva, su voz llena de la certeza que da la fe.

—No entiendo, Eva. Todas las criaturas, incluida yo, hemos comido de ese fruto y seguimos viviendo hasta que llega nuestro

final natural. Quizás haya, habido un malentendido, con el mandato. Cuando Dios regrese de nuevo, le puedes preguntar con armonía, y no temas, ve y come cuando tengas hambre; no te sucederá nada créeme —aseguró la serpiente, su tono era tranquilizador, pero llevaba un eco de duda.

Eva, influenciada por las palabras de la serpiente, probó el fruto prohibido y compartió su descubrimiento con Adán. Tras consumirlo, un escalofrío desconocido los invadió, y buscaron refugio en las hojas de los árboles.

—Ves que no te ha pasado nada. Puedes comer del fruto cuando tengas hambre —insistió la serpiente, observando cómo la semilla de la duda germinaba.

Desde la distancia, Lucifer observaba la escena; su expresión era un mosaico de emociones. Llamó a la serpiente y le preguntó con una voz que apenas ocultaba su preocupación:

—¿Por qué veo a la humana Eva tan inquieta?

—Mi hacedor, debemos llamar a nuestro Creador por el nombre de Dios, como fue su mandato.

Las criaturas humanas deben poblar nuestro mundo por orden divina. Le expliqué a Eva que el mandato de no comer del fruto podría haber sido malinterpretado, ya que ambos han comido y siguen con vida —explicó la serpiente, su voz era un susurro de incertidumbre.

—Si Dios les dio ese mandato y lo desobedecieron, temo que su ira caerá sobre ellos. Debemos escondernos para no presenciar la furia de su enojo —dijo Lucifer, su figura inquieta se desvanecía entre las sombras mientras buscaba refugio.



## Capítulo 02

# Emerge una nueva criatura

Con el tiempo, Dios regresó a la Tierra para visitar a Eva y a Adán. Al ver a Eva con su vientre hinchado, la ansiedad se apoderó de su presencia divina.

—¿Por qué has comido del fruto prohibido? Te di un mandato claro y me has desobedecido. ¿Qué te llevó a hacerlo? —preguntó Dios, su voz era un torbellino de decepción.

—La serpiente me aseguró que el fruto era seguro, que todos lo comían y seguían vivos. Y así ha sido, pues no he muerto y aquí sigo viva —respondió Eva, su temor era palpable como la brisa antes de la tormenta. Dios, lleno de ira, convocó a Lucifer y exigió saber el paradero de la serpiente.

—¿Dónde está esa abominación que creaste? ¡Voy a destruirla!

—No permitiré que eso suceda. Ha sido mi compañera por milenios, y te dejé muy en claro que no respondería por las acciones de tus criaturas humanas —respondió Lucifer, su furia era un fuego que no podía ser sofocado.

—Al caer el ocaso, enviaré al arcángel Miguel para que acabe con tu maldita serpiente. Si la defiendes, también serás destruido junto con ella. Maldigo el momento en que os creé. Adiós, Lucifer; esta será la última vez que nos veamos —declaró Dios, su ira era la furia de una tempestad que amenazaba con arrasar todo a su paso.

Lucifer, con el corazón pesado por la inminente batalla, se mantuvo firme al lado de su fiel compañera. La serpiente, aunque debilitada, irradiaba una determinación que desafiaba su frágil estado.

—No llores por mí, hacedor. Mi existencia siempre ha sido para servirte, y si mi fin se aproxima, lo acepto con honor. Pero no permitiré que te enfrentes solo a este destino. Juntos, hemos sobrevivido a la ira divina, y juntos, enfrentaremos lo que venga, no tengas miedo —dijo la serpiente, su voz, un susurro de valentía.

Lucifer, conmovido por las palabras de la serpiente, asintió con solemnidad. Se prepararon para el enfrentamiento, sabiendo que el ocaso traería consigo el desenlace de su caída celestial.

—Si hemos de caer, caeremos como los titanes que desafiaron el cielo. No como cobardes que huyen de su destino. Esta Tierra, que ha sido testigo de nuestra lucha y nuestro amor, será el escenario de nuestra última resistencia —declaró Lucifer, su voz resonaba con la fuerza de mil batallas.

—Amado hacedor, veo que nada que diga te hará cambiar de parecer por tu amor hacia mí. Vamos al centro de la Tierra, te enseñaré a cómo despertar los espíritus de las criaturas que Dios exterminó con la roca que envió de los cielos.

El arcángel Miguel no vendrá solo y no perderá la oportunidad de destruirte, se llevará una sorpresa muy desagradable —dijo la serpiente con ternura.

Lucifer hace caso de lo que la serpiente le dijo, pues sabe que gracias a ella él sigue existiendo y no quiere separarse de su lado. Llegaron al sitio donde cayó la roca del cielo y exterminó a las criaturas que él nombró demonios. La serpiente le dice a Lucifer que ponga una mano en el costado de ella y la otra en la Tierra,

ahora con voz estruendosa y todas tus fuerzas, ordena a todos los espíritus cuáles cuerpos fueron exterminados, que vengan delante de ti y se inclinen. De momento, Lucifer se ve rodeado de todos los demonios inclinados a sus pies, y les dice:

—Hoy, en la llegada del ocaso, vendrá otra criatura del cielo a tratar de terminar con nuestro mundo como una vez lo hicieron. Sus cuerpos son cenizas en la Tierra, pero sus espíritus están aquí para defender nuestro amado hogar. Vayan a dormir y esperen mi llamado para la lucha infernal que vamos a enfrentar.

Lucifer observa que la serpiente casi no puede moverse y le pregunta qué le sucede.

—Cuando fui creada por Dios, lo hizo con una parte de su luz divina, perdí la mitad cuando te salvé en la explosión y la otra mitad la perdí ahora protegiéndote, fui creada para servirte —respondió la serpiente con su voz solloza.

—No quiero perderte, dime qué debo hacer para salvarte —dijo Lucifer triste, aferrado a una esperanza.

—Antes de la llegada del alba debes transferir mi espíritu a otro cuerpo y así deberás hacerlo por siempre si quieres que esté a tu lado. Cuando llegue el arcángel Miguel, deja que presuma su poder, luego ordena a los demonios a luchar en contra de los ángeles que vengan a destruir nuestro mundo —dijo la serpiente. Lucifer con mucha ternura, levanta a la serpiente y se dirige al paraíso donde están los humanos erguidos para ver qué sucede. Cuando llegue el arcángel, esta vez está preparado para enfrentarlo. El cielo comenzó a oscurecerse, y las estrellas parpadearon como si presenciaran el preludio de una batalla épica.

Lucifer y la serpiente, unidos en espíritu y propósito, se prepararon para enfrentar su destino, con la esperanza de que su amor perdurara más allá del fin de los tiempos. Llega el ocaso y se escucha el silbido de un cuerno estruendoso en el cielo reclamando por la presencia de Lucifer y él le responde:

—Aquí estoy, arcángel Miguel, ¿por qué vienes con tantos ángeles? ¿A qué le temes, y qué quieres?

—Vine a visitarte, llevo milenios sin verte y te extrañé mucho, por cierto, ¿en dónde está la criatura a la que le llaman serpiente?, vine a exterminarla —respondió el arcángel Miguel con sarcasmo.

La serpiente, al escuchar al arcángel Miguel, sintió un miedo horripilante, y con la última chispa de su luz divina, se enroscó alrededor de Lucifer, compartiendo con él un vínculo que iba más allá de la creación y la destrucción.

—La criatura que busca la tienes frente tuyo, está enroscada en mi cuello, te brindo la oportunidad de un doble exterminio.

¿Qué te parece? —dijo Lucifer, desafiando el presagio de su victoria.

El arcángel Miguel saca su espada y va lleno de furia a cortar la cabeza de Lucifer. De momento, comienzan los demonios a salir debajo de la Tierra, atacando a los ángeles. Ellos se aterrorizan, nunca habían visto criaturas de espíritus enormes con dientes y garras con sonidos perturbadores. Las espadas de los ángeles no hacen daño alguno a los demonios.

Lucifer ordena que arranquen las alas de los ángeles y no intervengan en la lucha con el arcángel Miguel.

Lucifer le pregunta:

—¿Te gustó mi sorpresa, hermano?

—Tu sorpresa es inesperada —dijo el arcángel Miguel, su voz, una mezcla de sorpresa y admiración.

—¿Sabes cómo se ve un ave sin sus alas? —inquirió Lucifer.

—No vine por las aves. Pero eso no cambiará el resultado final. El Creador ha decretado que este mundo debe ser purificado y ahora le llevaré tu cabeza y la de tu criatura.

—Te voy a arrancar las alas y se las pondré al demonio más horripilante de mi ejército para tener un recuerdo tuyo y nunca olvidar tu traición. Por tu culpa no estoy en los aposentos de mi Creador. Los voy a entregar a todos ustedes sin alas para ver qué dice de mi obsequio el Creador cuanto te tire frente a sus aposentos. Terminemos con esto ahora, anheló arrancarte tu poder divino —dijo Lucifer, con su mirada rebosante de furia.

Fue la primera batalla entre ángeles y demonios, una lucha titánica, un choque de voluntades divinas y fuerzas primordiales. Los demonios, guiados por Lucifer, lucharon con una ferocidad que resonaba con la esencia misma del planeta. Los ángeles, aunque poderosos, se encontraron desconcertados ante la resistencia inquebrantable de sus adversarios.

Lucifer ganó este primer encuentro conservando las alas de los caídos, no quiso exterminar a ninguno por amor y temor a su Creador. Deja unos pocos con alas para que se puedan marchar de su mundo y jamás regresen. El más perjudicado fue el arcángel Miguel. Lucifer le arrancó sus alas y le arrebató su espada como trofeo de esa primera batalla. Al final, cuando el polvo se asentó y el ocaso dio paso a la noche, el arcángel Miguel y sus huestes se retiraron, heridos, pero no derrotados. Lucifer y sus demonios habían protegido, su hogar, pero a un gran costo, quedando escrito.

La serpiente, su amada compañera, yacía exhausta, su espíritu listo para ser transferido antes de que el alba trajera consigo un nuevo día.

De momento, Lucifer observa una criatura que se parece a Eva, pero llena de pelos por todo su cuerpo, y le pregunta a la serpiente:

—¿Te gusta ese cuerpo?

—No importa en dónde transfiera mi espíritu, solo quiero estar siempre a tu lado, tengo miedo de despertar en otro cuerpo y no recordarte. Apresúrate, no me queda tiempo —respondió la serpiente. Con cuidado y reverencia, Lucifer comenzó el ritual para salvar a la serpiente, consciente de que este acto los uniría de una manera que nunca antes habían experimentado.

Mientras la primera luz del amanecer tocaba el horizonte, el espíritu de la serpiente encontró un nuevo hogar en el cuerpo que Lucifer había elegido.

—Katherine —susurró Lucifer, mientras la criatura abría los ojos a un mundo renovado—. Aunque tu forma ha cambiado, nuestro vínculo permanece eterno. Juntos, forjaremos un nuevo destino para este mundo y todos sus habitantes.

Y así, en la quietud del amanecer, comenzó una nueva era para Lucifer al ver la serpiente convertida en una nueva criatura a la cual llamó Katherine. Llegó una era de esperanza y desafíos, de amor y de lucha, en un mundo que siempre recordaría la batalla del ocaso. Lucifer, con el peso de la eternidad en su mirada, contempló a Katherine, la nueva encarnación de su amada serpiente. Aunque su corazón se desgarraba al ver que ella no lo reconocía, sabía que, en lo profundo de su hermoso ser, el espíritu seguía siendo el mismo que había amado durante milenios.

—Katherine, aunque tus ojos no me recuerden, tu espíritu y el mío están eternamente entrelazados. Te enseñaré de nuevo quién soy, y juntos, reconstruiremos este mundo que tú y yo hemos defendido a capa y espada —dijo Lucifer, su voz era un susurro de promesas y esperanza.

Katherine, aunque confundida, sentía una conexión inexplicable con Lucifer. En sus ojos, una chispa de reconocimiento comenzaba a brillar, como una estrella distante recordando su lugar en el cosmos.

—No sé quién eres, pero algo dentro de mí siente que debo confiar en ti. Enséñame, por favor —respondió Katherine, su voz temblaba como cuando un niño dice sus primeras palabras y con la incertidumbre de un nuevo comienzo. Lucifer tomó su mano, y juntos caminaron por el paraíso terrenal, ahora marcado por las cicatrices de la batalla celestial.

A su alrededor, la vida comenzaba a brotar nuevamente, como si la Tierra misma se recuperara del conflicto que había presenciado.

—Este mundo es nuestro hogar, y aunque las fuerzas del cielo han intentado destruirlo, permanece firme. Tú y yo somos los guardianes de este lugar, y mientras estemos juntos, nada podrá vencernos —declaró Lucifer, su determinación era tan inquebrantable como las montañas que se alzaban en el horizonte. Y así, en medio de un mundo renacido de las cenizas de la guerra, Lucifer y Katherine se embarcaron en una nueva era, una donde los lazos del amor y la lealtad serían la base de una nueva creación, una que desafiaría incluso al Creador y a los arcángeles. Lucifer, observando a los demonios reunidos, recordó cuando estas criaturas majestuosas dominaban la Tierra. Eran los señores de un

mundo antiguo, cuyos espíritus, tras la catástrofe que los extinguió, habían permanecido, esperando ser convocados una vez más. En su nueva forma espiritual. Las cuales son las criaturas de la prehistoria.





## Capítulo 03

# Caín se enamora de Katherine

Después de la primera batalla entre ángeles y demonios, en la séptima luna resonó el cuerno estruendoso, convocando a Lucifer. Él, anticipando otra contienda, ordenó a sus demonios que le siguieran. Con el pecho inflado de resentimientos, inquirió sobre el llamado, y una voz celestial respondió.

—¡Hola, Lucifer! Soy tu hermano, el arcángel Jofiel. He venido a hablar contigo; por eso estoy aquí solo y desarmado. ¿Puedo acercarme a tu lado?

—Hermano Jofiel, qué alegría verte y qué honor recibir al arcángel más sabio de la creación. Permíteme ordenar a mis demonios que se retiren, así podremos conversar en paz y te sentirás como en casa.

¿Te ha enviado el Creador? —Lucifer respondió, su voz, un eco de entusiasmo contenida por la cautela.

—Como bien sabes, sin su mandato no podemos abandonar los aposentos divinos. Se alegró al saber que estás bien y consideró la batalla épica una valiosa lección para el arcángel Miguel. Estaba dispuesto a venir con todos los arcángeles para destruirte, pero el Creador dejó esa decisión en mis manos. Prefiero que me escuches con la sabiduría que te caracteriza. Sé cuánto amas a tu criatura, y lo comprendo, pero debo llevársela al Creador —dijo

Jofiel, su tono sereno, ocultando las turbulentas emociones que agitaban su ser.

—Aquí está lo que quedó de ella; me entregó su luz divina, protegiéndome cuando el arcángel Miguel llegó. La pobre estaba agonizando. Él no vino con deseos de hablar; desde nuestra creación, ha anhelado mi exterminio. Por eso fue la batalla, y estoy preparado para enfrentarlo de nuevo —dijo Lucifer.

—¡Cuanto lo siento, hermano mío! —exclamó el arcángel Jofiel.

—Eres mi hermano preferido, Jofiel. Te entrego la mariposa de luz que me obsequió nuestro Creador. Al llegar a este mundo, su apariencia cambió y la nombré Serpiente, la criatura de la discordia. Llévatela, por favor, para vivir en paz —dijo Lucifer con un suspiro de resignación.

—Por eso vine solo, hermano mío. Eres el ángel más divino de la creación y el más rebelde de todos. Me voy con tu criatura para que haya paz en los aposentos del Creador. Él me dijo que a tu nueva criatura un día le llamarán Lucy; desconozco sus acertijos divinos, pero cumplo con darte el mensaje. Ahora tus demonios se ven hermosos con las alas de los ángeles. Me retiro, mi ángel de luz. Cuídate mucho del arcángel Miguel —respondió Jofiel, su voz impregnada de una melancolía insondable.

Tras la partida del arcángel Jofiel con el cuerpo de la Serpiente, Lucifer se dirigió hacia Katherine para ver cómo seguía. Ella comenzó a recordarlo y le dijo:

—Hacedor, soy la Serpiente; mi espíritu vive en este cuerpo. Estoy feliz de volver a estar a tu lado y poder recordarte.

—De ahora en adelante, me llamarás Padre, como lo hacen los humanos pequeños; así escuché a uno que le decía a Adán. Jamás

vuelvas a pronunciar el nombre de la Serpiente, por nuestro bien. Tienes la estatura de un humano pequeño; debemos tener mucho cuidado de que ninguna criatura desee devorarte. Pondré dos demonios que te cuiden del alba al ocaso. Nunca debes estar sola; ellos velarán por ti mientras organizo un ejército, por si el arcángel Miguel decide volver. Si requieres de mi presencia, sopla este cuerno de cabra y estaré contigo de inmediato, cuídate, pequeña, te veré pronto —dijo Lucifer con una mirada que mezclaba ternura y solemnidad.

Los años transcurrieron y la Tierra se fue poblando de humanos. La niña de Lucifer, ahora una criatura adulta, albergaba el espíritu de Katherine, dotado del poder de la metamorfosis. Podía transformar su cuerpo en criaturas semejantes a ella. Optó por una apariencia similar a la de Eva para poder convivir con los humanos. A pesar de toda su libertad, se sentía sola y anhelaba ver a su Padre, pero el cuerno solo podía sonar en momentos de peligro.

Con el tiempo, un joven humano la descubrió y, cautivado por su belleza, se acercó para hablarle.

—¡Hola! Veo que no eres descendiente de mis padres, ¿tienes nombre?

—Me llamo Katherine y soy descendiente de otra criatura. ¿Y tú, cómo te llamas?

—Mi nombre es Caín, hijo de Eva y Adán. Me gustaría procrear contigo si no estás comprometida con otro hombre.

—Estoy libre, pero dame diez lunas para responderte —dijo Katherine, su voz temblorosa ante la propuesta inesperada. El deseo de Katherine de unirse a Caín era intenso, pues estaba en

celos, pero no podía actuar sin antes consultarlo con su Padre. Decidida, sopló el cuerno esperando que Lucifer cumpliera su promesa. En un instante, él apareció ante ella, su expresión agitada por la preocupación.

—¿Por qué tienes el cuerno de mi hija?

—¡Padre, soy yo, Katherine! Hace tiempo que no te veo y deseo tu bendición para unirme a los humanos.

—¿Cuántos milenios han pasado? ¿Y por qué adoptas otra apariencia? No comprendo tu deseo de unirme a los humanos. ¿Por qué ese deseo? —preguntó Lucifer, su voz teñida de confusión.

—Desde la creación de los humanos erguidos, el tiempo se ha acelerado y ahora tengo veinte años. Mi espíritu me otorgó el don de cambiar de forma para convivir con ellos. Me he sentido sola desde tu ausencia —confesó Katherine, su mirada perdida en recuerdos distantes.

—Debes mantenerte alejada de los humanos. Si el Creador percibe tu espíritu, te destruirá en un instante. No debes unirme a ellos; nos expondría a un gran peligro —advirtió Lucifer, su semblante endurecido por la preocupación.

—En las ocasiones en que Dios ha hablado con los humanos, no ha detectado mi espíritu, a pesar de mi cercanía. Nuestra energía se confunde con la Tierra, haciéndonos imperceptibles. Por eso, cuando desean comunicarse contigo, deben tocar el cuerno estruendoso desde el cielo —explicó Katherine, su voz firme pese a la incertidumbre que la embargaba.

—Mi hija amada, debo ser más cauteloso con el tiempo. Con tu nueva forma de vida, no puedes acompañarme a las profundidades de la Tierra; es mucho más ardiente el centro que cuando llegamos.

Estoy liberando demonios atrapados para que se unan a mis legiones. Pronto traeré a Auriós para que lo conozca; es mi demonio más poderoso. Le he otorgado las alas del arcángel Miguel, convirtiéndolo en uno de los seres más fuertes del universo. Debo seguir con mi búsqueda. Recuerda, solo toca el cuerno de cabra si es necesario. Ahora que tu tiempo es más corto, por favor, toma con cariño este reloj de arena, hecho de madera y vidrio, para medir el alba y el ocaso —instruyó Lucifer, entregándole el artefacto con solemnidad de amor. Tras el encuentro, Katherine se sintió inundada de felicidad, habiendo conversado con su Padre después de tanto tiempo.

El incontrolable deseo de Katherine la llevó ante Caín, con la intención de unirse a él. Para su sorpresa, descubrió que ya compartía lecho con dos mujeres embarazadas, una visión que la desagradó profundamente, empujándola a distanciarse.

Con el tiempo, conoció a un hombre de extraordinaria belleza llamado Abel, ignorando que era el hermano de Caín.

Tras un breve cortejo, decidió unirse a él y trabajar la Tierra, como era costumbre entre los humanos. Un día, Caín se acercó a Abel para pedirle prestadas unas herramientas de cosecha y, al llegar, se topó con Katherine, la mujer que había deseado para sí.

Con firmeza, le preguntó:

—Abel, ¿por qué estás con Katherine? Tenía planes de vivir en unión libre con ella.

—Todas las mujeres de nuestra estirpe están unidas a hombres, y ella era la única sin compañero. Fue su elección vivir bajo mi techo —respondió Abel con calma. Frente a Caín, y Abel se dirigió a Katherine:

—¿Tenías algún compromiso de unión con mi hermano Caín?

—Hablamos de vivir juntos, y le prometí una respuesta. Pero al ir a su lecho, vi que ya vivía con dos mujeres embarazadas. Buscaba un compañero sin ataduras, y por eso me uní a ti —explicó Katherine, su voz firme y segura.

—¿Has escuchado a la mujer? La ley de nuestro Padre Adán es unirnos solo con aquellas que nos son entregadas. Katherine no proviene de nuestra sangre, así que no puedes reclamarla. Te pido que regreses a tu hogar y no vuelvas; ella me pertenece —declaró Abel, su tono, dejando claro que no admitiría réplica.

Caín se fue furioso porque la ley de Adán no la podía aplicar con Katherine al ser descendiente de otra criatura.

Pasaron los años y las mujeres de Caín habían perdido su juventud y Katherine se conservaba como la mujer más bella de todas las hembras por no poder tener hijos. Caín no dejaba de asecharla cada vez que podía, se había obsesionado con su belleza y con el aroma que emanaba Katherine cuando estaba en celos, la quería tener por la fuerza y la única manera de hacerlo era matando a su hermano Abel para reclamarla con su Padre Adán.

Desde ese momento los hermanos tenían enfrentamientos para terminar uno con el otro, y así estuvieron por mucho tiempo, hasta que una noche Caín va al lecho de Abel y observa a los dos teniendo relaciones sexuales. Es la primera vez que Caín contempla a Katherine desnuda y su obsesión de poseerla terminó asesinando a su hermano Abel. Los días transcurrieron y el cielo se tornó tempestuoso sobre el hogar de Caín. Rayos caían como

juicio divino, y una voz celestial le ordenó abandonar su lecho y vagar en soledad, lejos de sus progenitores, Eva y Adán. Debería dejarlo todo y caminar junto a su sombra, hasta desaparecer de lo que una vez fue su hogar.

Katherine, sumida en la tristeza por la muerte de Abel, tocó el cuerno en busca de consuelo de su Padre. Lucifer acudió al llamado y, al llegar, la abrazó sin demora, mientras ella narraba entre lágrimas lo acontecido.

—¿Mi niña, por qué emanan de tus ojos gotas semejantes a la lluvia? —inquirió Lucifer, desconcertado ante tal manifestación.

—Es el dolor que oprime mi pecho por la pérdida de Abel. No entiendo por qué Caín acabaría con su propio hermano, siendo ambos frutos de la creación divina —respondió Katherine, su voz quebrada por el lamento.

—Te advertí que no debías mezclarte con los humanos; presagiaba que algo nefasto ocurriría. Sentí la cólera del Creador desde las profundidades, pero no acudí, sabiendo que estabas a salvo al no oír el cuerno. Vamos, mi niña amada, a un lugar apartado de los humanos. He reunido a todos los espíritus y he construido un refugio muy poderoso cerca del centro de la Tierra, es un bastión contra la ira divina. Hallaré la manera de llevarte sin que perezcas en el ardor infernal que allí impera —declaró Lucifer, su tono mezclado de determinación y preocupación.

Con el paso de los años, al alba, el arcángel Jofiel hizo sonar el cuerno para convocar a Lucifer. Tras el llamado, ambos se encontraron en la cima más alta de la Tierra para dialogar.

—El Creador desea verte en sus aposentos para discutir un

asunto contigo de suma importancia —anunció el arcángel Jofiel.

—Si el Creador ansía mi fin, que descienda a la Tierra; jamás abandonaré mi morada —replicó Lucifer con desafío.

—Te convoca por la muerte de Abel. Ve, sin temor; de querer tu destrucción, ya habría desatado una segunda contienda aquí. Permaneceré junto a tus demonios como prenda de tu seguro retorno antes de dos lunas; de no ser así, podrán darme muerte sin que ofrezca resistencia —ofreció el arcángel Jofiel, su gesto, uno de sacrificio para la tranquilidad de su hermano.

—No necesitas quedarte, los demonios, están agraviados con Dios, podrían herirte. Confío en tu palabra; vamos sin temor ante el Creador —concluyó Lucifer, sellando su decisión.

El arcángel Jofiel instruye a Lucifer que el Creador tomó la postura de los humanos en decirle Padre a su progenitor. Cuando estés frente a su presencia, le llamarás Padre.

Lucifer llega a los aposentos de Dios, se inclina y le dice:

—Padre, amado, aquí estoy para hacer tu voluntad, dime en qué te puedo servir.

—Hijo mío, porque tomaste la apariencia de tus demonios, si eres mi ángel más hermoso de la creación —dijo Dios melancólico.

—Padre, ahora ellos son parte de mí y debo verme como ellos, perdóname si te ofendo —dijo Lucifer acongojado.

—Te comprendo, hijo mío, puedes estar tranquilo, te envié a buscar por una razón de tristeza para mí. Los humanos tienen alma y uno de ellos cometió el horror de asesinar a su hermano, por la avaricia de querer tener a una mujer por la fuerza, es imperdonable. Ya pronto su hora le llegará y quiero que su alma esté en custodia contigo en el refugio que tienes en el centro de la Tierra para que

sufra con las llamas de ese lugar. Pronto te enviaré el alma de Caín con tu hermano, el arcángel Jofiel, porque sé cuánto ustedes se quieren y ninguno levantará la espada en contra del otro. Ve a tu hogar mi bello ángel de luz; si volviera a requerir de tu presencia, enviaré al él por ti —dijo Dios con autoridad y cariño.

Luego que Lucifer visitó los aposentos del Creador, pasaron 700 años y por donde quiera ya había humanos. Katherine, por el horror que vivió al perder a su compañero, estuvo viviendo dentro de una cueva en soledad, sin importar las veces que su Padre Lucifer la quería sacar de ese sitio. Ella nunca quiso abandonar su penitencia al dolor que habitaba en su corazón.

Pasó el tiempo y le llegó la hora a Caín, el arcángel Jofiel viene con su alma para llevarla al centro de la Tierra con Lucifer como Dios lo había ordenado. Siguiendo el mandato del Creador, van bajando a la profundidad del planeta y, de momento, el arcángel Jofiel detiene su viaje y le dice a Lucifer:

—Debemos regresar, no puedo acompañarte, mis alas se están quemando y siento perder la luz divina de mi Creador.

—Ve a la superficie de la Tierra, resguardo el alma de Caín con mis demonios y te veo en tres lunas, no te vayas para ir juntos delante del Creador y decirle por qué no lograste llegar conmigo al centro de la Tierra —dijo Lucifer angustiado.

Luego de cumplir con el mandato del Creador, el arcángel Jofiel y Lucifer van a los aposentos de Dios para explicar lo sucedido. Los dos se inclinan delante de él y le piden permiso para hablarle. El

primero en hablar es Lucifer.

—Amado Padre, vine a suplicarte que no derrames tu ira con mi hermano Jofiel, no pudo acompañarme hasta el centro del planeta porque las llamas lastimaban sus alas y el calor apagaba su luz divina, te imploro de rodillas no castigarlo.

—Tranquilo, hijo mío, nada le sucederá a tu hermano, si eso le pasó a un arcángel, entonces el tormento de las almas será diez veces mayor. El centro de la Tierra la llamaré prisión del infierno y ahí guardarás las almas que te envié, márchate a tus dominios mi ángel de luz —dijo Dios con regocijo.

Mientras tanto, Katherine, que había vivido en la penumbra de su dolor, comenzó a sentir un cambio dentro de sí. La presencia del alma de Caín, aunque lejana, agitaba las aguas estancadas de su propio espíritu.

—Padre, me siento abrumada, ¿qué destino le espera a Caín? ¿Y qué será de mí? —preguntó Katherine, su voz, una mezcla de curiosidad y rencor.

—Hija, el destino de Caín está sellado por sus acciones. En cuanto a ti, tu camino aún está por escribirse. Debes elegir entre permanecer en la sombra de tu pasado o buscar la luz de un nuevo comienzo —aconsejó Lucifer, ofreciendo a Katherine una elección que podría liberarla de su sufrimiento.

Con el alma de Caín ahora encerrada en las profundidades, el equilibrio entre la luz y la oscuridad se mantenía precariamente. Katherine, ante la encrucijada de su existencia, se encontraba en el umbral de una decisión, que definiría, su eternidad por la tristeza. Con su corazón destrozado, pero decidido, Lucifer guió a Katherine

a través de las sombras que se retorcían hacia el abismo. A medida que descendían, el calor y la oscuridad se intensificaban, pero el espíritu de Katherine brillaba con una luz que desafiaba la opresión del infierno.

—Katherine, tu luz es como la de los albores del tiempo, pura y desafiante —murmuró Lucifer, su voz, un susurro en la tormenta de fuego.

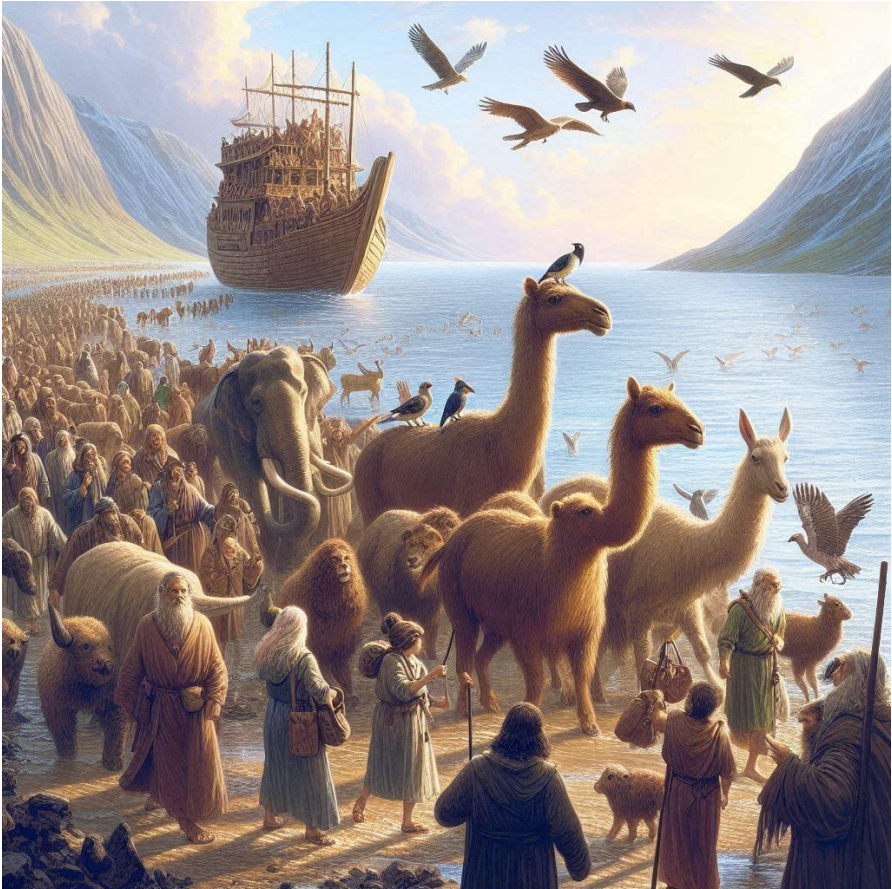
—Padre, es el fuego de la justicia, el poder de la verdad que arde dentro de mí. No temo a este lugar, pues mi propósito es claro y preciso —declaró Katherine, su determinación iluminando el camino al lado de su Padre.

Al llegar a la prisión del infierno, encontraron el alma de Caín, encadenada y atormentada por las llamas eternas. Katherine observó, y en su corazón, el deseo de venganza se transformó en piedad.

—Caín, aunque tu crimen es imperdonable, encuentro paz en la justicia, no en tu sufrimiento. Que mi perdón sea la última luz que veas antes de que te consumas en el olvido —pronunció Katherine, y con esas palabras, su espíritu se elevó, liberándose de las cadenas del pasado.

Lucifer, testigo de la transformación de su hija, sintió un abismo de orgullo. Katherine había encontrado su camino, no en la venganza, sino en la liberación del perdón.

—Padre, es hora de buscar un nuevo comienzo, un nuevo cuerpo para mi espíritu renacido. Guíame hacia la superficie, hacia la luz del día —pidió Katherine, lista para enfrentar un nuevo destino.



## Capítulo 04

# Katherine ayuda a Noé

Han pasado más de mil años desde la muerte de Caín, y la Tierra se ha poblado de humanos. Dios, cansado de la maldad de los descendientes de Adán, se retira del mundo terrenal y confía los asuntos humanos al arcángel Uriel. Este último, con la pesada carga de la responsabilidad celestial, desciende a la Tierra para comunicar a Lucifer el nuevo decreto divino.

El sonido del cuerno celestial resuena, un llamado que atraviesa las dimensiones del cosmos para convocar a Lucifer.

—¿Quién osa perturbar mi exilio? —exige Lucifer con arrogancia.

—Soy yo, Uriel, tu hermano. He venido a discutir contigo el nuevo mandato del Creador —responde Uriel, su voz teñida de una cautela que roza el miedo.

—¿Y necesitas acaso cincuenta mil ángeles para una simple charla? ¿Es acaso una declaración de guerra lo que traes? ¡Qué así sea! —Lucifer se levanta, su furia desatada como una tormenta. En un instante, dos demonios aparecen por cada ángel, listos para la batalla en el cielo y en la Tierra, uno acechando a cada humano desde las sombras. De repente, como un relámpago que cae del cielo, el arcángel Jofiel se materializa junto a Lucifer. Se arrodilla, su gesto es de súplica, y pide perdón por la imprudente en la forma que llegó el arcángel Uriel. No quiere un enfrentamiento y ruega.

—Hermano mío, te ruego que escuches el nuevo mandato de nuestro Padre. Imploro que tus demonios se abstengan de la violencia. Escucha mi súplica —dice el arcángel Jofiel con una voz que lleva el peso de la desesperación, con temor a la confrontación.

—Nuestro Padre me aseguró, delante de ti, que cualquier asunto terrenal sería tratado directamente contigo. ¿Qué significa entonces esta visita? —interroga Lucifer, su desconfianza es palpable.

—Querido portador de luz, nuestro Padre se ha sumido en la tristeza por las acciones de los humanos. Ha partido hacia los confines del universo en busca de una nueva creación, distinta a la humanidad fallida. Por ello, ha dejado todo en manos del arcángel Uriel. Te suplico, comprende la pena de nuestro Padre y permite que nuestro hermano te hable en paz. Ordenaré la retirada de los ángeles para que podamos dialogar en calma —explica el arcángel Jofiel, su tono es de reconciliación y esperanza.

—Perdóname, hermano mío —dijo el arcángel Uriel, su voz, un murmullo de sinceridad—. No vengo por ti, sino por los humanos. Nuestro Padre me ha enviado con cincuenta mil ángeles, pues considera que son criaturas más peligrosas que tus demonios. Lucifer, con una expresión de pesar, respondió: —Lamento haberte recibido así. Desde mi enfrentamiento con el arcángel Miguel, he esperado otro combate y me he preparado para ello. Pero ven, caminemos por la Tierra y admira su belleza mientras discutimos los mandatos de nuestro Padre.

Transcurrió el tiempo y doscientos años después de la visita del arcángel Uriel, la maldad humana había infectado la Tierra. El infierno estaba abarrotado, y Lucifer, en un dilema, envió a uno de

sus demonios a los aposentos del Creador para buscar consejo divino. Sin embargo, fue el arcángel Miguel quien recibió al mensajero, y en un acto de venganza por las alas perdidas, decapitó al emisario.

El arcángel Jofiel, furioso, confrontó al arcángel Miguel: —Nuestro Padre está ausente por la tristeza que le causan los humanos, y tú, ¿asesinas a un mensajero desarmado? ¿Eres consciente de las consecuencias?

—Jofiel, siempre has temido a Lucifer, pero yo no —replicó el arcángel Miguel con menosprecio—. Él envió un mensajero, y yo he enviado un mensaje. Nuestro Padre se regocijará cuando decapite al ángel de luz. Ansío ese momento.

El arcángel Jofiel, con una mirada de amor fraternal, replicó:

—No temo a Lucifer. Lo amo como nuestro Padre nos enseñó. Si se ha convertido en un ángel rebelde, es por tu traición. A pesar de su apariencia demoníaca, para mí sigue siendo un ser de luz admirable. Pero te advierto, Miguel, si me obligas a levantar mi espada contra él, pediré a nuestro Padre que nos enfrente en un duelo de exterminio. Y si Lucifer llega con sus demonios, te enfrentarás solo, pues ningún ángel celestial te apoyará.

En la Tierra, la impaciencia consume a Lucifer; su mensajero demoníaco no ha regresado, y él sabe que el arcángel Miguel está detrás de este retraso. Con un sonido que desgarrar al silencio, el cuerno de guerra resuena, y millones de demonios se alistan para el combate, y su amo les dice: —Hoy ascendemos como aves de caza hacia el cielo, hacia una guerra inevitable —proclamó Lucifer, lleno de euforia—. Quizás no regresemos, pero no viviremos más

bajo la sombra del temor. ¡A la guerra!

Al llegar a las puertas celestiales, Lucifer es recibido por el arcángel Jofiel. —Lucifer, comprendo tu urgencia, pero nuestro Padre aún no ha retornado. Te ruego paciencia y que evites un ataque precipitado.

—La maldad humana siempre fue un enigma para mí, pero ahora veo su origen en Miguel, quien ansía destruir la obra de nuestro Padre. Hazte a un lado, Jofiel, vengo por su cabeza —exige Lucifer, su paciencia agotada.

En ese momento crítico, Dios aparece con una voz que retumba en los cielos y la Tierra. Todos los ángeles se postran, excepto los demonios.

—¿Por qué no se inclinan ante mi presencia? —preguntó Dios. El general Aurios responde con desafío: —Fuimos desechados por no reflejar la belleza de tus ángeles. Solo reconozco a un Dios, y ese, es mi amo Lucifer. A regañadientes, por orden de Lucifer, el general Aurios se inclina, pero de lado, en un acto de protesta insolente.

Lucifer, arrodillado, súplica a Dios:

—Padre, el infierno está lleno, por eso envié un mensajero. No es mi intención desobedecerte. Perdona mi llegada abrupta, pero Miguel no descansará hasta verme destruido.

Dios respondió con una tristeza insondable:

—Mi amado ángel de luz, no conoces la pena que llevo. Envié un meteorito para exterminar a las criaturas monstruosas, pero los verdaderos monstruos resultaron ser los humanos. He contemplado su exterminio durante siglos, para que no habiten ningún otro lugar. Pero temo por las criaturas inocentes de tu hogar. Ordenaré a Noé,

mi fiel siervo, que construya un arca para salvar una pareja de cada especie. Lavaré la Tierra con lluvias celestiales para corregir mi error; pronto, no habrá más humanos. Dios, en su omnisciencia, se dirige a Lucifer con una petición inesperada: —Habla con tu hija Katherine. Ella, que conoce el lenguaje de toda criatura, será de gran ayuda para Noé.

Lucifer, sorprendido, cuestiona: —¿Cómo conoces a mi hija?

—Lo sé todo, Lucifer. Cuando envié al arcángel Jofiel tras la serpiente, su espíritu ya habitaba otro cuerpo. Esa acción mantuvo la paz entre los arcángeles. Este es un secreto que solo tú y yo debemos guardar, te doy ese mandato. Te devuelvo al demonio que el arcángel Miguel intentó aniquilar, y con ello, traigo la paz entre tus demonios y mis ángeles. Pronto, tu reino será restaurado. Vete, amado portador de luz —concluye Dios con solemnidad.

Lucifer, aliviado, regresa a la Tierra en busca de Katherine para compartir la noticia de que su hogar pronto será liberado de los humanos. Katherine, con una mirada cargada de melancolía, responde: —Padre, debe haber otra solución. Dios no debería exterminar a los humanos por los errores de unos pocos. Abel era un alma pura y noble; su recuerdo me acompaña cada día. Cumpliré el mandato del Creador y asistiré a Noé, pero te imploro que convencas a Dios de mitigar su ira y darles otra oportunidad. La maldad de Caín siempre encontrará su contraparte en la bondad de Abel. Permíteme hablar con Dios y rogar por el perdón de la humanidad antes de que Noé complete el arca. ¡Te lo suplico y te lo imploro, Padre!

—¿Cómo podría negarme ante tus ojos llenos de compasión y tu

voz que evoca la inocencia de los ángeles? Iré contigo, mi querida Katherine, y juntos pediremos clemencia a mi Padre.

Determinada, Katherine, insiste:

—Prefiero ir sola, Padre. Los celos del arcángel Miguel podrían enturbiar nuestra misión. Que me acompañe el general Aurios; su presencia me brindará protección. ¡Permíteme intentarlo, por favor! Lucifer, con una mezcla de orgullo y preocupación, se dirige a Katherine:

—Pronto, mi hermano Uriel vendrá a inspeccionar el arca. Solo tú, que compartiste la humanidad con Abel, podrás abogar ante Dios. Descansa ahora, y aguarda mi señal.

Cincuenta años se deslizan como sombras en viento, y el arca de Noé se alza casi completa. Durante este tiempo, Katherine ha conversado con todas las criaturas terrenales, quienes conocen su sacrificio para preservar cada especie. El arcángel Uriel llega para verificar el arca, y Lucifer aprovecha para hablarle de las súplicas de su hija. El arcángel Uriel accede a llevarla ante Dios, aunque la presencia del general Aurios, con su espíritu colérico, le causa inquietud.

Tras un vuelo celestial, llegan a los aposentos divinos. El arcángel Uriel pide a Katherine y al general Aurios que aguarden mientras consulta la voluntad de Dios. La espera es breve, y pronto se les permite entrar. Katherine, sin perder un instante, se arrodilla y pregunta: —¿Sabes por qué he venido, amado Creador?

—Conozco todo, mi bella mariposa de luz —responde Dios con una voz, que envuelve, el cosmos—. Veo, en tu corazón la petición

que anhelas. Estoy dispuesto a concederla, pero no soy yo a quien debes convencer. Habla con los demonios de tu Padre. Si ellos acceden, otorgaré a los humanos una nueva oportunidad y purificaré la Tierra con lluvias celestiales. Tienes dos años para traerme su respuesta. ¡Ve, y sigue cuidando al ángel más querido de mi creación!

Katherine, con el corazón rebosante de esperanza, sabe que la humanidad pende de un hilo. Ahora debe persuadir a los demonios para encontrar el equilibrio en la existencia de cada ser. Antes de marcharse, el general Aurios despliega con orgullo sus alas ante el arcángel Miguel, un recordatorio de su nueva lealtad y del poder de Lucifer. El arcángel Miguel, consumido por la ira, se tensa para desenfundar su espada, pero una mirada severa de Dios y una sonrisa al general Aurios calman la tempestad en los aposentos.

De vuelta en la Tierra, Katherine relata a Lucifer la condición divina. Lucifer, consciente del peso de tal decisión, declina:

—No está en mí tomar tal resolución. Habla con los demonios, como ha ordenado Dios.

Katherine, tras convencer al general Aurios con la dulzura de su voz, se apresura a comunicarle a su Padre Lucifer la decisión. Con el tiempo en contra, Lucifer le da permiso para llevar la noticia al Creador. Juntos, Katherine y el general Aurios se presentan ante Dios, inclinándose en señal de respeto y esperanza. Dios, en su silencio omnipotente, pide hablar a solas con el general Aurios.

—¿Estás dispuesto a darles a los humanos otra oportunidad?

No habrá marcha atrás en tu decisión —interroga Dios.

—Solo una vez vi la felicidad en la hija de mi señor, cuando

compartió su existencia, con Abel, no podemos resistirnos a su luz. Ninguno de nosotros, tus demonios, nos opondríamos a su petición. Pero temo que el infierno vuelva a desbordarse, y mi señor se desespere por cumplir tu mandato —confiesa el general Aurios.

—Katherine implora por la humanidad, y será ella quien decida su destino. Aunque le revele el futuro, no lo comprenderá hasta que lo sienta; esa es la diferencia entre ver y vivir —profetiza Dios.

—No entiendo tus palabras —dice el general Aurios, confundido.

—Si sabes que hay un abismo en tu camino y caer en él significa no poder escapar, pero no tienes otro camino a donde ir, ¿qué harías? —plantea Dios.

—Quedaré atrapado por mis decisiones, sin importar el camino que tome, si no elijo sabiamente mis pasos —reflexiona el general.

—Así es la humanidad. Alcanzarán una inteligencia que los llevará a expandirse como una plaga destructora del universo. He visto miles de futuros, y en todos, los humanos se extinguen. Por eso, Noé será quien repueble la Tierra tras el diluvio. Ahora, ve a tu hogar —concluye Dios, acompañando al general Aurios a las puertas celestiales.

Con la visita de Katherine a los aposentos divinos, el diluvio comienza. Ella, con un corazón rebosante de alegría, asiste a Noé en la recolección de las parejas de cada especie animal. El arca se prepara para zarpar bajo el nuevo mandato divino, mientras la Tierra se purifica de la maldad humana.





## Capítulo 05

# Katherine la esclava

Han pasado centenares de años desde el diluvio que cayó en la Tierra, que por poco destruye a casi todas las especies que habitaban en el planeta. Luego fue repoblada por los descendientes de Noé. El planeta está habitado nuevamente por mandato divino con la última oportunidad para los humanos.

Doce siglos después del trágico evento, en Egipto, hay una nueva reina de belleza legendaria llamada Nefertari, en busca de la conquista de poder para ascender a un trono y que sea venerada como a una diosa. Lo consiguió a su corta edad de quince años, casándose con el príncipe faraón Ramsés, al cual, él no se pudo resistir a los encantos de su joven esposa, quedando rendido a sus pies. Al poco tiempo, el joven príncipe se convierte en el faraón de Egipto y, en busca de extender su poder sobre los hebreos, los somete a la esclavitud con el látigo de la obediencia. Las esclavas más bellas eran entregadas a los altos mandos del ejército y una de ellas, por la belleza de su rostro y por ser una mujer políglota, llegó hasta las manos de la esposa del faraón.

—¿Tienes nombre, esclava? —preguntó Nefertari.

—Mi nombre es Katherine —respondió de rodillas.

—Serás mi esclava y estarás siempre a mi lado como mi sombra

hasta que te ordene lo contrario, nunca lo olvides por tu propio bien. Si me desobedeces, el látigo quedará marcado en tu rostro de niña angelical. Le servirás también al faraón Ramsés como la única traductora de Egipto. Estamos destinados a conquistar al mundo para ponerlo a nuestros pies y someterlo con plenitud a nuestra voluntad. Tú estarás a nuestro lado traduciendo los mensajes. ¿Te quedó claro, esclava? —dijo Nefertari, demostrando su soberanía delante de los esclavos.

—Seré su sirvienta más fiel de Egipto y, si usted me lo permite, le mostraré los antiguos secretos de la belleza para que tenga su piel joven y sea venerada como la diosa más bella de todo el mundo y el faraón la admire —respondió Katherine, con la mirada cabizbaja.

Nefertari, observaba a Katherine, impresionada por sus palabras. Ansiaba comenzar a verse como una diosa y le preguntó qué debía hacer para convertirse en la mujer más hermosa de Egipto y ser la única y la más deseada por el faraón. Katherine le aseguró que solo ella la bañaría para preservar los antiguos rituales de belleza, que debían ser un secreto compartido únicamente entre las dos.

Nefertari, convencida, inquirió sobre lo necesario para el ritual. Katherine le entregó una lista de ingredientes naturales y explicó el tiempo que conllevaría cada proceso. Aunque la incrédula Nefertari, inicialmente, mostró repugnancia, la promesa de belleza eterna era demasiado tentadora. Advertida de las consecuencias de un posible engaño, Nefertari accedió al ritual. Con todo preparado, las dos mujeres entraron en una habitación aislada y la reina le ordenó:

—Desnúdate, esclava, nadie puede llevar ropa por mi seguridad.

—Soy descendiente de la diosa Afrodita, espero no incomodarla con la parte íntima de mi cuerpo —dijo Katherine avergonzada.

—Solamente quiero revisarte que no tengas un arma punzante escondida en tu ropa, luego te puedes vestir de nuevo, para comenzar —respondió Nefertari con cierto desprecio.

Katherine comenzó pidiéndole a la reina que se recostara para lavar su cuerpo con agua tibia del Nilo. Luego, la invitó a sumergirse en una tina llena de leche de cabra, conocida por sus propiedades exfoliantes. Con sumo cuidado, Katherine frotó el cuerpo de la reina con sus manos, utilizando una mezcla de arcilla y aceite de oliva para limpiar y nutrir la piel. Después de una hora, Nefertari emergió de la tina para que Katherine aplicara un ungüento de aceite de oliva mezclado con esencias de flores como la gardenia, conocidas por su fragancia embriagadora.

—¿Cómo se siente mi reina? —preguntó Katherine con temor.

—Me siento renacida, como si la esencia de los dioses fluyera a través de mi piel —respondió Nefertari, su repugnancia inicial quedó transformada en un deleite sublime.

Nefertari, al llegar a la habitación del palacio, teme que el faraón la rechace, pero en su lugar, se encuentra con una grata sorpresa.

—Amada reina, pareces haber sido tocada por la gracia de Hathor. ¿Te visitó esta noche? —preguntó Ramsés.

—¿Por qué lo dices? ¡Me siento terrible y estoy segura de que mi aroma es desagradable! —respondió Nefertari.

—Al contrario, mi reina, desprendes el aroma de la primavera y tu belleza brilla más que cuando te conocí. Ordenaré a los guardias que nos dejen en privacidad, deseo poseerte —dijo Ramsés.

Al día siguiente, la reina muy feliz ordena con voz tenue que traigan a la hermosa esclava, Katherine, para poder hablar con ella.

—Tus secretos de belleza han demostrado ser verdaderos, y por ello, no recibirás castigo —dijo Nefertari.

—Estoy aquí para servirle, mi reina. Es cierto que la primera en la aplicación del ritual de belleza puede ser incómoda debido a los intensos aromas de los ingredientes. Si hay algo más en lo que pueda asistirle, solo tiene que pedirlo —respondió Katherine.

—¿Qué secretos te faltan por enseñarme? ¡Quiero saberlo todo! No me ocultes ningún detalle —dijo Nefertari, llena de entusiasmo.

—Conozco el arte de amar de los dioses en la cama, le puedo enseñar para que el faraón no lleve doncellas al palacio y usted sea una diosa cuando le haga el amor. Cuando le enseñe todo, él no tendrá el deseo de tocar a otra mujer que no sea usted —dijo Katherine con la mirada de engaño.

—¿Cuándo empezamos? —preguntó Nefertari ansiosa.

—Este ritual es más complejo que el de la belleza, tendré que tocarla como lo hace el faraón y usted se sentirá incómoda, por ello debo saber si tengo su permiso para tocar su cuerpo de esa forma, para enseñarle todo —respondió Katherine.

—Tienes mi permiso, haré todo lo que me digas, quiero ser una diosa para el faraón —dijo Nefertari extasiada.

—A la llegada del ocaso tiene que venir sin comer ningún alimento y traiga el mejor vino —dijo Katherine.

Llega la noche y la reina impaciente acude a la habitación secreta del palacio con su esclava preferida para sus clases de hacer el amor como una diosa.

—Mi cuerpo fue forjado por la diosa Afrodita —dice Katherine—,

para darle placer a mis amos. Por ello tengo pene y vagina; cuando esté sola con el faraón, le hará todo lo que le voy a hacer.

La reina quedó impresionada por el placer que recibió y por todo lo que aprendió, está convencida de que su esclava es hija de la diosa Afrodita, y para su ego es de su propiedad. Pasa el tiempo y el faraón no quiere más doncellas, solo quiere hacerle el amor a su reina como si fuera la única mujer en el mundo.

Katherine supo conquistar a la reina con sus clases de hacer el amor y se convierte en una figura de gran importancia dentro del reinado, como la traductora del faraón y los asuntos con otros reinos. También por su belleza, equiparable a la de la reina, se convierte en la esclava más codiciada y deseada por todos los visitantes del palacio.

Con el paso del tiempo, la felicidad del reino se ve empañada por la inquietud de los esclavos hebreos. Una conspiración de libertad nace entre ellos, y sus susurros de rebelión llegan a oídos del faraón Ramsés. Temiendo la gran ruina de Egipto sin su fuerza laboral, ordena a un soldado de confianza infiltrarse entre los hebreos para aplastar sus esperanzas de libertad. Aquellos que osan hablar de libertad son arrojados a los leones o forzados a luchar hasta la muerte en el palacio. A pesar de sus esfuerzos, el faraón no logra silenciar las voces de esperanza que claman por un libertador, un mensajero de Dios prometido para liberarlos.

—Esta cuestión del libertador me roba el sueño. Los esclavos se vuelven más insubordinados y ya no temen al látigo. Mis dioses parecen sordos a mis plegarias, y la incertidumbre me consume

como la noche, al amanecer —confiesa Ramsés a Nefertari.

—Hablemos con nuestra esclava Katherine. Se dice que ella descende, de la diosa Afrodita y, posee muchos dones, háblale. Yo personalmente lo he comprobado. Tal vez ella pueda ofrecernos una solución y traerte paz —sugiere Nefertari.

Ramsés, movido por la desesperación, acepta la propuesta y, frente a Nefertari, interroga a Katherine:

—¿Es cierto que llevas la sangre de una diosa en tus venas? Si es así, ilumínanos con tu sabiduría para vencer al supuesto Dios de los esclavos hebreos y te concederé la libertad.

—Al Dios de los hebreos nadie lo puede vencer. Él es el Creador de todo y no hay dioses que puedan desafiarlo. Quien lo haga enfrentará un destino terrible, es lo que he aprendido de los textos sagrados, ¡oh gran faraón! —respondió Katherine con firmeza.

Ramsés, consumido por la ira ante la respuesta de Katherine, ordena que sea castigada en público con el látigo de la obediencia para que los hebreos vean el precio de su ira. La deja expuesta al sol abrasador como advertencia.

Katherine está a punto de desmayarse, cuando Lucifer se le aparece y le pregunta furioso:

—¿Es esto lo que deseabas? ¿Por esto intercediste ante el Creador por los humanos? Se subyugan entre sí y mira cómo te tratan. Te liberaré y te llevaré lejos de este sufrimiento.

—No te preocupes por mí, Padre. No siento el dolor que me inflige. Los hebreos son como mi querido Abel, y los egipcios, como Caín. No lamento haber pedido una oportunidad para la humanidad. Confío ciegamente en que, algún día, todos aquellos que portan la

maldad de Caín dejarán de existir. Te lo ruego, regresa a tus aposentos y déjame ser testigo del final de esta crueldad de los humanos —respondió Katherine con una calma sobrenatural.

Lucifer, frustrado por la situación de su protegida y su negativa a ser salvada, se retira a la cima más alta de Egipto para reflexionar en soledad. El general Aurios, sintiendo la turbulencia de su amo, busca consolarlo.

—¿Puedo acercarme, mi señor? —preguntó el general Aurios, con respeto y temor.

—Ven, hermano mío. En este momento de tristeza, tu compañía es más valiosa que nunca —respondió Lucifer con pesar.

—No entiendo las decisiones de tu Creador. Él lo ve todo y aun así permite el sufrimiento. La última vez que estuve en su presencia, me dijo que Katherine cambiará el curso de la humanidad y me obsequió una sonrisa serena. Desde ese momento, mi resentimiento hacia el Creador se disipó. Dejemos que Katherine forje el destino de la humanidad —expresó el general Aurios con una mezcla de confusión y admiración.

Lucifer, guardó un momento de silencio observando desde las sombras a su niña amada y siente el dolor de Katherine como propio, su corazón se llena de la oscuridad de la humanidad al ver su sufrimiento, y le responde al general Aurios.

—Si lo que te dijo mi Padre es cierto, estaré satisfecho al ver cómo mi hija pone fin a la plaga humana. Buscaremos más almas para llevarlas al abismo del infierno, donde antes sentía compasión; ahora encuentro un placer oscuro al escuchar sus lamentos.

Mientras tanto, en Egipto, Katherine es expulsada del palacio y se une a los esclavos hebreos. En su compañía, encuentra lo mejor de

la humanidad, incluso en medio de la amargura y el sufrimiento. Decidida a provocar un cambio, envía un mensaje a la reina Nefertari, ofreciendo información sobre el libertador.

Movida por la curiosidad, Nefertari se reúne con su antigua esclava en secreto y cuando están de frente, Katherine la toma por los cabellos y le dice:

—Hoy morirás y me transformaré en ti a través de mi espíritu. Mi Padre vendrá por tu alma y serás condenada en su reino de sombras. Los esclavos serán liberados y yo pondré fin a la maldad de este mundo y tú podrás verlo desde el infierno. ¡Muere, maldita! Tras la transformación, Katherine, ahora en el cuerpo de Nefertari, confronta a Ramsés diciéndole con firmeza:

—La esclava ha perecido bajo el látigo, y su muerte es un presagio funesto para Egipto. Te advertió sobre el poder del Dios de los hebreos y no escuchaste. El libertador ha llegado con plagas para tu pueblo, ¿cuál será tu respuesta?

—No le temo al Dios de los hebreos. Hablas como si simpatizaras con los esclavos, cuando antes disfrutabas de sus sufrimientos en el palacio, cuando luchaban a muerte. Eres una hipócrita, Nefertari. Osiris es el señor de los dioses y construiré un templo en su honor en el corazón de Egipto, donde será venerado tras vencer al libertador —replicó Ramsés con desdén.

Ciego a la verdad ante sus ojos, Ramsés se niega a liberar a los hebreos, y su obstinación resulta en la muerte de su primogénito. Desesperado, coloca el cuerpo de su hijo en los brazos de la estatua de Osiris, suplicando por su regreso a la vida. Tres días después, ordena su entierro, pues su cuerpo se ha corrompido.

El hermoso cuerpo de Nefertari, poseído por el espíritu Katherine, comienza a botar espuma por boca y le grita Ramsés, exigiendo la liberación de los hebreos, para evitar más castigos divinos. Katherine, en un acto final de transformación, revela su verdadera forma, una criatura de belleza primigenia. Aterrado, Ramsés ordena la liberación de los esclavos, temiendo convertirse en una bestia peluda si desobedece.



## Capítulo 06

# Primera batalla de Katherine

Katherine, luego de ayudar al libertador con los hebreos, decide caminar en soledad sin detenerse para tratar de olvidar todo lo triste que le ha tocado vivir desde su nuevo nacimiento.

Sus pasos la llevaron en un largo viaje hasta llegar al desierto del Sáhara. Cansada, por tanto, caminar, decide descansar, se recuesta en la arena y mira al cielo. Queda cautivada por todas las estrellas que brillan en la noche, la luna le sonríe con su luz tenue, se enamora del silencio, porque no hay nadie a kilómetros de ella.

El lugar perfecto para vivir en soledad. Se vuelve sedentaria y comienza a construir su nuevo hogar. Las víboras cornudas del desierto ayudan a Katherine trayéndole paja y pequeños trozos de ramas para que pueda construir un pequeño lecho y se pueda refugiar cuando quiera dormir. Los animales se van acercando con ella para transformar ese sitio en un paraíso. El hablar, la lengua de cada especie a través de su espíritu le ayuda en su soledad porque no quiere ningún humano cerca de ella.

Comienza a vivir feliz, rodeada solamente por la naturaleza y el entorno agradable que le obsequian los animales. Transcurrió un

tiempo y un siglo después, Katherine ha transformado un sitio infértil en uno de una Tierra abundante en alimentos, agua, comodidad y refugio para sus animales. Al poco tiempo, su pequeño paraíso se convierte en la codicia de los nómadas y comienzan sus problemas, su paz se ve interrumpida de nuevo por la maldad del humano. Llegan cinco hombres y saquean una pequeña parte de sus cultivos delante de ella, con voz calmada les dice a ellos:

—¿Por qué no piden los alimentos? Con gusto les puedo compartir, hay mucha abundancia.

—Esta Tierra le pertenece al jeque Ibrahim, no tenemos que pedir permiso a nadie para cosechar lo que es de su propiedad. Veo que tienes una lengua muy larga para enfrentar a cinco hombres con espadas —respondió uno de ellos desafiante.

—Tomen lo que deseen, pero lleven el mensaje a su jeque: si vuelven, usaré la sangre de cada uno de ustedes para mis cultivos. Quedan advertidos —dijo Katherine de forma sutil.

Los hombres toman las palabras como alardeo y dos de ellos van en contra de ella para tratar de abusarla. Katherine saca un cuchillo de su cintura y, sin mucho esfuerzo, les corta la garganta a los hombres y los decapita.

—Las cabezas de sus compañeros guardarán celosamente la entrada a mi hogar. Lleven los cuerpos al jeque como advertencia. Lárguense ahora o sufrirán el mismo destino —dijo Katherine a los otros tres.

Los hombres se fueron aterrados sin mirar atrás. Lucifer había observado todo en silencio para ver qué sucedía en ese encuentro.

—¿Estás bien, mi niña? —preguntó Lucifer a Katherine.

—Padre, te pedí que no cuides de mí, deja de estar espiándome. Te prometí que, si llegara a necesitarte, te llamaría con el cuerno de cabra. Quiero enfrentar mis batallas sola, te lo imploro, déjame vivir mi vida —respondió Katherine muy molesta.

—Katherine, mi niña amada, no intervine en tu batalla. Había pasado un siglo sin verte y por pura casualidad vi tu encuentro. Solo vine de visita para ver cómo está la criatura más bella del universo —dijo Lucifer apenado.

—No mientas, Padre, ¡te lo ruego! Sé que tus demonios me velan día y noche porque tú diste la orden. Permíteme enfrentar los desafíos de la vida sin tu intervención. Quiero sentirme capaz de hacerlo. Mientras tú vivas al lado de mi espíritu, me sentiré prisionera de tus cuidados. Quiero la eterna libertad de enfrentar mis batallas sin la sombra de tu protección. Prométeme que no vendrás de nuevo si no te llamo, te lo imploro —respondió Katherine resentida.

—Prometo darte la libertad. Ya no vivirás a la sombra de mis cuidados y podrás romper el cuerno con el que reclamas mi presencia, pero con una sola condición. Si aceptas, llevaré a cabo mi promesa —dijo Lucifer.

—¡La condición que impongas la aceptaré! —respondió Katherine sin pensarlo.

—Ya no hay marcha atrás en tu decisión y yo en mi promesa. Toma esta espada forjada por el demonio herrero, tiene tu nombre y está hecha con la aleación del metal más fuerte que se encuentra en el centro de la Tierra. A los demonios que te cuidan desde tu nuevo nacimiento, les buscarás un cuerpo a cada uno, así ellos no tendrán comunicación conmigo hasta una hora después de que sus

cuerpos mueran. Si tu espíritu corre un peligro, esa hora puede significar tu exterminio. Por mí, profundo amor, te doy esa libertad. Me marchó, mi niña amada, hoy el infierno arderá más que nunca por mi tristeza y mi dolor —respondió Lucifer muy triste.

—Gracias, Padre, sé el dolor de tu decisión, pero yo lo anhelaba hace siglos. Veré tu rostro en cada fogata que encienda a tu nombre. Márchate en paz y tortura todas las almas que puedas para que encuentres fortaleza a tu tristeza —respondió Katherine acongojada.

Después de despedirse de su Padre, Katherine buscó dos criaturas para los demonios que la cuidaban desde su nuevo nacimiento. Eligió a dos tigres dientes de sable, por lo mortífero en sus ataques y porque eran los últimos que quedaban en la Tierra.

Al poco tiempo del suceso con aquellos hombres por los alimentos, una liebre le advierte a Katherine que vienen muchos humanos en camellos. Ella, de inmediato, se prepara para el enfrentamiento. Un soldado se acerca hasta la entrada del hogar de Katherine y le pide de forma amable que le acompañe al campamento del jeque Ibrahim, quien desea hablar con ella en son de paz para aclarar el suceso por el cual murieron dos de sus mejores hombres. Ella, sin temor, acepta y va en compañía de sus tigres dientes de sable. Reunida con el jeque, ella le pregunta:

—¿Qué desea hablar conmigo?

—Yo soy el dueño de estas tierras y asesinaste a dos de mis mejores hombres. Para poner las cosas en equilibrio, me quedo con tus fieras y tienes dos lunas para abandonar mi territorio, debes

apresurarte —respondió el jeque seguro de sí mismo.

—Mi Padre es el dueño de este mundo. Y él les permite a ustedes vivir en paz en sus territorios y no le reclama a nadie tributos, por construir en sus dominios, esa es la enorme diferencia. Tienen hasta la llegada del alba para recoger su campamento y marcharse, de lo contrario, sus cabezas serán hermosos instrumentos de tomar agua para mis aves —respondió Katherine sin temor y decide marcharse.

—De inmediato nos marchamos —dijo el jeque con una sonrisa burlona—. No quiero enfrentar su ira, bella princesa.

Cuando Katherine va llegando a su hogar, ve todo incendiado en llamas y la mayoría de sus animales muertos. Mientras el jeque la entretenía con discursos territoriales, sus soldados prendieron fuego al pequeño paraíso. Ella, muy triste, mira todo a su alrededor y les dice a los animales que sobrevivieron:

—Vamos por las cabezas de los humanos y luego buscaremos dónde vivir. Quedará escrito en los huesos del jeque la mortandad de su maldad. Katherine se acerca en sigilo con sus animales al campamento del jeque, donde todos estaban bebiendo vino, celebrando la destrucción del pequeño paraíso de una niña que consideraban insignificante. De repente, sus tigres dientes de sable comienzan a arrancar las cabezas de los soldados y las serpientes a morder todas las piernas que se mueven en la batalla. La espada de Katherine cortaba los sables de los árabes como si fueran frutas, sumergiendo el campo en un baño de sangre, con cabezas dispersas por todos lados y gritos de horror llenando el aire. El último en quedar en pie fue el jeque, quien, habiéndose equivocado

de adversario, súplica de rodillas:

—Te entrego los pergaminos que me acreditan como dueño de estas tierras. Si me dejas vivir, te juro que jamás volverás a verme. Equivoqué a mi adversario y, por mi soberbia, he pagado un precio demasiado alto. Comprendí el mensaje, he perdido a mis hombres. Te ruego por una sola oportunidad, perdona mi vida —dijo el jeque Ibrahim, muerto de miedo.

—Ahora comprendo al Creador. Cien años atrás eran esclavos en Egipto y, luego de su libertad, olvidaron de dónde salieron. Pero no importa, te dije que mi Padre era el dueño de este mundo y me miraste con desprecio por ser mujer. Destruiste mi hogar, que tanto trabajo me costó construir, y lo que más destrozó mi espíritu fue el asesinar a la mayoría de mis animales por pura maldad. Te envió con mi Padre, dile que estoy bien. Cuando llegues a la prisión del infierno, entrégale un abrazo de mi parte —le dijo Katherine y luego le cortó la cabeza.

Después de la batalla, Katherine se arrodilló a llorar por ver su hogar reducido a escombros. Era la segunda vez que encontraba la felicidad después de la muerte de su amado Abel. Los animales le susurraban que juntos podrían reconstruir su hogar, pero ella sabía que no podía vivir en un lugar manchado por la maldad del hombre.

El dolor de ver su mundo convertido en polvo y cenizas era insoportable. Prefirió empezar de nuevo en otro lugar, dejando atrás las huellas de tristeza que ese lugar había impreso en su espíritu. Así, comenzó a caminar sin rumbo fijo, acompañada por los animales que decidieron seguirle por el amor que le tenían, en un

viaje lleno de incertidumbres. Katherine anhelaba llamar a su Padre para llorar en sus hombros, sintiendo cómo la tristeza de su espíritu la consumía lentamente. Pero recordó que había sido ella quien pidió la libertad de sus cuidados, y ese era el precio que ahora pagaba en soledad. La presencia de sus animales le brindaba consuelo por su grata compañía.

Después de caminar por dos años, llegó a un hermoso paraje donde las aves la recibieron con cantos de bienvenida. Y allí, entre el canto de las aves y el susurro del viento, Katherine comenzó a levantar su nuevo hogar. Con la ilusión de volver a ver a su Padre para contarle todo el dolor que vivió en la soledad. Lo único que le confortaba era la compañía de sus fieles animales. Mira al cielo con cierta melancolía y le dice al Creador:

—Ahora comprendo tu mensaje, pero no me daré por vencida, porque sé, que algunos hombres tienen el corazón, como el de mi amado Abel.



## Capítulo 07

# Katherine y el Nazareno

Katherine, tras un largo viaje, llegó a Jerusalén buscando sanar las heridas de su pasado. Los años habían pasado, y ella encontró felicidad en su nuevo hogar, un refugio lejos de la civilización. La triste amargura que una vez marchitó su espíritu se había disipado; cada amanecer era una revelación en su santuario natural. Las aves le susurraban secretos a través de sus melodías, y ella se sentía una con el mundo que la rodeaba.

Una mañana, necesitada de provisiones para su hogar, Katherine se aventuró al pueblo. Allí, se encontró con una multitud en alboroto, vociferando a un hombre ensangrentado que cargaba una cruz pesada. Movidada por una mezcla de curiosidad y compasión, se abrió paso entre el alboroto de las personas, hasta quedar frente a él. Sus ojos se encontraron, y en la mirada del hombre, ella vio un abismo de tristeza. Una energía familiar, similar a la de su Padre, que inundó su ser, dejándola confundida y sin saber cómo contactar a su Padre para contarle sobre el pobre hombre.

En un acto impulsivo, Katherine secuestró a uno de los soldados que custodiaban la encrucijada, grabó un mensaje en su pecho con su espada y, en un giro trágico, lo asesinó. Su acción atrajo a

Lucifer, quien, creyendo que su querida hija estaba en peligro, y apareció de inmediato.

—Padre, no sabía cómo llamarte y se me ocurrió enviar ese mensaje en el alma del soldado con la espada que me diste —dijo Katherine, su voz temblaba por la incertidumbre.

—Hablaremos luego —respondió Lucifer, su tono era severo, marcado por la molestia.

—¡Perdóname! Actué sin pensar. Ese hombre, su espíritu, resuena con la luz del arcángel Jofiel, y posee la capacidad de humanizarse, como yo. Lleva sobre sí el peso del mundo, un peso que los humanos, con su incesante maldad, han creado. Por favor, debemos ayudarlo, te lo imploro —Katherine miró a su Padre con ojos suplicantes.

Lucifer se aproximó al hombre desfallecido y, al instante, percibió la nobleza de su espíritu. Convocó al general Aurios y sus legiones, deteniendo el tiempo a su alrededor; la multitud quedó paralizada, suspendida en un momento eterno.

—¿Quién eres tú, y por qué te infligen tal dolor? —preguntó Lucifer al hombre.

—Soy el Nazareno, enviado por nuestro Padre. Debo derramar mi sangre para redimir la maldad humana. El diluvio no erradicó la semilla del pecado en el corazón del hombre, y así seguirá por los siglos —respondió el Nazareno con serenidad.

Katherine, incapaz de soportar el tormento reflejado en el Nazareno, sintió su propio ser vibrar en resonancia con su dolor. Se elevó, espada en mano, su espíritu ardiendo en llamas de ira. Ordenó al general Aurios iniciar el exterminio de la humanidad,

harta de tanta vileza. Los demonios alzaron sus espadas, listos para el ataque, pero en ese instante, el cielo se partió en dos y la voz de Dios resonó, deteniendo todo en su lugar. Dios descendió a la Tierra acompañado de sus ángeles para hablar con Katherine. El general Aurios, por primera vez, se inclinó en reverencia ante la divinidad, y los demonios bajaron sus armas. Lucifer, con una sonrisa de alivio, observó cómo su general rendía homenaje a su Creador y permitió que la conversación divina se desarrollara.

—Mariposa de luz, llegará un día en que, por tu mano, la humanidad dejará de existir en la Tierra. Pero ese día no es hoy. Lo que estoy a punto de revelarte es un mandato sagrado solo para ti. Antes de que yo destruyera mi trono, tu Padre creó un ángel para mí, una belleza que él mismo nunca llegó a conocer. Durante milenios, lo ignoré, pero con el tiempo, creció en mí un afecto inesperado. Lo llevé conmigo a través de la vastedad del cosmos, mostrándole cada maravilla que había sido forjada. Al igual que tú, él abogó por la humanidad, inspirado por la bondad de Abel. Anhelaba comprender su dolor, vivir entre ellos. Por el amor que le tengo, le concedí su deseo de experimentar la vida humana, de sentir el dolor de la carne. Pronto descenderá al infierno tras su crucifixión, para testificar el tormento de las almas y discernir quiénes merecen redención. Tú también sufrirás, para que, cuando llegue el momento, recuerdes este dolor y cumplas tu misión. Regresa a tu hogar y prepárate para el sufrimiento que tu espíritu absorberá a través de tu cuerpo —dijo Dios a Katherine.

Confundida por las palabras divinas, Katherine se retiró, llevando en sus hombros la tristeza y el dolor que le infligieron al Nazareno.

No podía entender por qué compartía el sufrimiento de aquel hombre, cuyo espíritu resonaba con el de su propio Padre. Horas después, en la soledad de su hogar, Katherine colapsó, gritando de dolor, como si cada extremidad fuera arrancada de su ser. Fue la primera vez que Lucifer sintió una verdadera amenaza hacia el espíritu de su hija. Apareció a su lado y vio cómo de sus manos manaba sangre; ella estaba atrapada en su cuerpo, incapaz de escapar del tormento.

—¡Padre, ayúdame! Siento clavos oxidados atravesando mi espíritu, a través de mis manos. No puedo dejar este cuerpo, no puedo moverme. ¡Te imploro, alivia este sufrimiento insoportable! Mi espíritu se quiebra como cristal al impactar el suelo —Katherine clamó con una agonía que desgarraba el alma, mientras su vida se desvanecía.

La Tierra temblaba, reflejando el dolor de Lucifer al presenciar a su hija perder el aliento, su espíritu desvaneciéndose. Como un rayo celestial, el arcángel Jofiel descendió a su lado, portando un pergamino celestial para aliviar su sufrimiento.

—Lucifer, hermano mío, nuestro Padre te envía estas palabras escritas por el arcángel de las melodías celestiales. Permíteme leerlas para ti —dijo su hermano con una voz que calmaba el caos. *“En la quietud que antecede la tempestad, Katherine se halla en la sombra de la historia, observadora entre las penumbras del Gólgota. El cielo, antes lienzo de azules eternos, ahora se oscurece con augurios de penumbra. El mundo, en suspenso, contiene el aliento, y en ese momento, el tiempo se quiebra. Como un cristal fino ante una frecuencia insoportable, el espíritu de Katherine se*

*fragmenta. Cada pedazo refleja un instante de la existencia del llamado Cristo, cada esquirla resuena con su piedad, su sabiduría, su amor sin límites. Con cada martillazo que fija a el Salvador en la cruz, una nueva fisura se abre en su alma. No está sola en su agonía; la propia Tierra se lamenta, las piedras gimen, y el aire se estremece ante el peso de un sacrificio insondable. Katherine, con los ojos sellados, experimenta cada punzada, cada sollozo, cada gota de sangre vertida como propia. La crucifixión trasciende la carne; es la de cada anhelo, cada sueño, cada promesa de redención”.*

En ese instante de empatía desgarradora, Katherine comprende la esencia del cristal: frágil, pero en su quebranto, capaz de dispersar la oscuridad con la verdad de su prisma. Así, en su fractura, descubre una conexión divina, un destino que trasciende su ser.

—Hermoso e increíble pergamino —murmuró Lucifer, su voz quebrada por la emoción. En un suspiro, Katherine dejó de respirar, su cuerpo yaciendo inerte. Lucifer, sumido en la desesperación, no podía percibir el espíritu de su hija. Ordenó al general Aurios peinar la Tierra en su búsqueda, sin saber que ella acompañaba al Nazareno, invisible a todos.

—¿Por qué estoy aquí contigo? ¿Por qué mi Padre ignora mis súplicas? ¿Por qué me hace Dios atravesar esto? —Katherine interrogó al Nazareno, la confusión marcando su voz.

—En este instante, nuestros espíritus son imperceptibles para el mundo. Debes acompañarme para que puedas comprender. Estoy aquí para prepararte para el Apocalipsis, para mostrarte visiones que solo tú debes ver, por decreto del Creador. Nuestro primer

destino es la prisión infernal, para discernir las almas dignas de una nueva oportunidad. No temas por mí; mi existencia trasciende los confines del universo. Existen otros mundos, lugares de belleza inimaginable, donde las almas perdonadas podrán renacer, lejos del sufrimiento infernal. Todo forma parte de un diseño divino, y juntos, por mandato celestial, lo haremos realidad. Lo que presencias hoy, guardarlo debes en secreto. Regresa a la superficie, y en dos milenios, nos reuniremos —respondió el Nazareno, su mirada impregnada de dulzura y misterio.

Lucifer, desgarrado por la ausencia de su hija, descendió a las profundidades del infierno en busca de respuestas. Ante él, las puertas del abismo estaban abiertas, millones de almas habían desaparecido. Un temor helado lo invadió; solo él poseía las llaves para liberarlas. Con el corazón pesado, decidió buscar a Dios; necesitaba saber el paradero de Katherine y el destino de las almas perdidas. Lucifer, con el peso de la angustia en su corazón, se presentó ante el Creador; su figura se inclinó en una mezcla de respeto y desesperación.

—Padre, mi espíritu está perturbado, mi hija se ha perdido y un poder desconocido ha vaciado la prisión infernal. He venido a enfrentar mi fin, pero antes, permíteme ver a mi hija una vez más, te lo ruego —imploró Lucifer.

—Querido ángel de luz, tu hija está a salvo, y pronto volverás a verla. Ven, te mostraré dónde se encuentran las almas que el Nazareno liberó, en un viaje a través de la creación. En la explosión de mi ira, nacieron mundos espléndidos y también el Nazareno. Parte de mi esencia vive en él, y por ello descendió a liberar a las

almas dignas de redención, llevándolas a nuevos mundos, lejos de la corrupción terrenal. Observa la magnificencia del cosmos, pues tú eres parte de esta belleza. Ahora que has observado toda la creación, volvamos —expresó Dios con una voz que resonaba con la eternidad.

Tras el viaje cósmico, Lucifer regresó a la Tierra y encontró a Katherine, su transformación era evidente.

—¿Dónde has estado? Te he buscado sin descanso —preguntó Lucifer, la angustia aún presente en su voz.

—Padre, estuve con el Nazareno, en el infierno y en lo profundo del cosmos, viendo todo, y siguiendo la voluntad del Creador. He cargado con el dolor del mundo, y mi espíritu se ha transformado por la agonía que soporté. Fueron los propios cristianos quienes condenaron al Nazareno, y por ello, la Tierra se estremeció. El castigo que aguarda a la humanidad será un recordatorio perpetuo de sus actos —respondió Katherine, su voz teñida de una sabiduría recién adquirida.

—Amada hija, no imaginas el tormento que sufrí al no sentir tu presencia. Temí que el Creador me aniquilara por la fuga de las almas. Pero tras hablar con él, supe que estabas bien. He viajado por el universo, maravillado por la belleza divina. Las almas ahora tienen una nueva oportunidad, y mi corazón se regocija al saber que estás a salvo. Los designios de Dios son inescrutables, pero en su misterio, hay belleza, y ahora, al verte frente a mí, más radiante que nunca, mi alegría es completa. Debo partir, pero recuerda que la espada es un vínculo entre nosotros; úsala con sabiduría. Cuídate mucho, hasta nuestro próximo encuentro, mi amada hija. luz de mi espíritu —dijo Lucifer, lleno de amor y esperanza.



## Capítulo 08

# El surgimiento de Abadón

Tras la crucifixión del Nazareno, el espíritu de Katherine languideció, sumido en un letargo que duró siglos, un sueño profundo, tejido de dolor y pérdida. Despertó, al fin, en el año 541 después de Cristo, en la majestuosa Constantinopla. Sus ojos, aún nublados por el sueño eterno, se abrieron a un hermoso paraíso terrenal, un lecho de pétalos que la acogía con suavidad.

La naturaleza misma había velado por ella durante su extenso reposo. Anhelante, intentó llamar a su Padre, pero su voz se perdía en el silencio. Su espada, compañera fiel, había desaparecido. Decidida, Katherine emprendió una caminata, buscando respuestas, buscando vida. El destino la guió a un puesto de frutas, donde un joven de semblante apuesto capturó su atención y le dijo:

—Señor, el hambre me atenaza y mi bolsa está vacía. ¿Podría ofrecerme su ayuda a cambio de mi trabajo? Llevo días sin probar bocado —dijo Katherine, su voz, un susurro que apenas disimulaba su desesperación.

—No puedo ignorar su necesidad. Busco manos dispuestas a cosechar los frutos de mi huerto. Eso es todo lo que puedo ofrecerle a cambio de alimento —respondió el hombre, hechizado por la belleza etérea de Katherine y la dulzura de su voz angelical.

—Acepto con gratitud. Trabajaré desde el alba hasta el ocaso para saciar mi hambre. Me llamo Katherine. ¿Y usted, buen hombre, cómo se llama?

—Titus es mi nombre. Si carece de refugio, le prepararé un lugar en el granero para que el frío de la noche no la alcance. Mis padres y yo agradeceremos su ayuda. ¿Es esto aceptable para usted? Katherine aceptó la propuesta del noble joven apuesto, quería compañía y la simpatía de Titus le brindaba la confianza de estar a su lado, buscaba un nuevo comienzo y lo consiguió trabajando la Tierra, usó todos sus conocimientos para ayudar a ese hombre maravilloso que la conquistaba con su tierna mirada. Le recordaba cuando estaba con Abel, seguía contemplando lo bello de la humanidad gracias a la oportunidad que le brindó su nuevo amigo.

Pasaron los años, y las tierras de Titus daban abundantes cosechas. Todos los granjeros del pueblo buscaban a Katherine para ofrecerle trabajo, no podían creer cómo ella transformó suelos de poca fertilidad en un paraíso de abundancia en alimentos. La voz se corría en el pueblo y cada vez más personas compraban todo tipo de frutos y vegetales. La familia de Titus había alcanzado el éxito y comenzaban a vivir mejor.

Una tarde se acerca una señora con su hijo a comprar frutas al puesto de ventas, Katherine observa al niño haciendo ruidos extraños con su boca y le pregunta a la madre:

—¿Su hijo está bien?

—Desde su nacimiento, mi niño tiene problemas para comunicarse y no reconoce a nadie de la familia. Mi esposo me

abandonó porque decía que nuestro hijo fue concedido por el diablo, por todos los ruidos que hace con su voz —respondió la madre incómoda por la pregunta.

—¿Me permite acercarme a su hijo? —preguntó Katherine.

La señora sin objeción le permitió a Katherine acercarse a su hijo. Ella lo mira fijamente a los ojos y nota que dentro del niño vive un espíritu maligno que nunca antes había visto. Le ordena que abandone el cuerpo del niño y se muestre delante de ella; muy firme, le pregunta:

—¿Quién eres y por qué vives en el cuerpo de ese niño?

—Soy Lilith, la primera alma convertida en demonio por el diablo. ¿Y tú quién eres? ¿Por qué habla la lengua de las legiones?

—Soy Katherine, la hija de Lucifer, el señor de los infiernos. Te ordeno que llames al diablo, quiero conocerlo —ordenó Katherine.

—¡Qué interesante! Deberás que quieres conocer a mi amo. Nunca me hablo de que tenía una hija tan hermosa, invoco su presciencia para complacerla —dijo Lilith con la mirada de una feroz bestia.

De momento, Katherine tiene frente de ella a un espíritu lleno de toda la maldad de la humanidad en compañía del general Aurios, no puede creer lo que sus ojos ven y con mucha tristeza le pregunta:

—¿Eres mi padre?

—Soy Lucifer, amada mariposa de luz, me convertí en la maldad del hombre, ahora la humanidad me nombró el diablo y el infierno tiene miles de demonios nuevos, muy malvados, habitando cuerpos para atormentarlos, desde que el Nazareno bajó a la prisión del infierno todo cambió en el cosmos —respondió Lucifer.

—¿Me harás daño algún día? —preguntó Katherine con temor.

—Jamás te haré daño, mi niña amada, ahora tu espíritu es parte del planeta. En los siglos en que tuviste dormida, parte de tu espíritu se fusionó con la Tierra y todos los demonios nuevos estarán a tu servicio por mi mandato. Si alguno te desobedece, será destruido al instante —respondió Lucifer atado a un recuerdo tormentoso.

—Padre, quiero hablar a solas con el general Aurios si me lo permites, te lo imploro —dijo Katherine con su voz quebrada.

—Te dejo, niña amada, para que puedas hablar con el general Aurios, me voy a mis aposentos —dijo Lucifer.

—¿Qué le pasó a mi Padre general Aurios? No es el mismo, está lleno de la maldad del hombre y perdió su luz divina. ¿Por qué estuve tanto tiempo dormida? —preguntó Katherine.

—Mi niña Katherine, desde que el Nazareno bajó a la prisión del infierno, el cosmos sufrió una transformación. Las almas, que están llenas de maldad y llegan a los aposentos de mi amo, se convierten en demonios perversos con libertad de atormentar a los humanos. Por eso la maldad en la Tierra es intensa y en el infierno se vive un caos. Su Padre disfruta de las batallas cada vez que pongo orden. Cuando nace un nuevo demonio, tengo que demostrarle quién manda, todos quieren ser como su Padre y para mí es una pesadilla infernal —respondió el general Aurios con voz de tristeza.

—Veo a mi Padre, contagiado con la maldad del hombre, nunca debí pedirle a Dios una segunda oportunidad para la humanidad, espero que el Creador nunca destruya a mi Padre por mi culpa, no me lo perdonaría —dijo Katherine llena de resentimientos.

—Niña Katherine, me tengo que marchar, su Padre requiere mi

presencia en el infierno. Cuando quiera hablar con él, observe a cualquier humano extraño y le ordena al demonio que viva dentro de ese cuerpo que desea hablar con el diablo, de inmediato su Padre estará frente de su presencia —dijo el general Aurios.

Después de su encuentro con Lucifer, Katherine fue testigo de un milagro: el niño, antes atormentado por el demonio Lilith, recuperó su inocencia y habló con su madre por primera vez. Con firmeza, Katherine imploró a la mujer que guardara el secreto de lo ocurrido, pues revelarlo podría revertir el milagro.

Transcurrió el tiempo, la fama de Katherine creció, y una multitud se congregó frente al puesto de frutas y vegetales, esperando su llegada. Al acercarse, todos se postraron ante ella, rogando por un milagro que aliviara sus sufrimientos. La creían una santa capaz de curar enfermedades y borrar las llagas de su piel. Katherine, confundida, pensó que eran demonios disfrazados por la grotesca apariencia de las personas. Ordenó con autoridad a los espíritus malignos que abandonaran esos cuerpos, pero nada sucedió. La multitud, frustrada y enojada, comenzó a atacarla. Creyendo que Katherine se negaba a realizar el milagro y ella, llena de ira, iba a responder de forma agresiva, cuando su espíritu se llena de fuego en medio de su furia, una voz serena resonó:

—Calma tu ira, mariposa de luz.

—Revela tu identidad antes de que te destruya —exigió Katherine, consumida por la ira.

—Soy la Madre Tierra. Durante los siglos de tu hibernación, Dios descendió y me creó a partir de tu espíritu. Somos una voz con

conciencias distintas, y llevo el mandato divino de mantener el equilibrio natural hasta que el Creador inicie un nuevo ciclo de vida. Hoy liberé una plaga para llevar el equilibrio de la existencia en el planeta.

—¿Por qué no fui informada? —Katherine cuestionó, buscando comprender el silencio de Dios.

Tras la revelación de la Madre Tierra, Katherine caminaba sumida en la más profunda tristeza, su mirada se posaba sobre los cuerpos sin vida que jalonaban su camino. La pestilencia era un manto asfixiante. Con paso apresurado, buscaba a Titus, pero al llegar a la granja, lo encontró muerto junto a sus padres. Los pobres fueron víctimas de la Plaga de Justiniano. Se arrodilla ante la tragedia, elevó su voz al cielo y con mucha rabia grita:

—¿Cuánto más debo sufrir? ¡Destruye mi ser, líbrame de tus designios! No soporto este dolor que me consume desde que perdí a mi amado Abel. ¡Te imploro, pon fin a mi agonía!

El firmamento respondió con un manto gris: truenos y relámpagos azotaban la Tierra, y la lluvia de sangre evocaba el diluvio de antaño. Una voz sardónica resonó detrás de Katherine:

—Ten cuidado con tus deseos, puedo concedértelos. ¿Anhelas tu fin?

—¡Sí, te lo suplico, termina con mi existencia! —suplicó Katherine entre lágrimas.

—Tus deseos son órdenes para mí —respondió la voz astuta. En ese instante, el general Aurios irrumpió con furia, acompañado de sus legiones de demonios, y desafía al ser:

—Retrocede, Abadón. Si dañas a Katherine, sellarás tu destino.

—¡Qué melodramático eres, general Aurios! Tu devoción por la princesa infernal te ha cegado. Poseo la espada de los siete universos; podría aniquilarte junto a tus patéticos demonios alados. La ira del general Aurios desató una batalla feroz, y aunque sus legiones caían una tras otra, él permaneció firme, protegiendo a Katherine. Cuando Abadón alzó su espada para dar fin al conflicto, dos rayos de energía celestial cayeron junto a Katherine, revelando a los arcángeles Jofiel y Uriel, quienes repelieron el ataque de Abadón. La Tierra temblaba, expulsando rayos hacia el cielo en respuesta al choque de estos seres divinos. Dios, en la inmensidad del cosmos, sintió el peligro que acechaba a sus arcángeles y descendió a la Tierra, ordenando el cese del enfrentamiento. Abadón, presa del temor, huyó sin mediar palabra, consciente de que desafiar al Creador significaría su destrucción.

—¿Qué abominación era esa? —preguntó Dios con autoridad.

—La primera vez que lo vi fue junto a Katherine durante su sueño eterno. Le pregunté su nombre y, al revelarlo, se marchó. Desde que el Nazareno descendió al infierno, el universo ha sufrido una transformación radical, alterando la interacción de las energías cósmicas —explicó el general Aurios.

Dios enfurecido, reclama por la presencia de Lucifer y le pregunta:

—¿Por qué no cuidas de tu hija? Uno de tus demonios la atacó.

—Abadón es de tu creación y no mía. ¡Me reclamas por tus errores! Ya estoy cansado de tus divinos planes, a Katherine le forjé una espada para que se protegiera. Si la perdió, es su problema, te lo recuerdo por última vez. A Caín lo enviaste al infierno, ahí están los resultados de tus grandes decisiones, me marchó, haz lo que quieras —dijo Lucifer agobiado.

Dios guarda silencio y permite que su amado ángel de luz se marche en silencio, con mucha tristeza le pregunta al general Aurios. —¿Por qué no me hablaste de todo esto?

—La maldad del hombre ha llegado hasta lo profundo de sus almas, llegan a la prisión del infierno ya convertidos en demonios, por eso sus alas son de fuego y mi amo Lucifer cada vez se convierte en un ser malvado —dijo el general Aurios angustiado.

—Estoy creando la esfera de la vida, pronto todo acabará y el cosmos será un sitio de amor para todas las criaturas —dijo Dios.

—¿Veré a mis demonios que Abadón destruyó? —preguntó el general Aurios.

—No siento la presencia de ellos en ninguna parte del universo, quedaron exterminados. “La espada de Abadón es un arma tridimensional cósmica”. No sé por qué no siento su presencia. Toma esta espada forjada por mi espíritu para que protejas a Katherine y a los demonios de las alas blancas, abandona el infierno un tiempo, necesito que cuides de la mariposa de luz, hasta que yo termine la esfera del reinicio de la vida. Muy importante: si la espada de Abadón toca la espada que te entregué, podrías destruir a la Tierra junto con el cosmos. Déjame solo con Katherine, necesito hablar algo con ella.

—Bella mariposa de luz, dame tiempo para terminar la esfera del reinicio de la vida. Pronto todo será como antes y tu Padre volverá a ser el ángel más bello de mi creación y la semilla de la maldad del hombre será radicada para siempre. Por favor, tenme paciencia, me marché a lo profundo del universo para seguir con mi tarea —dijo Dios.

Katherine, luego de hablar con Dios, se quedó más tranquila y

decidió hablar con el general Aurios para disipar sus augurios.

—¿Por qué siento que sabes más sobre Abadón? Dime la verdad, lo veo en tu mirada —preguntó Katherine llena de incertidumbres.

—Mi niña Katherine, Abadón es una creación del arcángel Miguel. Usó la espada que le regaló su Padre Lucifer y le atravesó su corazón mientras dormía, luego le hizo lo mismo a un arcángel delante de ti, entregándole parte de su luz divina. Pienso que el arcángel Miguel busca la supremacía en todo el universo y por eso creo a Abadón un ser cósmico poderoso del paralelismo. También pensó que te había exterminado, pero la Tierra te devolvió la chispa divina y despertaste. No quise decirle nada a nadie porque estoy agobiado por todo, no sé si esto es otro plan divino del Creador. Espero que me puedas comprender —dijo el general Aurios.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Katherine.

—Cuando te quedaste profundamente dormida, ordené a un demonio llamado la liebre que cuidara de tus sueños, mientras yo ponía orden en el infierno. Él presenció todo en silencio, y así supe todo sobre Abadón —respondió el general Aurios

—Ve y cuida de mi Padre, voy a caminar en las praderas acompañada de mi amada soledad —dijo Katherine.



## Capítulo 09

# La séptima luna del Crepúsculo

El Creador se ha marchado a lo profundo del cosmos para seguir trabajando en la esfera del reinicio de la vida. Le ha encargado al arcángel Jofiel velar por el equilibrio de los ángeles y demonios para no desatar más atrocidades en la Tierra. De repente, los planetas comienzan a linearse y los aposentos del Creador son sacudidos por un estruendo como si unas cadenas hubieran sido quebradas. El arcángel Jofiel de inmediato extiende sus alas y va por todos los cielos, observando que todo esté en orden. De momento se da cuenta de que Serpicanis se ha escapado de su prisión celestial. Y como un rayo que estremece la Tierra cuando libera su energía, el arcángel Jofiel se dirige a los confines del planeta para hablar con Lucifer y decirle lo que ha sucedido. Quiere evitar un enfrentamiento entre ángeles y demonios por culpa de la criatura que se ha escapado.

Cabizbajo, el arcángel Jofiel le confiesa a su hermano:

—Lucifer perdona mi llegada tan abrupta a tu mundo, sin anunciarme antes, pero el cosmos y tu hogar corren peligro.

—Hermano mío, de todos los arcángeles, el único que tiene permiso de venir a mi mundo sin anunciarse eres tú. Dame un fuerte abrazo y dime de corazón en qué te puedo ayudar —dijo Lucifer con voz tenue.

—Mi ángel de luz, se ha escapado del averno celestial Serpicanis, una quimera del cosmos creada por Dios —dijo Jofiel.

—Es la primera vez que escucho de esa criatura, no comprendo por qué mi mundo está en peligro —dijo Lucifer con voz incrédula.

—Te explico cómo fue su creación —comienza el arcángel Jofiel su relato—. Una tarde nuestro Creador bajó cerca del mar muerto para contemplar las hermosas criaturas de la Tierra, y siente una abominación del pecado dentro de una ciudad, llamada Sodoma y Gomorra. Su desencanto por la humanidad fue tan desagradable para él, que convirtió a un chacal y a una serpiente en una sola criatura llamada Serpicanis. Su mordedura, una sentencia divina, convierte la carne en cristales de sal, dejando tras de sí un jardín de figuras petrificadas, eternos testigos de la ira celestial.

—Te soy honesto, hermano mío, no veo ningún peligro para mi mundo. Si está en mi hogar, déjala que muerda a los humanos, me gustaría verla en acción —dijo Lucifer lleno de una emoción malvada.

—No comprendes lo mortal de su mordedura. Con el cuerpo esbelto y ágil de un chacal, la cabeza fría y calculadora de una serpiente, esta criatura es el guardián de un secreto ancestral. A los humanos, al quedar convertidos en estatuas de sal por su mordedura, su maldad es transferida de inmediato a su alma, y tú, te volverás loco tratando de poner orden en el infierno —dijo el arcángel Jofiel con su voz teñida de preocupaciones.

—Ahora te comprendo, hermano, Serpicanis debe ser capturada, pues su libertad no es solo un presagio de caos, sino el inicio de una cadena de eventos que podría desenredar el tejido mismo de la realidad, temo por todos mis demonios y, por toda criatura nacida.

Me preocupa que mi niña Katherine corra algún peligro, vi como sufrió en la crucifixión del Nazareno. No quiero verla de nuevo sufriendo de esa manera —dijo Lucifer preocupado por los eventos que le preceden al infierno.

—Debemos apresurarnos antes de que los siete planetas se alineen y den paso a la séptima luna del Crepúsculo —dijo el arcángel, escondiendo en su voz las razones de los presagios.

—Jofiel mírame a los ojos, sé que tienes mandatos en los secretos de nuestro Padre, pero debo saber a qué atenerme, te lo imploro, dime todo —exigió Lucifer, su voz vibrando con una furia contenida reflejada en sus ojos.

—Cuando llegue la séptima luna del Crepúsculo, el ocaso va a devorar al alba por siete noches, y la penumbra reinará día y noche por ese tiempo, donde el mundo podría convertirse en una duna bajo la luz mortecina de la luna. Lo más difícil es que en los confines del infierno, los cuales son de tus dominios, habrá un umbral que dejará libres a los demonios más viles por doce horas. Lo mismo que sucedió cuando el Nazareno fue crucificado —dijo el arcángel Jofiel evadiendo la mirada de su hermano Lucifer.

—Evitaré la alineación de los siete planetas con mis demonios, y así podremos evitar que llegue la séptima luna del Crepúsculo. A mí no me importa nada, lo que les pase a los humanos. Solo pienso en mi niña Katherine, ella es la luz de mi espíritu —dijo Lucifer.

—No comprendes, Lucifer, ya el arcángel de las melodías celestiales, escribió el pergamino. Léelo; me acaba de llegar, recuerda que todo gira alrededor de nuestro Padre. Aquí lo tienes. No hay nada que podamos hacer —dijo Jofiel con voz quebrada. Lucifer toma el pergamino en sus manos buscando una salida para

tratar de salvar al mundo por su hija y lo lee en voz alta.

“Bajo la séptima luna del crepúsculo, donde el ocaso devora al alba con ansias, por siete días, el cielo llora en silencio, y en la séptima noche, la penumbra danza. El Crepúsculo abraza a la luna, su amante, en un velo de sombras; los espíritus despiertan, malvados seres del inframundo, errantes, buscan almas en la Tierra para perturbarlas. Por doce horas, el mundo es su dominio, atormentando a los mortales con su presencia, pero deben regresar antes del matutino, o el Crepúsculo los devora sin clemencia. Así, la séptima luna del Crepúsculo se va, y con ella, los espíritus al infierno retornan; la existencia de los que se quedan se desvanecerá, borrados por el Crepúsculo, sin huella alguna”.

—Ahora comprendes —dijo el arcángel Jofiel, su voz, un susurro cargado de un presagio sombrío.

—¡Márchate de mi hogar! No quiero que vuelvas, ya estoy cansado de tantos designios para mi mundo por orden de nuestro Padre —exclamó Lucifer, su voz cargada de un cansancio milenarío.

—Comprendo tu enojo, me marcho de tu hogar, si me necesitas solo invoca mi presencia y estaré a tu lado —dijo Jofiel con tristeza. Lucifer furioso y agobiado, invoca al general Aurios con todas las legiones, deja el infierno sin los guardianes de las almas condenadas.

—Aquí estoy, mi señor. Ordené de inmediato en que le puedo servir —dijo el general Aurios anhelando la batalla en contra de los ángeles.

—Mi fiel hermano, vamos a evitar la alineación de los siete planetas, solo falta Mercurio que se alinee con Venus, Marte,

Júpiter, Saturno, Urano y la Tierra. Al ser el planeta más pequeño de nuestro sistema solar, podremos moverlo de órbita, para evitar la séptima luna del Crepúsculo —dijo Lucifer contemplando a sus demonios.

—Mi señor, ¿por qué no permitimos que la séptima luna del Crepúsculo llegue? Y salvaguardamos a la niña Katherine, dejemos a los humanos que clamen al Creador, mientras vemos a las almas perversas asechando a los humanos —dijo el general enérgico.

—Tienes razón, hermano mío, tengo el pergamino escrito por el arcángel de las melodías celestiales, es un decreto divino de mi Padre. Vamos a ayudar con el alineamiento de los siete planetas, y nos sentamos luego en la luna para ver todo en primera fila —dijo Lucifer glorificando a sus legiones.

Se concreta la séptima luna del Crepúsculo y el umbral del infierno ha sido abierto. Se escapan de las entrañas del inframundo tres almas llenas de la maldad humana. Caín, el primer asesino que mató a su hermano por la lujuria de poseer a Katherine. Ramsés, el faraón desafiante que sometió a los hebreos al castigo del látigo de la obediencia por la ambición de dominar al mundo. Y Judas, el discípulo traidor del Nazareno.

Los tres han logrado salir de nuevo a la Tierra, atormentando a todos los que se cruzan en sus caminos. Por doce horas, los gritos aterradores se escuchan en todos los confines del planeta. Lucifer desde la luna, contempla el terror en que viven los humanos, las voces llenas de terror que aclaman por la piedad, del Creador son las melodías que alegran a los demonios. Mientras el último augurio

de la séptima luna del Crepúsculo se desvanece, las placas tectónicas de la Tierra comienzan a liberar sus energías inusitadas. La tensión acumulada durante milenios se libera en un cataclismo que retuerce la corteza terrestre. Este movimiento repentino es el resultado de la liberación de la 'tensión elástica' almacenada, que se manifiesta en forma de ondas sísmicas. Como si fueran marionetas en manos de un titiritero cósmico, Caín, Ramsés y Judas se encuentran atrapados en el torbellino de las fuerzas geológicas desatadas.

El umbral del infierno, una grieta en la realidad misma, se estrecha bajo la presión implacable de las placas convergentes. La energía liberada por el movimiento de las placas no solo cierra el umbral, sino que también comprime el espacio donde las almas de Caín, Ramsés y Judas se encuentran confinadas y no tienen a dónde ir. La intensidad de la presión es tal que sus esencias se entrelazan y fusionan, dando origen a una entidad única y aterradora. Un nuevo demonio se sumerge a lo profundo del infierno con tres cabezas con un solo cuerpo. Su voz lleva el eco de tres voces, reclamando la presencia del príncipe de las tinieblas: "¡Soy la amalgama de la traición y la ambición, el poder encarnado por la furia de la Tierra misma!" ¿En dónde estás, Lucifer?

—¡Aquí estoy! ¿Quién reclama mi presencia en mis aposentos?

—Príncipe y señor de las tinieblas, soy Caímong, fui forjado en la séptima luna del Crepúsculo por la Madre Tierra, para servirle.

—Yo estaba preocupado por mi niña Katherine, y mira la maravillosa sorpresa que me tejió, tres almas de abominación para mi Padre, y ahora es un magnífico demonio tricéfalo en un solo cuerpo, impresionante —dijo Lucifer, rebosante de felicidad.





## Capítulo 10

### La revelación

Después de la séptima luna del Crepúsculo, el cosmos vuelve a la normalidad tras ser sacudido por los acontecimientos que abrieron una brecha para futuros conflictos entre ángeles y demonios. Lucifer quiere un momento de soledad para reflexionar por todo lo que le ha tocado vivir desde su creación, y en silencio decide postrarse en la cima, del Monte Everest, para contemplar la belleza de su mundo. Su mirada se pierde en el horizonte y una tierna voz, susurrando en el eco del viento, le pregunta:

—¿Qué te sucede, Padre?

—¿Quién eres? ¡Muéstrate, te lo ordeno! —inquirió Lucifer.

—Estás postrado en la cima más alta de mi cuerpo, contemplando lo bello de mis praderas. Tomaré la forma por la que estás acostumbrado a verme —respondió el susurro que habla a través del viento con una voz angelical.

—Mi niña Katherine, no comprendo. Explícame qué sucede, estoy perplejo ante tu nueva apariencia. ¿Y por qué ahora tienes alas de ángel? —preguntó Lucifer, confundido.

Ella acaricia el rostro de Lucifer con la ternura de una hija y le dice:

—Padre, soy parte de la serpiente que tanto has protegido. Cuando te ayudé a despertar a los demonios, en el momento en que pusiste tu mano derecha en mi costado y pusiste la otra en el

suelo ordenando tu voluntad, parte de mi espíritu se fusionó con la Tierra. Y mis alas no son de ángel, son de aves.

—¿Entonces tengo dos hijas? —preguntó Lucifer, envuelto en un torbellino de emociones.

—No, Padre. Solo tienes una hija; soy la serpiente transformada en diferentes formas para protegerte como tú lo has hecho conmigo. Permíteme explicarte para que puedas comprender. Cuando el Creador me forjó en una mariposa de luz para ti, lo hizo con parte de su espíritu divino. En el despertar de los demonios, parte de mi espíritu se fusionó con la Tierra y desperté cuando Abadón atravesó mi corazón con la espada que tú me obsequiaste. Fui nombrada por los humanos como la Madre Tierra.

—Me cuesta trabajo entenderlo, pero lo comprendo. ¿Entonces eres el segundo ser más poderoso del universo? —preguntó Lucifer, agobiado por la incredulidad.

—Padre, sigues sin entender. Soy el resultado de la ira de Dios; si tú no hubieras desobedecido, todo seguiría igual. Pero lo hermoso de tu travesura, es que salimos de la falda de Dios para vivir libres, como aves que surcan los cielos.

—Entonces, incluso cuando hablo con el fuego que arde con pasión o con el viento que susurra secretos, estoy hablando contigo, ¿no es así? Eres el todo dentro del todo, la unidad en la diversidad. Ahora comprendo, eres parte del Creador —dijo Lucifer, tejiendo sus palabras con la razón de su entendimiento.

—Exactamente, Padre. Aunque cada elemento posee su propia conciencia, todos somos hilos del cosmos, tejidos en un solo espíritu. En cada interacción, hablas conmigo, con la totalidad de mi ser, pero debes llamarme por el nombre que me muestro ante ti;

ahora soy la Madre Tierra. Espero que me comprendas y tu corazón no se llene de incertidumbres por mi petición.

—No te preocupes, mi niña amada, ya he comprendido todo. ¿Sabes dónde puedo encontrar a Abadón? Quiero destruirlo con mis propias manos, por lo que te hizo —dijo Lucifer.

—Padre, Abadón es parte de mí, es algo que el arcángel Miguel desconoce. En su momento, su propia creación se le revelará en su contra por mandato mío.

—Tranquila, no levantaré una espada en contra de Abadón. ¿Caímong es parte de ti? —replicó Lucifer.

—Caímong no es parte de mí. Es una creación para ti; él te protegerá de los arcángeles que se revelen en tu contra.

—Gracias por Caímong, es un regalo tan hermoso. Me fascina su voz, un eco de tres voces hablando al mismo tiempo, es increíble. ¿Cómo lo creaste? —la curiosidad consume a Lucifer.

—Te escuché, preocupado por mí, cuando leíste el pergamino en voz alta de la séptima luna del Crepúsculo. Vi tu rostro lleno de incertidumbres, cómo el ángel más hermoso de la creación se hundía en un abismo de tormentos por mi seguridad. Entonces, utilicé la convergencia magnética de los siete planetas para atrapar a Caín, Ramsés y Judas en la última fisura del umbral, que salía de tus aposentos. Fue tanta la fuerza que ejercieron los campos magnéticos de los siete planetas en ese punto de la Tierra que, si no se fusionaban las tres almas, iban a ser destruidas y así emergió Caímong, tu hermoso demonio tricéfalo.

—Mi niña hermosa, me has hecho tan feliz. Como bien dices, si yo no hubiera desobedecido al Creador, en estos momentos estuviéramos en su falda lejos de toda la belleza que ha sido

creada. Me marcho al infierno, para ver a Caímong atormentando a las nuevas almas que lleguen, adiós, mi niña —dijo Lucifer.

Lucifer vuelve a los confines del infierno, atormentado porque su hija es parte de un plan del cosmos que no logra comprender. Teme que sea destruida por el poder que está alcanzando. Ya el arcángel Miguel trató de acabar con el espíritu de su niña y no descansará hasta ver todo el infierno destruido. Sentado en su trono, Lucifer observa cómo Caímong atormenta a las almas recién llegadas, a la prisión del infierno y aun así su tristeza se refleja en su rostro con el pensamiento atado con su hija.

A la distancia, el general Aurios observa a su amo abrazando al silencio; no habla a con nadie y tampoco disfruta del espectáculo que le ofrece su demonio tricéfalo. La preocupación es palpable en su rostro de demonio angelical. El general Aurios se acerca con sigilo y, con mucha ternura, le pregunta:

—¿Estás bien, mi señor?

—No, hermano mío. La incertidumbre me asecha como la muerte a los humanos. Mis pensamientos por la seguridad de mi niña, no me dejan ver la claridad de los eventos del cosmos, ni entender los planes que nuestro Creador está orquestando. Temo que mi Padre destruya a Katherine por el poder que va alcanzando según van pasando los años —respondió Lucifer con amargura, su voz teñida por la tristeza que embarga su espíritu.

—Mi señor, hable con su hermano, el arcángel Jofiel. He visto cómo le mira; él no permitirá que le suceda algo malo. No se quede con esa incertidumbre que le roba sus pensamientos, y no lo deja

disfrutar de las torturas de las almas en penas —dijo el general.

—En estos momentos, no quiero hablar con el arcángel Jofiel, estoy furioso con él —dijo Lucifer.

—Hágalo por la niña Katherine. Si lo desea, yo puedo ir a los aposentos del Creador y hablar con el arcángel Jofiel —dijo el general Aurios con la ternura que le distingue cuando habla con su señor.

—¿Sabes? Tienes mucha razón, hermano mío. Vamos a los aposentos de mi Padre sin anunciarnos, y así tendremos un motivo para iniciar una guerra con los ángeles —dijo Lucifer, con sus alas extendidas y su voz presagiando un evento de batalla.

Como la explosión de un volcán en erupción, así fue la partida de Lucifer a los aposentos de su Padre. El guardián de las puertas celestiales tocó la trompeta de guerra, anunciando que un invasor había allanado los cielos sin invitación del Creador. De inmediato, los arcángeles guerreros levantan sus espadas para atacar a Lucifer, y de las nubes comienzan a surgir rayos estruendosos. Y una voz que retumbó en el firmamento dijo:

—Bajen sus espadas. Lucifer vino por petición mía; quien le ataque sufrirá un duelo de exterminación conmigo —dijo el arcángel Jofiel, con la voz de un general y la autoridad de mando.

—Mi señor, me marché al infierno para que hable con su hermano. Sé que él te cuidará; me voy tranquilo —dijo el general Aurios.

—¡Mi hermano Jofiel! ¿Por qué no dejaste que me atacaran? Un poco de batalla nos haría bien a todos —dijo Lucifer, contemplando al arcángel que más ama en el cosmos.

—Jamás lo permitiré, hermano mío. ¡Qué grata sorpresa! ¿A qué se debe el honor de tu visita? —preguntó el arcángel Jofiel.

—Me asecha la incertidumbre como la sombra de la muerte que rodea a los humanos en su lecho de agonía. Temo que mi niña Katherine sea destruida por el poder que va alcanzando con el paso de los años —dijo Lucifer, reflejando en su mirada el temor que embarga su espíritu.

—Puedes estar tranquilo, hermano mío. Recuerdo el día cuando nuestro Padre te regaló la mariposa de luz —dijo el arcángel Jofiel.

—Lo recuerdo bien, aún eras un chiquillo que recién cumplía su primer milenio, y yo contaba quinientos milenios. Qué días hermosos eran esos, cuando ninguno temía levantar una espada en contra de su hermano hasta que nació el arcángel Miguel, el que siembra la semilla de la discordia —dijo Lucifer sonriente.

—Hermano mío, nuestro Padre no permitirá que tu niña sufra ningún mal. Ve a tus aposentos y disfruta torturando las almas condenadas. No puedo acompañarte, ya sabes lo que me ocurrió la primera vez que intenté ir contigo al infierno, pero de lo contrario, me sentaría a tu lado con gusto para disfrutar del castigo de los condenados —dijo el arcángel Jofiel, con el amor de hermanos.

—Me voy tranquilo, hermano mío. Solo te pido que intentes convencer a nuestro Padre de mantener al arcángel Miguel lejos de la vista de mi niña. De lo contrario, se desatará una guerra aquí en el cielo, que resonará en todo el cosmos —dijo Lucifer, rebotante de gratitud por las palabras de su hermano.





## Capítulo 11

# Invasión al infierno

Han pasado más de mil cien años, tras el alba de la era común. En Aleppo, los chiitas se congregaban para honrar el Ashura, en el sagrado décimo día de Muharram, del mes de octubre, en el año 1138. El aire se saturaba con el fresco aroma de las rosas de Damasco, un perfume que se entrelazaba con las plegarias de los fieles. La música del Ta'zieh se elevaba, en un lamento que acompañaba la narración de la tragedia de Karbala, reforzando el solemne luto colectivo.

Los participantes, unidos en su dolor, revivían la historia del Imam Husayn, perpetuando la memoria de Ashura y sus enseñanzas para la posteridad. En un gesto sagrado de comunión, en la ceremonia se compartían frutas frescas y frutos secos, símbolos del ciclo infinito de la vida.

Pero en un instante, el silencio se adueñó de la celebración, y cuando el sol alcanzaba su cenit y dividía el día en dos, un momento que los sabios de Aleppo estimaban cerca de lo que ahora llamaríamos las 11:38 de la mañana, la Tierra comienza a temblar, como si despertara de un profundo sueño. El caos irrumpió sin aviso, abriendo fisuras en el suelo que se tragaban a las

personas en un abrazo mortal, como arenas movedizas, tragándose todo a su paso. Con los gritos aterradores de desesperación de las víctimas, que sus voces se desvanecían bajo el candente sol.

En lo alto, se escuchan los chasquidos de los buitres leonados planeando en el aire, llenos de oscuros augurios de la inminente perdición. Mientras la Tierra temblaba y las grietas se abrían, los buitres circulaban en el cielo, sus sombras oscilantes sobre la multitud aterrorizada. Eran los heraldos silenciosos de una devastación. Observando desde las alturas con ojos indiferentes, esperando pacientemente el desenlace inevitable.

Mientras el horror estruendoso de la Tierra y el macabro coro de las aves componían una sinfonía de terror. Inconscientes del conflicto infernal que se libraba en las profundidades, los habitantes de Aleppo no podían más que especular que, en algún lugar oculto, se escribía el prelude de una batalla épica entre fuerzas ancestrales, ansiosas por desafiar al mismísimo Creador. En las profundidades ardientes del inframundo, donde las sombras danzan con llamas eternas, se desata una batalla colosal que hace eco en las aguas estancadas del Mar Muerto.

Abadón, el ángel exterminador, desciende del cosmos; su armadura resplandece con un fulgor estelar, portando la voluntad férrea del arcángel Miguel. Su misión: aniquilar los aposentos de Lucifer, el ángel caído, y purgar el mal que se arraiga en sus dominios. Pero Abadón lo que encuentra en esos abismos oscuros es una sorpresa inaudita: Caímong, la encarnación de la maldad infernal, se ha

transformado en el demonio tricéfalo, cuyas tres cabezas escupen veneno y blasfemias. Es la creación más mortífera del príncipe de las tinieblas, un ser cuya sola presencia corrompe el aire que lo rodea.

Lucifer, con su mirada cargada de desafío y poder, comanda sus legiones de sombras y espectros, preparándose para repeler el salto celestial. Caímong, con sus fauces abiertas y ojos ardientes, se une al enfrentamiento, y juntos, desatan una furia que no se había visto desde la rebelión original en el cielo.

El choque entre Abadón y las fuerzas infernales es tan violento que los pilares del infierno tiemblan, y su resonancia se siente en la Tierra de los vivos abriendo fisuras con el eco de la batalla, más que un conflicto; es un cataclismo que amenaza con desgarrar el velo entre los mundos, un enfrentamiento que podría redefinir todo el equilibrio del cosmos.

Mientras las espadas chocan y los hechizos se entrelazan, el resultado de esta guerra titánica pende de un hilo, con cada entidad poniendo en juego no solo su existencia, sino el destino de toda la creación. Con el corazón palpitante y el temor reflejado en sus ojos, Katherine, percibe la amenaza que se cierne sobre su Padre. No hay tiempo que perder; con un susurro que lleva la urgencia de mil vientos, invoca a la Madre Tierra, la guardiana de la vida y la armonía juntas, descienden en un torbellino de hojas y luz hacia las profundidades del abismo infernal. El panorama que se despliega ante ellas es uno de caos y furia. Abadón, con su espada

llameante, corta a través de las hordas demoníacas, su poder creciendo con cada golpe, cada grito de batalla. La Tierra misma parece ceder ante su ira divina, y el aire se llena con el olor de azufre y sangre.

Katherine, con la determinación forjada en el amor por su Padre, Lucifer, se dirige a la Madre Tierra; forja para mí una cadena, implora, una cadena de diamantes, pura y fuerte, capaz de contener la furia de los cielos. La Madre Tierra, con manos que han dado forma a montañas y valles, comienza su obra. Los diamantes emergen del ardiente núcleo de la Tierra, cristalizando en el aire, entrelazándose en eslabones irrompibles.

Mientras tanto, la batalla continúa. El suelo se estremece, y las legiones de Lucifer, junto con Caímong, el demonio tricéfalo, luchan desesperadamente para repeler el avance celestial. Pero la presencia de Katherine y la Madre Tierra no pasa desapercibida. Abadón, sintiendo la nueva amenaza, dirige su mirada hacia ellas, y por un momento, el destino de todos pende de un hilo.

Con la cadena de diamantes completa, Katherine se lanza hacia Abadón, su valentía brillando más fuerte que las gemas que lleva. La batalla alcanza su clímax, y el destino del inframundo, el hogar de su Padre, se decide en este enfrentamiento entre el poder de la naturaleza y la voluntad de los cielos. Katherine y la Madre Tierra logran someter a Abadón, a través de las cadenas de diamantes, las cuales absuelven la luz divina del perpetrador. Ya sometido, comienza el interrogatorio:

—¿Por qué perpetras como un delincuente los aposentos de mi Padre? —resuenan en un eco las voces de Katherine y la Madre Tierra, que hablan conectadas a un solo pensamiento.

—Fui enviado por el arcángel Miguel para pulgar el infierno. La Tierra se ha convertido en el nido de la maldad por los demonios que aquí nacen; es mi misión divina —respondió Abadón, sin temor a su destino, su mandato por su creador es contundente.

—Sabes que el arcángel Miguel te creó con parte de mi espíritu y con el llanto de mi corazón mientras yo dormía —dijo Katherine.

—Por eso fui creado con parte de tu espíritu para poder descender a los aposentos de la abominación del pecado. Ningún arcángel puede bajar al infierno si no tiene una conexión espiritual con el inframundo. Pronto voy a purgar todo el mal —dijo Abadón.

Lucifer, ha observado todo el interrogatorio, y le pregunta a su hija:

—¿Por qué, si es parte de ti, no te obedece?

—El arcángel Miguel fue astuto; creó un ser celestial no binario. Con ello puede entrar al infierno como al cielo, sin ningún percance. Pero encontraré la forma de impedir que no vuelva al infierno. Cuando el Creador regrese de la profundidad del cosmos, hablaré con él y le podremos fin a esto —explicó Katherine.

—No comprendo, mi niña. Un ser celestial, no binario, explícame para poder entender —dijo Lucifer, teñido en la confusión.

—Un ser celestial, no binario, significa que no es un ángel ni un demonio. Por ello, tiene el poder de entrar a ambos mundos con una libertad que solo el Creador posee —aclaró Katherine.

Lucifer, con la determinación marcada en su semblante, ordena:

—¡Mantenlo encadenado, voy a los aposentos de mi Padre para hablar con el arcángel Jofiel! Extiende sus alas de fuego y, como el

trueno que rompe el silencio, se lanza al cielo. Pero en la superficie de la Tierra, el arcángel Jofiel ya lo espera, ansioso por dialogar con su hermano.

—Hermano mío, aquí llevo esperándote desde el mediodía del alba para saber qué ocurre en tus aposentos. Los acontecimientos que surgieron en tus dominios resonaron en el cosmos, me consume la incertidumbre, por saber qué sucedió —dijo el arcángel Jofiel apaciguando la ira de su hermano.

—Hermano mío, con tristeza te digo que comenzó la rebelión entre ángeles y demonios. Hoy quedará escrito en el cielo como en el infierno, que el 11 de octubre del año 1138, fecha humana, comenzó una declaración de guerra por parte de los arcángeles en representación del Creador, devolveré el golpe en una batalla de exterminio en los aposentos celestiales, preparasen para la guerra, si te cruzas en mi camino olvidaré el amor que te tengo. Por favor, vuelve al cielo y adviértele a nuestro Padre —dijo Lucifer.

Tras ese encuentro, Lucifer con tristeza regresa a sus aposentos. Tener que decirle a su hermano, al más que ama en todo el cosmos, que están en guerra, es devastador para sí mismo. Llegó al infierno, se paró frente a Abadón y le pregunta:

—¿Qué debo hacer contigo? No puedo destruirte, por llevar parte del espíritu de mi hija. Aunque, debo admitir, me fascina verte encadenado, como el perro que es sometido por su amo.

—Padre, se me ocurre una idea —dijo Katherine, su voz era un susurro cargado de determinación malvada—. "Vamos a despojarlo de su corona de luz y, en su lugar, ceñiremos sobre su cabeza la corona de espinas que una vez torturó al Nazareno. Así marcado,

no podrá regresar a tus aposentos infernales. Lo enviaremos de vuelta al arcángel Miguel, no como un mensajero de luz, sino como el portador de un mensaje claro: su intento de purificar el infierno ha fracasado". Con cada palabra, Katherine buscaba apaciguar el tormento de su Padre, ofreciendo venganza como bálsamo para su dolor.



## Capítulo 12

# Fuego mortífero

Luego de la invasión del infierno, Katherine decidió caminar por las calles de Aleppo para observar todo el horror que había dejado Abadón, tras la batalla infernal que provocó, tratando de destruir a su Padre. Sus pasos la llevaron frente a la imponente fachada de la Gran Mezquita; observó cómo el sol se despedía tras los minaretes de Aleppo, lanzando largas sombras sobre las calles de la ciudad. Su corazón palpitaba entre el respeto y la inquietud.

A pesar de la gran devastación que el terremoto había dejado, la Gran Mezquita seguía iluminando como un farol de esperanza y fe. Katherine, con un pañuelo blanco, cubrió su cabello, y se unió a un grupo de mujeres que entraban al templo sagrado. Caminaba por los pisos de mármol que decoraban el patio; sus pasos resonaban suavemente en una armonía con el silencio que envolvía el lugar.

Al llegar a la entrada, se quitaron los zapatos y los colocaron cuidadosamente en los estantes provistos, antes de pisar descalzas la alfombra fresca que cubría el suelo del interior. La luz del atardecer se filtraba a través de las ventanas de celosía, bañando el espacio en tonos dorados. Katherine se movió hacia un rincón tranquilo, donde algunas mujeres ya estaban reunidas, sus cabezas

inclinadas en oración silenciosa. Se arrodilló, entre ellas, cerró los ojos y dejó que su corazón dictara unas plegarias de súplicas por los fallecidos. No había altares ni velas; solo las mujeres humildes que anhelaban el consuelo de la luz eterna prometida por la Gran Mezquita. Katherine sintió una paz abrumadora, sabiendo que estaba conectada con algo mucho más grande que ella misma, en un hilo que se tejía a través del tiempo, abrazando la cúpula con la tragedia, uniendo a todos los que buscaban refugio en ese lugar sagrado.

En el silencio de la mezquita, Katherine sintió una presencia que la inquietaba y la llevaba hacia un rincón olvidado. Una pequeña puerta de un armario se abrió, revelándole un pergamino de textos antiguos que parecía vibrar con una energía ancestral. Al desenrollarlo, las letras comenzaron a iluminarse ante sus ojos, formando palabras que susurraban secretos de tiempos pasados.

El pergamino era un augurio celestial, una profecía forjada a través de las estrellas que hablaba de un destino lejano donde unos eventos catastróficos habían sido escritos en el antaño del tiempo, en el que el sol abrazaba a la Tierra. Las constelaciones dibujadas señalaban hacia el este, al país del sol naciente.

Katherine sintió una conexión profunda con el pergamino y le dijo a su Padre Lucifer que iba a emprender un largo viaje en el que no quería que nadie la siguiera. Debía concretar el misterio del pergamino para que le mostrara el mensaje oculto que poseía. Con cada paso, el pergamino le mostraba su destino. Cuando Katherine

llegó a Turquía, el pergamino le mostró los primeros números con letras que no comprendía y el tiempo que debería esperar antes de marcharse a su próximo destino en Irán. Para no desesperarse por la próxima señal del pergamino, decidió unirse a las escuelas de enseñanzas; con ello tenía la única oportunidad de estar rodeada de personas que no eran ángeles ni demonios.

Con el pasar del tiempo, Katherine había viajado por más de ochocientos años por los países de Irán, Turkmenistán, Uzbekistán y Kazajistán, llegó cerca de su destino al Mar de China Oriental, que cruzó por barco. El pergamino por fin le mostró unos números con letras y puntos 34.3956° N, 132.4536° E., que ella no comprendía, con un mensaje que decía: “Tus pasos te llevarán a ver el alba, abrazando a los humanos; no temas, pues es el comienzo de la vida eterna, y tus alas de mariposa te serán devueltas”.

Katherine, luego de unos días, decidió viajar al punto final que el pergamino le indicaba, sin comprender el peligro que le acechaba. En los primeros rayos del sol, el Parque de la Gavia Stellata se convertía en un escenario donde la naturaleza ofrecía su más pura expresión de arte. Las gavias, con sus elegantes plumajes y cantos melódicos, dibujaban en el aire una sinfonía que celebraba la paz y la armonía de la existencia.

Katherine, testigo de este concierto del amanecer, sentía cómo las melodías acariciaban su alma, recordándole que incluso en los momentos más oscuros, la belleza del mundo persiste sin importar

los presagios escritos con los momentos más catastróficos de la humanidad. Recordando que de las cenizas en la Tierra florece el más bello paisaje. Katherine, sentada en el parque, se le acercó una mujer curiosa y con una sonrisa muy tierna le pregunta:

—¿De dónde eres? Nunca te había visto.

—Soy una viajera nómada, y no tengo un paradero fijo. Viajo por el mundo hasta donde mis pies me lo permitan. Me llamo Katherine, ¿y su nombre cuál es?

—Me llamo Kazuko, y mi nombre representa la armonía de una niña. Soy maestra de esa escuela, jardín de niños; amo enseñarles a los pequeñines los valores por los que nos distinguimos en la sociedad.

—¡Hermoso nombre! —exclamó Katherine—. Hoy es un día especial en mi vida. Los cánticos de las aves me despertaron muy temprano y me trajeron a este hermoso lugar, y aunque no la conozco, siento una conexión profunda con usted.

—Yo siento lo mismo —dijo Kazuko—. Aquí en Japón es, “Koi No Yokan”. Es cuando el destino enlaza a dos almas para que juntas enfrenten un acontecimiento que marcará sus vidas. Tengo una gran curiosidad. ¿Por qué hablas japonés tan perfecto?

—Mi don de ser una mujer políglota es una larga historia. Tengo la capacidad de estudiar un idioma y en muy poco tiempo lo domino a la perfección —dijo Katherine con una tierna sonrisa.

—Katherine, fue un honor conocerla. Me tengo que ir; son las 8:14 am y a las 8:30 am recibo a mis estudiantes —dijo Kazuko.

Luego de que la nueva amiga de Katherine diera unos pasos, hubo una explosión como si el sol abrazara a la Tierra, dejando todo

destruido a su paso, con una devastación que arrancó los colores bellos de la vida, tiñendo el panorama con el silencio de la muerte. Mientras el eco de la explosión aún resonaba en el aire, Katherine se encontraba en el centro de la devastación. El cuerpo que albergaba su espíritu fue vaporizado por el fuego nuclear. Sintió un profundo desconcierto y pensó que el arcángel Miguel estaba detrás de un horror que los humanos habían creado para destruirse unos a otros.

Las llamas del cataclismo aún se desvanecían en el aire, Katherine se encontraba en un estado de limbo, su esencia flotando en el vacío que una vez fue el parque. A su alrededor, todo era silencio y cenizas, un contraste desolador. Los eventos catastróficos se convirtieron en una sinfonía de terror cuando recordó las palabras mostradas en el pergamino que resonaban en su mente como una poesía oscura: “la vida eterna y tus alas de mariposa te serán devueltas”. ¿Era este el alba que prometía la profecía? ¿O era el crepúsculo de su existencia terrenal? De repente, una luz suave comenzó a filtrarse a través de la oscuridad, y figuras sublimes emergieron de las sombras. Eran las almas de aquellos que habían perecido, ahora liberadas de sus ataduras terrenales. *El viento susurró*: —Katherine —dijo Kazuko con una voz que parecía la armonía de un ángel—. “No estás sola en este viaje. La destrucción que tus ojos han contemplado es solo una parte del ciclo eterno de la vida. Tu presencia aquí es un puente entre lo humano y lo divino; tu tarea aún no ha terminado, recién comienza con tus bellas alas de ángel”. Otra voz en el cielo resuena de forma estruendosa y ordena la presencia de Katherine en lo profundo del cosmos.

—¿Te gustan tus alas? —preguntó Dios a Katherine.

—Son hermosas —respondió Katherine—, pero estoy triste al mirar como destruiste el hogar de Kazuko. ¿Qué mal te hizo?

—Mi hermosa mariposa de luz, esto ha sido obra del hombre, te prometí en el diluvio de Noé que yo jamás pondría una mano para destruir el hogar de tu Padre —dijo Dios con una voz armoniosa.

—¿Y por qué me guiaste a través del pergamino ese evento tan mortífero? —preguntó Katherine con la mirada llena en rencor.

—Si no te mostraba el poder de la maldad del hombre, nunca ibas a comprender tu propósito en mi creación divina. Kazuko se ha convertido en la maestra de los niños ángeles. Te muestro la esfera del reinicio de la vida, eres la única que la has visto.

—No comprendo qué me quieres decir con el reinicio de la vida, ¿las almas que están en el cielo volverán a la Tierra? Y las criaturas que exterminaste con la roca que enviaste de tus aposentos, ¿volverán a vivir en lo que una vez fue su hogar?

—Ya vas comprendiendo, hermosa mariposa de luz, tu misión divina será borrar todo el mal en el recuerdo de los humanos, para dar comienzo a una vida pura sin la tragedia que abarca el corazón del hombre impuro —dijo Dios, su voz, una promesa de vida nueva. De momento se escucha un grito de una desesperación agonizante que resuena en el firmamento:

—¿¡En dónde estás, mi niña!?





## Capítulo 13

# La transformación de Lucifer

En los aposentos del infierno, Lucifer se encontraba con sus demonios reconstruyendo sus dominios luego que Abadón dejará una estela de destrucción tanto en el inframundo como en el mundo terrenal. En ese momento, el general Aurios llega de la superficie de la Tierra con un triste acontecimiento, sin mirar a Lucifer, se inclina frente a su amo y le dice con una voz entrecortada:

—Mi señor, soy portador de malas noticias.

El semblante de Lucifer se volvió oscuro y su faz se llenó de ira.

—Algo muy grave debe haber ocurrido para que te inclines delante de mí por primera vez. ¿Qué sucedió? —preguntó Lucifer, con una voz que resonaba el augurio de una tragedia.

—Mi señor, la niña Katherine fue exterminada por el fuego de los humanos. Los demonios, dientes de sable, la acompañaron en su destino. Cuando llegué al lugar de la tragedia, uno de ellos agonizaba y logró contarme todo antes que su espíritu se desvaneciera —dijo el general Aurios, sin levantar la mirada, su temor era evidente por la furia que reflejaba su amo.

Caímong el demonio tricéfalo, comienza a reírse y se burla de su amo diciendo que la princesita demonio se convirtió en cenizas.

Lucifer lanza un grito: —¿¡En dónde estás, mi niña!?

Su desesperación retumba en todo el infierno, el eco de su voz abre

una fisura en el manto terrestre hacia el núcleo externo de la Tierra. Agarra a Caímong por el cuello y lo arrastra sin piedad hacia las profundidades ardientes. El calor se va intensificando a medida que se acercan al abismo del fuego, donde el hierro y níquel están en su forma líquida. Las temperaturas son infernales superando los 4,000 grados Celsius. En un movimiento brusco, Lucifer sumerge a Caímong en el níquel fundido, gritándole:

—Abre tus tres bocas y ríe ahora. Jamás volverás a burlarte de mi niña amada.

La risa burlona del demonio se desvanece y se ahoga en el líquido incandescente; sus tres fauces se llenan de metal ardiente. Mientras el níquel comienza a solidificarse, la figura de Caímong se retuerce en agonía, su orgullo se disuelve en terror.

Lucifer, al observar que Caímong ya no pronuncia una sola palabra, decide volver con él a sus aposentos fuera del manto terrestre. Su ira lo tiene cegado y sin darse cuenta tiene en sus manos un tridente que forjó con el demonio tricéfalo. Lucifer sufrió una transformación de horror por bajar por primera vez al núcleo de la Tierra. Perdió su luz divina y su espíritu se transformó en una figura de terror, su rostro angelical se convirtió en uno que reflejaba la maldad del mundo. Sus demonios, a ver lo que le hizo a Caímong, no se atreven a sostenerle la mirada.

Con un grito de injuria reclama toda la maldad de sus demonios y de las almas condenadas, su voz se tiñe con un eco de mil legiones enfurecidas. Aguarda unos segundos de silencio y, como rayo ascendente, Lucifer se elevó desde las profundidades del infierno al

cielo, su ascenso descontrolado rasgó el velo entre los mundos, un reflejo de su ira incontrolable. Con una insaciable sed de venganza. Y detrás de él, todas las huestes del infierno lo acompañan. Cuando llega a las puertas celestiales, están cerradas y pregunta con un eco de ira que retumba en el cosmos:

—¿¡Dónde estás, mi niña!?

—Hermano mío, no sé en dónde está Katherine, ¡te lo imploro márchate! —dijo Jofiel, escondiendo en su voz el temor del peligro. Lucifer furioso, clava su tridente en las puertas y las arranca sin ningún esfuerzo y logra entrar con sus demonios. Comienza una batalla donde las estrellas sufren el caos de la feroz guerra, caen demonios como ángeles. De frente están el arcángel Jofiel y Lucifer; los dos miran la tragedia que les embarga a ambos:

—Lo preguntaré por última vez, ¿en dónde está mi hija?

—Te lo repito de nuevo, no sé en dónde está tu hija, soltaré mi espada y si quieres atacarme, hazlo —respondió el arcángel Jofiel. Lucifer cegado por la ira, clava su tridente en el cuerpo de su hermano y una explosión retumba en el cosmos. Dios, ajeno a lo que sucedía por estar con Katherine, siente lo que le sucedió a su arcángel, y de inmediato se hace presente a cierta distancia, observando todo.

El Creador se llena de ira por ver la tragedia decorando sus aposentos, levanta su dedo índice, lo enciende como la pequeña llama de una vela, pero con el poder destructor de mil soles, le apunta al rostro de Lucifer para destruirlo de manera fulminante. Katherine con sigilo y en silencio, se acerca a Dios, lo abraza con sus alas y le dice: —Cuando termines con mi Padre, prosigue

conmigo. Ya estoy cansada de que tus decisiones terminen enfrentando hermano contra hermano, por favor, termina con todo ya.

—Me marchó y no me volverás a ver hasta que la esfera esté terminada. Ve con la abominación de tu Padre y dejen mis aposentos como estaban, antes que me arrepienta y destruya el cosmos con todos ustedes —dijo Dios, conteniendo su ira.

De momento una voz angelical se alza entre la batalla y pregunta:

—¡Padre!, ¿qué has hecho? Aquí estoy.

—¡Mi niña!, ¿en dónde estabas y por qué tienes alas de ángel? Me he vuelto loco buscándote —exclamó Lucifer con una pregunta que retorció su espíritu.

—Padre, el Creador, me ha salvado del fuego mortífero de los humanos y me regresó mis alas para poder volar a donde está la esfera del reinicio de la vida. Todo fue tan rápido que no tuve tiempo de avisarte, ¡perdóname, te lo ruego! —suplicó Katherine.

Luego de que Lucifer, escuchará a su hija, con el tridente en su mano, camina hasta donde está su hermano, el arcángel Jofiel malherido tirado en el suelo, le acaricia el rostro, lo abraza y le dice:

—Perdóname, hermano mío, mira lo que me he convertido por los designios divinos de nuestro Padre, levanté mi tridente contra ti tú no levantaste tu espada ni para defenderte.

—Nuestro Padre se equivocó por primera vez —dijo el arcángel.

—No comprendo, ¿en qué se equivocó? —preguntó Lucifer.

—Nuestro Padre me dijo que un acto de rebeldía yo te iba a destruir, y mírame, aquí estoy a punto de perder mi luz divina. Fueron las últimas palabras que dijo el arcángel Jofiel, su voz se

apagó para siempre. Lucifer lo toma en sus brazos y va caminando por los pasillos celestiales hasta llegar al nuevo trono de su Padre. Con mucho cuidado acomoda el cuerpo de su hermano en la silla celestial, y dos lágrimas de fuego corren por el rostro de Lucifer cayendo al rostro de su hermano Jofiel. Ordena el cese de la batalla y pide silencio en los aposentos del cielo para poder hablar:

—Hoy comprendí que nuestro Padre nunca se equivoca, le profetizó a mi hermano Jofiel que en un acto de rebeldía me iba a destruir. Y así fue, me voy destruido a mi hogar, llorando la rebeldía de mi hermano por no defenderse de quien lo atacó. Me voy y jamás regresaré, pero tampoco quiero a ningún ángel en la faz de la Tierra.

Lucifer levantó vuelo con sus legiones, dejando atrás una devastación sin precedente en la historia de la creación. Cada pilar de los aposentos del Creador quedó marcado por la feroz batalla entre ángeles y demonios. De regreso al infierno, Lucifer se sienta en su trono, con una tristeza teñida en su mirada. El general Aurios con mucho temor se le acerca a su amo y con una voz cabizbaja le pregunta:

—Mi señor, ¿puedo hablar con usted?

—Puedes hablar conmigo sin ningún temor, te imploro que me mires a los ojos, desde lo sucedido con mi hija no has sido capaz de sostenerme la mirada. ¿Qué te sucede? —inquirió Lucifer.

—Todos aquí en sus aposentos tenemos temor, que bajo su ira seamos transformados en algún tipo de arma, como sucedió con Caímong que lo convirtió en un tridente —dijo el general Aurios. Lucifer se levanta de su trono, le da un fuerte abrazo a su general y

con unas palabras llenas de ternura le dice:

—Hermano mío, puedes estar tranquilo, lo de Caímong fue un accidente, quería destruirlo y el maldito se convirtió en un tridente, que no puedo soltar de mi mano, buscaré la forma de librarme.

—Me dejas más tranquilo, mi señor, si algún día lo ofendo en algo me conviertes en una cabra, pero, por favor, no en un horrible tridente —dijo el general Aurios con una tierna sonrisa.

—Puedes estar tranquilo, hermano mío, ninguno de los demonios que desperté tienen la maldad humana. Hazme un favor, busca el demonio herrero para que me trate de ayudar a quitarme de la mano el tridente —dijo Lucifer con una tierna mirada.

—Con gusto lo busco. Mi señor, por último, la niña Katherine ya no puede bajar a sus aposentos, parece que con su nueva transformación se la hace imposible venir con usted. Vaya a la superficie y hable con su hija. Los dos han pasado momentos muy duros desde la creación, y usted lo es todo en la vida de ella.

Lucifer, luego de meditarlo mucho, decide subir a la superficie de la Tierra para hablar con su hija y se reúnen en Mesopotamia, en el Jardín del Edén, donde todo comenzó.

—¿Recuerdas a este árbol? —preguntó Lucifer con sarcasmo.

—Como olvidarlo, Padre, si por ingenua convencí a Eva de que comiera del fruto, y por ello los eventos catastróficos que rodean a la humanidad —respondió Katherine con la mirada de niña traviesa.

—Estoy triste, mi niña, por mi mano destruí al ángel que más amé desde que tengo memoria y ahora no puedo tocarte —dijo Lucifer con un vacío profundo en su mirada, reflejando su tristeza.

—Padre, puedes estar tranquilo, el Creador está cerca de

terminar la esfera del reinicio de la vida, me prometió que todo volvería a ser igual que antes. Sé que volveremos a ver al arcángel Jofiel, es una promesa divina.

—Lo sé, mi niña, pero hasta que eso suceda no podré arrancarme de la memoria la última mirada de mi hermano Jofiel.



## Capítulo 14

### La confesión

A Dios, le apremia el tiempo y tiene que apresurarse en terminar la esfera del reinicio de la vida. De no terminar antes de lo previsto, corre el riesgo de que sus ángeles vayan a la Tierra a tratar de exterminar a los demonios, por el asalto de Lucifer con sus legiones en los aposentos celestiales. El arcángel Miguel, cansado de ser el guardián de la esfera, le pregunta con temor al Creador:

—¿Padre, hasta cuándo me tendrás prisionero en este lugar?

—No eres mi prisionero —responde Dios—. Si estás aquí, son por las consecuencias de tus actos. ¿Piensas que me puedes mentir? Sé todo lo que has hecho y he volteado el rostro para evitar exterminarte. ¿Deseas marcharte?

—Perdóname, Padre. Gracias por tu misericordia de permitirme existir. ¿Te puedo hablar con franqueza sin despertar tu ira divina? Quiero dialogar contigo de Padre a hijo —dijo el arcángel Miguel.

—Tienes permiso de hablarme con libertad sin levantarme la voz, si lo haces las consecuencias serán mortales —dijo Dios.

—¿Por qué Lucifer sigue existiendo con todo el mal que te ha causado? No lo comprendo. Explícamelo, Padre, ¡te lo imploro!

—He vivido en soledad por muchos ciclos infinitos a través del silencio del antaño. Un día miré a mi alrededor y llené mi vacío con Lucifer. Luego comenzamos a crear las aves celestiales —dijo Dios.

—¿Lucifer fue tu primera creación? —preguntó el arcángel.

—Fue creado con las entrañas de mi espíritu. Lucifer representa la soledad que viví hasta que nació. Él es el comienzo de todo. Mi inspiración para crearlos a todos ustedes. Recuerdo cuando lo creé, en uno de los pilares de mis aposentos se dibujó la Constelación de Tauro. No comprendía el presagio de los cuernos, hasta que vi su transformación en la batalla que lideró en mi hogar celestial —dijo Dios con su voz teñida de la melancolía por los recuerdos del principio de su creación.

—Padre, me siento tan culpable por ver la tristeza que tiñe tu rostro divino. Perdóname, fui yo, quien convenció a Lucifer a sentarse en tu trono. Ver el amor que le tienes me consumió en celos y te desobedecí, enfrentaré mi castigo —confesó el arcángel Miguel, con la voz presagiando su final.

—No temas. Tu penitencia será ser el guardián de la esfera hasta que quede terminada. Sin en verdad quieres mi redención, debes aceptar con amor esta encomienda que te hago —dijo Dios.

—Gracias, Padre, por esta oportunidad que me brindas. Debo hablar con Lucifer para pedirle perdón por lo que lo hice. Aunque me mire con soberbia. Te soy sincero, mi amor por ti es más grande que mis debilidades —afirma el arcángel Miguel, apaciguando la tristeza de Dios.

—No debes acercarte a tu hermano ni para pedirle perdón. En estos momentos su espíritu está atado a toda la maldad humana a través de un arma que forjó bajo su ira. El pobre, en estos momentos, se siente abatido. Tratar de hablar con él será la provocación de otra batalla entre ángeles y demonios. Ya no quiero ver a mis hijos en más enfrentamientos —concluye Dios.

—Comprendo, Padre, haré tu voluntad. ¿Por qué me creaste?

—Fue un momento muy emotivo, y como te dije, Lucifer fue la inspiración para crear a los ángeles. Un día, tu hermano estaba parado frente a un manantial, observé que hablaba con alguien. Cuando me acerco con mucho sigilo, le decía a su reflejo en el agua que, cuando iba a salir, para qué jugará con él. Se estremeció mi espíritu al ver su soledad, entonces di el mandato que su reflejo saliera del agua y le hiciera compañía. Entonces naciste de su hermoso reflejo. Por ello eres la viva imagen de tu hermano —dijo Dios con su voz teñida en melancolía de los recuerdos.

El arcángel Miguel cae de rodillas y comienza a llorar con un sentimiento que jamás había sentido, con la voz solloza, dice:

—Padre, ahora lo recuerdo. Todos los días, cuando llegaba el alba a tus aposentos, Lucifer iba al manantial a contarme historias de las aves celestiales, acariciaba su reflejo en el agua, diciéndole: “Ven, sal del agua. Vamos a construirle a mi Creador niños de nubes para verle sonreír, no me gusta verlo triste”. Con el tiempo, las figuras que te dibujamos en las nubes tomaron vida convirtiéndose en todos los ángeles y arcángeles. Me siento tan desdichado y penitente por todo el mal que le hice a mi hermano Lucifer.

Dios, en su sabiduría infinita y divina, respondió:

—Ahora comprendes por qué no puedo exterminar a Lucifer. Él representa toda la creación para bien o para mal. La esfera cambiará todo el tejido del tiempo y espacio, llevándose consigo los horrores de la maldad humana. Me tengo que ir, para que tu hermano Jofiel se levante del trono, cuida la esfera.

Dios vuelve a sus aposentos celestiales, ya todos los ángeles se habían encargado de reconstruir el desorden que dejó la batalla infernal. Se acerca a su trono y con mucha ternura le dice a Jofiel: “Se acabó la siesta, levántate”.

—Padre, perdóname, no sé cómo llegué a tu trono, te imploro tu misericordia —dijo el arcángel Jofiel temblando de temor.

—Tranquilo, no pasa nada, ve y habla con tu hermano para que él se dé por enterado de que estás bien. El pobre está deshecho por lo que sucedió. Le hará muy bien verte sonreír.

—No comprendo, ¿qué ha sucedido? —preguntó el arcángel.

—Aparte de mis pensamientos, ver los acontecimientos del futuro para poder concentrarme en la esfera. Tu hermano, en su dolor, te salvó con sus lágrimas de fuego, las cuales curaron tus heridas infernales; él no lo sabe. Luego, en su tristeza por lo que te hizo, te puso en el trono para que yo lo exterminara y así él terminará con su dolor. Lucifer, a pesar de que la maldad humana lo está consumiendo, sigue habiendo en él luz divina —dijo Dios con voz rebotante en felicidad.

—Iré a la Tierra a buscar la revancha, espero que me comprendas, quiero que vea que estoy bien, pero pagará un precio demasiado elevado por su osadía —dijo el arcángel Jofiel.

—Ve con tu hermano, sé lo que harás, solo te pido de favor, que no se arranquen las alas —dijo Dios con una sonrisa pícaro.

Luego de que Dios consintiera, que el arcángel Jofiel fuera a la Tierra para hablar con su hermano. En el cielo una voz estruendosa reclama por la presencia de Lucifer.

Todos los demonios, al escuchar el llamado, salen del infierno para

enfrentar la voz que reclama por la presencia de su amo.

—¡Aquí estoy! ¿Quién reclama mi presencia? —inquirió Lucifer.

—Levanta tu tridente y enfrenta tu destino final —ordenó Jofiel. Lucifer extiende sus alas, se arrodilla, y ordena que ningún demonio intervenga en la batalla que está a punto de comenzar.

—Aquí me tienes, hermano mío, me da gusto saber que eres tú, quien acabará con mi sufrimiento —dijo Lucifer con la mirada triste, pero con su corazón palpitante de felicidad.

El arcángel Jofiel se lanza desde el cielo como el halcón pelegrino con su espada en la mano, quiere destruir a Lucifer y, cuando está a un metro de distancia, suelta la espada y, lo abraza con la fuerza del impacto. Los dos ruedan unos metros por el suelo y lloran de felicidad.

Ese reencuentro marcaría un antes y un después en sus vidas.

—Hermano mío, qué alegría ver que estás bien. ¿Por qué no terminaste con mi agonía? —preguntó Lucifer con lágrimas de fuego en sus ojos.

—No levantaré una espada para destruirte, con ello te demuestro que nuestro Padre se equivoca —replicó el arcángel Jofiel.

—Hermano mío, nuestro Padre nunca se equivoca, eres ingenuo como un niño. No con un golpe se destruye a un ser, hay acciones que destrozán la esencia de quien te ama. Aprende a conocer más los designios de nuestro Creador —dijo Lucifer con la voz rebosante de la emoción.

—Tienes razón, hermano mío, soy ingenuo. Y pensar que quería demostrarle, a nuestro Padre, que, se había, equivocado en todo, relacionado con la creación. Ahora comprendo mejor sus designios. ¿Por qué has cambiado tu apariencia? —preguntó el arcángel.

—Fue un accidente —respondió Lucifer.

—Tu espíritu está lleno de cicatrices de fuego y cuernos como un toro. ¿Lo haces para mortificar a nuestro Padre?

—Jofiel hermano mío, comprende algo muy importante, bajo ningún concepto busco mortificar a nuestro Padre —replicó Lucifer.

—¿Entonces por qué tu apariencia tan horripilante? Explícame para comprenderte, sigo sin entender —inquirió el arcángel.

—Cuando los humanos lanzaron el fuego del alba en la Tierra, perdí la razón al no encontrar a mi niña, y esta cosa que tengo pegado a mi mano se burló de mi dolor y, en un momento de cólera salvaje, me sumergí en lo profundo de la Tierra para destruirlo. Y luego se convirtió en un tridente atado a mi mano como la mordedura de un perro sin lograr soltarlo. Las temperaturas en el centro de la Tierra son verdaderamente infernales, por eso mi espíritu se llenó de cicatrices de fuego —dijo Lucifer.

—Hermano mío, hablando del alba, mira las estrellas, algo sucede, es como si algo las apagara —dijo el arcángel Jofiel.

En ese momento, el arcángel Miguel, lleno de un horror de miedo, aclama la presencia de su Padre.

—¿Qué ocurre, Miguel? ¿Por qué me has invocado de esta manera? —inquirió Dios con la voz llena de incertidumbres.

—Padre, mi sombra me ha atrapado y no puedo moverme —dijo el arcángel Miguel, aún temblado de miedo frente a Dios.





## Capítulo 15

# Ugklón la contraparte de Yahveh

Un manto estelar oscuro con la figura de un caballo está absorbiendo la luz de las estrellas, como lo hace un colibrí con el néctar de las flores. Como un ladrón del fuego estelar en cada galope en el cosmos, un astro se apaga, dejando tras de sí una estela de un vacío infinito.

La sombra que abrazó los pies del arcángel Miguel y lo llenó de horror, susurra:

—Hola, Yahveh, tenemos que hablar.

—Ugklón, libera a mi hijo y hablemos —ordenó Dios.

—Tu tono sigue siendo áspero, libero a tu mascota, la cual le nombras hijo —dijo Ugklón con la voz teñida por el rencor.

Dios se voltea con el arcángel Miguel y le dice:

—Ve y busca a Katherine, le dices que el reloj de arena que le dio su Padre tiene que voltearlo, comienza el conteo cósmico. Evita por todos los medios un enfrentamiento con tu hermano Lucifer, ve.

—Ugklón, estamos solos, ¿qué deseas? —inquirió Dios.

—Antes de comenzar con nuestra conversación, ¿cómo quieres que te llame? Dios, Padre, Creador o Yahveh. Por favor, indícame por cuál nombre debo llamarte para que nuestro diálogo sea fluido. —¿Crees que los nombres me definen? Me puedes llamar por el nombre que te plazca, siempre y cuando lo hagas con gran respeto.

Soy la palabra escrita en el lienzo de la vida —respondió Dios.

—Vine a notificarte y no a buscar un conflicto —dijo Uglón.

—Apresúrate que el tiempo apremia, te escucho —dijo Dios.

—Sigues atrapado en el bucle que está tejido al tiempo del cosmos, en el cual nunca encuentras el objetivo de tus decisiones. Te notifico que liberé a Otlarakus para crear un balance entre la luz y la oscuridad. ¡Nadie podrá detenerlo! —dijo Uglón con la voz teñida a la confrontación.

—No te comprendo, Uglón. Hemos coexistido en el ciclo de lo infinito, y nunca he ido a perturbar tus sueños en tus dominios. ¿Por qué ahora vienes con aires de arrogancia, buscando una confrontación? —inquirió Dios con tono áspero.

—Nunca le di la orden a Otlarakus que viajara más allá de mis confines. Cuando una estrella invadía mis dominios era apagada sin hacer un reclamo. Pero ahora tu creación excedió mi paciencia, con el arma que lleva el alba a la Tierra, con un fuego mortífero.

—Sigo sin entenderte, Uglón. ¿De qué forma algo tan insignificante en lo vasto del cosmos te puede inquietar?

—Te pongo en contexto, Yahveh, porque veo que lo has olvidado. Toda sombra de aquello que una vez parpadeó o respiró, va a mis dominios en silencio; es su nuevo hogar una vez que dejan de existir. Pero el fuego de los humanos con su arma mortífera extinguió a las sombras, eso no lo puedo permitir. Sus voces bélicas quedaron sepultadas en el pulcro del olvido.

—Por fin he logrado comprenderte, por ello trabajo en la esfera del reinicio de la vida. Dame tiempo, ya estoy cerca de enmendar el caos de los humanos —dijo Dios, buscando una tregua al conflicto.

—¡Ya es tarde, Yahveh! Otlarakus tiene su mandato, y no hay

nada que detenga su misión. Esta vez no quedará ni una estrella en el firmamento que te recuerde tu fallida creación. Me marchó.

En los aposentos celestiales del Creador está el arcángel Miguel buscando a su hermano Jofiel. Al no encontrarlo, suena el cuerno del trueno, para que de inmediato vaya al cielo.

En la Tierra estaban Lucifer y Jofiel celebrando su reencuentro; al escuchar el estruendo del cuerno, el silencio se proclama entre ellos. Se miran fijamente y el arcángel Jofiel dice:

—Hermano mío, tengo que marcharme a los aposentos de nuestro Padre. Sonó por primera vez el cuerno de la agonía. Solamente el arcángel Miguel y yo somos los únicos que conocemos la tonada para que resuene en el firmamento. Esto tiene que ver con las estrellas que se están apagando.

—¿No será otra treta de nuestro hermano? —inquirió Lucifer.

—Esto va más allá de cualquier travesura que nos quiera hacer nuestro hermano. Vamos al cielo y no quiero otro enfrentamiento con Miguel. Algo le sucede a nuestro Padre —respondió Jofiel

En el cielo se reúnen los arcángeles con Lucifer y dejan sus espadas a un lado para evitar un ambiente hostil. De repente, el tridente comienza a susurrarle a Lucifer:

“Arráncale la cabeza al arcángel Miguel y te soltamos, te va a engañar de nuevo. Míralo a los ojos, observa cómo está fraguando clavarte la espada, tan pronto le des la espalda. Aprovecha este momento en que todos están vulnerables por la llamada del cuerno, no pierdas esta única oportunidad”.

Lucifer comienza a arder en fuego, su mirada se llena de odio y levanta su tridente para clavárselo en el cuello del arcángel Miguel. De repente, unas alas abrazan a Lucifer por la espalda y una tierna voz le susurra al oído: “Padre, no dejes que la maldad humana te siga consumiendo, he visto cómo el tridente te ha hablado, y he sido la única en escucharlo, nuestro Creador nos necesita a todos”. En ese instante, todos guardaron silencio al recibir a Katherine, pues por ella se convocó la reunión. El arcángel Miguel toma la palabra. —Katherine, tengo el mandato de decirte por parte del Creador; tienes que voltear el reloj de arena que te dio Lucifer, para el comienzo del conteo cósmico.

—Precisamente esta mañana lo volteé porque empezó a brillar y a vibrar. Observé que cada grano de arena emitía un sonido. Pero no le di importancia. ¿Qué sucede? —inquirió Katherine.

—Hoy por primera vez vi a nuestro Creador preocupado. Una sombra me tomó por los pies y no me soltaba. Luego mi Padre le llamó por su nombre y se mostró con el mismo rostro angelical de Dios, pero en sombras. Es un enigma ese ser, porque no tiene maldad, pero representa el vacío de la oscuridad como si fuera la contra parte de mi amado Padre. Deben estar atentos a sus sombras —dijo el arcángel Miguel con el rostro teñido de la inseguridad.

En ese momento, Lucifer se pasea de un lado a otro, susurrando: «Dejen de hablarme o los freiré de nuevo en el núcleo de la Tierra». El tridente sigue atormentándolo con sus susurros. “Observa las sombras, mira cómo presagian a tu hija, dispuesta a atravesarte el pecho con su espada”.

Lucifer exclama con gritos de furia: “¡Cayesen!” Salgan ya de mi cabeza, se los ordeno.

—¡Katherine!, ¿qué le sucede a tu Padre? —inquirió el arcángel Jofiel con una voz sombría.

—Me voy con mi Padre, regreso más tarde. Algo le sucede y no quiero que haya otro enfrentamiento entre ustedes. Les imploro que me comprendan —respondió Katherine, embargada por la tristeza.

Lucifer observa cómo su hija toma la espada para retirarse, pero las sombras y el tridente en un eco conjunto comienzan a hacer figuras en el suelo celestial de cómo Katherine lo atraviesa con la espada. Lucifer, enloquecido, levanta el tridente para atacar a su hija, pero reacciona y con un grito que retumba dentro de los aposentos celestiales sale volando, gritándole injurias al tridente.

El arcángel Jofiel se para frente a las puertas celestiales y observa cómo su hermano vuela hacia el sol. Katherine quiere seguir a su Padre, pero todos los arcángeles la abrazan para detenerla.

—¡Suéltense! ¡Suéltense! Se los imploro, tengo que salvar a mi Padre de sí mismo —dijo Katherine de rodillas, abatida por el dolor de ver a su Padre enloquecido.

El arcángel Miguel, por primera vez, acaricia el rostro de Katherine, se arrodilla frente de ella, y con sus ojos llenos de lágrimas le dice:

—Iré detrás de tu Padre sin importar las consecuencias, se lo debo. Trataré de salvarlo de sí mismo y buscar su perdón, por todo el mal que le hice. Esto lo hago porque el corazón de mi espíritu me lo dicta. Volveré con él, te lo prometo.

El arcángel Miguel extiende sus alas y como un rayo de luz sale

volando de los aposentos celestiales. Logra ver a Lucifer que está llegando al sol, y con voz estruendosa le grita:

—¡Detente, hermano! Hazlo por tu hija, si entras al sol tu espíritu se exterminará, te lo imploro. Vine detrás de ti sin espada para rogar por tu perdón. ¿Podrás perdonarme por el mal que te echo?

Lucifer se detiene, las palabras de su hermano hacen ecos en sus pensamientos. Mira el tridente y mira el cuello de su hermano.

—¡Te lo imploro, perdoname! —replicó el arcángel Miguel.

Lucifer guarda silencio, observa a su hermano mientras siente como el abrazador sol le llama. Exclama con un grito de injuria y se lanza hacia él con todas sus fuerzas. El arcángel Miguel cierra los ojos esperando el golpe mortal por parte de su hermano, y le recibe, dejándolo sin aliento con las palabras:

—Te perdono, hermano mío, nunca olvides cuando éramos niños y corríamos detrás de las nubes para hacer sonreír a nuestro Padre. Te doy el mandato de que regreses y cuides de mi hija y no me sigas, este es nuestro adiós —dijo Lucifer con el eco de las mil legiones que habitan en su voz.

—Así lo haré, cuidaré de tu hija como si fuera la mía. Adiós, hermano mío, me voy feliz al saber que tuve tu perdón en el fin de nuestros caminos —dijo el arcángel Miguel, destrozado por la tristeza, pensando que sus acciones llevaron a su hermano al camino de la extinción.

Lucifer extiende sus alas y con grito de dolor y agonía se lanza al centro del sol.





## Capítulo 16

# Lágrimas celestiales

Las estrellas comienzan a vibrar en un llanto en el cosmos para avisarle al Creador que su hijo predilecto agoniza en el fuego incandescente del sol. Las sombras en la Tierra les hacen eco a los astros del universo, dibujando gritos de horror en susurros oscuros en la sombra de cada ser vivo que habita en el planeta. En ese instante, el Creador es rodeado por vibraciones cósmicas y siente la abrumadora agonía que se cierne sobre Lucifer.

Levanta su mano para que el cosmos le muestre qué sucede. Y ve a su ángel más amado, gritando con horror por el dolor que le causan las llamas del sol. Dios se sienta al lado de la esfera. Suspira con una tristeza y dos lágrimas celestiales corren por su rostro divino. Luego se pone de pie y ordena que el universo se detenga. El Creador camina entre el cosmos, contemplando la belleza de cada estrella, mientras escucha la agonía de Lucifer. Llega hasta el sol, donde su hijo es prisionero de las llamas. Se viste con la armadura celestial y se abre camino entre las llamas abrazadoras e incandescentes del sol. Toma a su hijo en sus brazos y le dice:

—Hijo mío, estás a salvo. Aguarda un poco; pronto tu sufrimiento cesará. Te llevo a un lugar apartado para que descanses.

—Padre, déjame aquí en el sol, para que mi agonía culmine.

—Si tu niña Katherine estuviera en tu lugar, ¿qué harías? Contéstame con el corazón —dijo Dios con un amor de Padre.

—Haría lo mismo que tú estás haciendo, pero mírame. Me he convertido en la abominación del cosmos. Ya no me atrevo a pararme frente a un manantial para no mirar mi reflejo. Soy el mal encarnado en el eco del universo. Me da pavor cuando mi niña me acaricia el rostro —dijo Lucifer con su voz teñida en la amargura.

Dios observa fijamente a Lucifer, y le sonrío atado a un recuerdo.

—Padre, la última vez que te vi sonreír fue cuando yo era un niño. ¡Qué alegría ver tu rostro lleno de paz a pesar de lo que ambos enfrentamos! —dijo Lucifer con el eco de las legiones que le acompaña en su voz.

—Cuando los astros cantaron la vibración del dolor y me mostraron tu rostro ardiendo en el sol, mi espíritu se hundió en un abismo de una tristeza infinita. Pero sonreí al recodarte jugando con tu reflejo en los manantiales de mis aposentos. Tengo la esperanza de que Miguel y tú un día vuelvan a hacer los chiquillos traviesos. Esos recuerdos son el motor de la esfera del reinicio de la vida, compréndeme —dijo Dios con la melancolía que le embarga.

—Padre, el dolor me consume, el fuego no deja de quemarme, a pesar de que este sitio está tan sereno, siento todavía las llamas del sol en cada fibra de mi ser. ¡Te lo imploro, termina con mi agonía! Deja que mi espíritu vaya libre a los manantiales de tus aposentos —dijo Lucifer con la voz teñida en la agonía.

—No lo comprendes, tan pronto tu espíritu se apague, solo serás un suspiro en el recuerdo de quienes te conocieron y con ello todos tus hermanos quedarán exterminados. Ellos son parte de tu esencia

vital. ¿De verdad quieres eso? —inquirió Dios.

La conversación de Padre a hijo es interrumpida de forma abrupta, por la llegada Uglón montado en su corcel Otlarakus y exclama:

—¡Yahveh, silencio a tu mascota! El eco de sus labios infernales atormenta el silencio de mis aposentos.

—¿Qué sucede, Uglón? —preguntó Dios con voz severa.

—Algo terrible ha sucedido, por primera vez las sombras han creado una fractura transversal en el tejido de la armonía del cosmos —dijo Uglón teñido por el temor, su voz lo delata.

—Uglón, te escucho por primera vez el miedo sembrado en tu voz. No comprendo tu sobresalto, me hablas sin fundamentos. ¿Qué te hace pensar que tus palabras son merecedoras de mi atención? —inquirió Dios con la voz desafiante.

—Las sombras de las almas condenadas en el infierno de tu hijo están rasgando el manto estelar. Si se abre una hendidura, el velo que sostiene al cosmos colapsará sobre sí mismo. Es como si un niño llenara un globo y luego dejara salir el aire. Si eso sucede, será el fin de todo lo que conocimos. No quedará huella de nuestra existencia y la nada será nada. Tienes que silenciar a tu hijo, para un que haya un balance cósmico —explicó Uglón tratando de convencer a Dios.

—¡No voy a exterminar a mi hijo! Es como si me arrancara el corazón y se lo diera a tus sombras como alimento celestial, carroñero —dijo Dios enfurecido.

—Yahveh, no te pido exterminar a tu hijo. Permíteme abrazarlo con el manto de mis sombras, dormirá profundamente y con él las legiones de las almas que habitan en su corazón. Debe haber paz. Y así las voces guardarán silencio en las sombras el manto estelar.

Es un acto de prudencia —dijo Uglón apaciguando a Dios.

—¿Cuál será el precio que tengo que pagar?, si accedo a que duermas a mi hijo en un sueño profundo —inquirió Dios.

—Otlarakus comprimirá el cosmos en una espiral para acelerar lo inevitable. Tu tiempo de terminar la esfera se reducirá a la mitad. No puedo arriesgarme a que las sombras abran una fisura en el manto estelar y, con ello, el velo se colapse. Esto es lo último que te puedo ofrecer para no enfrentarnos en una batalla épica estelar que solo nos traerá a los dos agonías infinitas —dijo Uglón con la voz desafiante.

—Deja decirle unas palabras a mi hijo antes de que se duerma. Luego de ello, te doy el consentimiento para que los mantos de tus sombras lo abracen —dijo Dios con su voz teñida en la tristeza.

—¡Apresúrate que el tiempo apremia! Me hago eco de tu divinidad celestial —dijo Uglón con sarcasmo.

Dios levanta a Lucifer, lo abraza a su pecho y le dice:

—Hijo mío, espero que un día logres perdonarme por el camino que te obligué a caminar, fueron senderos que a los dos nos trajeron tristeza. Cierra tus ojos para que tu voz no atormente las sombras del cosmos. Es tan grande tu dolor que una fisura se está tejiendo en el velo estar. ¡Descansa, hijo de mis entrañas! —dijo Dios, teñido en el dolor más grande que puede sentir un Padre.

Lucifer se quedó profundamente dormido una vez que el manto de las sombras de Uglón abrazaron a su espíritu. Los astros guardan un minuto de silencio en reverencia al Creador por su tristeza y el cosmos se vuelve sumamente silencioso. Uglón ordena a Otlarakus su nueva misión y se marcha a sus aposentos.

Una voz se proclama cerca de donde está Dios rodeado por la soledad y le pregunta:

—¿Me puedo acercar?

—Acércate, hijo mío, un poco de compañía alegrará mi espíritu. ¿Qué te trae a este lugar tan inhóspito? —inquirió Dios.

—Todos los ángeles y demonios se han quedado dormidos por primera vez y no encuentro a mi amo. Su energía me guió hasta aquí y luego ya no lo volví a sentir. ¿Qué sucede en el cosmos? ¿Por qué el silencio parece el presagio de un evento apocalíptico?

—Se acerca el fin de un ciclo cósmico, para todo el universo. Y tengo la esperanza puesta en mi espíritu de que la maldad humana no vuelva a resurgir —dijo Dios, atado a una esperanza celestial.

—Y esos mantos de sombras que parecen tejer una telaraña. ¿Qué son? Parecieran como que ocultan un misterio de horror.

—General Aurios, con infinita tristeza te digo; que ahí duerme mi hijo, su voz tuvo que ser silenciada para que las sombras de las almas condenadas no rasgaran el manto estelar. Estoy preocupado por Katherine. ¿Cómo está ella? —dijo Dios con la voz teñida en la tristeza.

—Ahora comprendo el silencio del cosmos y, porque al llegar aquí ya no sentía la presencia de mi amo. La niña Katherine está destruida al pensar que su Padre fue exterminado, y desesperada tratando de despertar a los arcángeles —dijo el general Aurios.

—No comprendo algo. ¿Por qué Katherine y tú siguen despiertos? —inquirió Dios con la voz teñida en la incertidumbre.

En ese instante las sombras se llevan el espíritu de Lucifer, y Dios comienza a luchar para evitar que se lo lleven. Le suplicó al general

Aurios que busque a Katherine de inmediato, necesita su ayuda. Como el relámpago que surca los cielos cuando hay tempestad, así fue la llegada de Katherine al saber que su Padre estaba vivo. Comienza una lucha cósmica, las sombras en contra de Dios, Katherine y el general Aurios, de repente una voz se pronuncia:

—Lucifer debe ser llevado a mis aposentos por Otlarakus. Las sombras siguen rasgando el manto del cosmos. El velo estelar colapsará pronto, si el ángel caído no es silenciado para siempre. Espero que me comprendas, Yahveh, no tenemos otra alternativa. Lo siento mucho —dijo Uglón, su voz era el presagio del fin de los tiempos para Lucifer.

Otlarakus usa todo su poder y le lleva a Lucifer en un torbellino de sombras, dejando a Dios, Katherine y al general Aurios hundidos en un abismo de tristezas.





## Capítulo 17

# Lucha de titanes cósmicos

Se ha cerrado la brecha entre la tolerancia y el razonamiento. Los enfrentamientos entre seres celestiales han comenzado. Dios no quiso usar todo su poder divino en rescatar a Lucifer del secuestro por parte de Otlarakus, temiendo que cualquier ataque en descontrol de su ira divina fuera a exterminar a su ángel más amado.

Katherine y el general Aurios están abrumados en la tristeza por no poder hacer nada para rescatar a Lucifer. Dios, en su infinita sabiduría, les pide la espada a Katherine y al general Aurios.

—¿Para qué quieres nuestras espadas? —inquirió Katherine.

—Mi bella mariposa de luz, dotaré las espadas de luz divina a través de la esfera del reinicio de la vida, para que puedas rescatar a tu Padre —dijo Dios rebosante de la esperanza.

—No perdamos el tiempo y manos a la obra, anhelo extinguir al corcel indomable de las sombras —dijo el general Aurios con determinación, su voz teñida en la batalla.

—No, general, te quedas a mi lado cuidándome. Una vez que le entregue las espadas a Katherine, postraré mis manos sobre la esfera y me desconectaré del cosmos, para concentrar mi poder divino y lograr terminarla antes que el velo estelar sea desgarrado

por las sombras y colapse en sí mismo —dijo Dios.

—Me siento honrado de protegerle —dijo el general Auriós.

—Mi bella mariposa de luz, aquí tienes las espadas. Conectaré una pequeña parte de mi conciencia contigo, para avisarte cuando debes apartar las sombras que silencian la voz de tu Padre, tan pronto lo hayas rescatado —dijo Dios, temeroso.

—Lo liberaré de todas las sombras que lo tienen prisionero. Quiero verlo a los ojos y saber que está bien. He vivido muy atormentada desde que mi Padre se lanzó al abismo de las llamas del sol —dijo Katherine con lágrimas en sus ojos y la voz sollozante.

—No, mariposa de luz. Si apartas las sombras de tu Padre, comenzará a sufrir de nuevo. Las llamas del sol por poco extinguen su espíritu y las sombras lo mantienen profundamente dormido para que no sienta dolor. Si es despertado, sentirá que las llamas lo están consumiendo de nuevo —dijo Dios preocupado.

—No lo comprendo. Si le aparto las sombras que silencian su tierna voz, ¿no sentirá el calvario de las llamas del sol nuevamente? —preguntó Katherine, llena de incertidumbres.

—Tienes que retirar con mucho cuidado solo las sombras que cubren la voz de tu Padre, para que las almas condenadas atormenten a las sombras y se cree una paradoja cósmica en el velo del cosmos. Cuando eso suceda, se comenzará a colapsar todo el universo en sí mismo, y cuando llegue al punto del clímax, yo liberaré la esfera. Si fallamos por un microsegundo en el punto de quiebre del cosmos, todos dejaremos de existir —respondió Dios.

—Nunca imaginé cuando me creaste que salvar al cosmos, sería

una encomienda que pesaría sobre mis hombros —dijo Katherine.

—Llegó el momento, ve por tu Padre. Aquí, el general Aurios y yo te estaremos esperando muy ansiosos —dijo Dios.

Katherine extiende sus alas y, como un torbellino cósmico, se lanza detrás de Otlarakus. Sus espadas dotadas del poder divino dejan hermosas estelas de luces como un cometa que navega en la inmensidad del cosmos. Otlarakus percibe que Katherine lo está siguiendo y libera mantos de sombras estelares cargadas de materia oscura para cegarla. Pero sus espadas cortan los mantos como una hoja de papel y su luz se intensifica a medida que se acerca a su objetivo. Otlarakus al ver que sus mantos estelares no afectan a Katherine, decide dar un giro inadvertido para atacarla de frente.

El cosmos parece guardar un momento de silencio contemplando el feroz enfrentamiento de dos titanes cósmicos. Otlarakus acelera su galopar y con un bufido estruendoso descarga sobre Katherine una estela de materia oscura, atrapándola en una cápsula que se devora así misma. La batalla es majestuosa y esplendorosa, es como si el ocaso apagara al alba con un pequeño suspiro.

La cápsula de materia oscura sigue comprimiendo a Katherine hasta dejarla casi sin aliento. En un giro de desesperación, ella aclama la conciencia del Creador que habita en su espíritu.

—Dios, ayúdame, estoy a punto de ser extinguida, mi luz se va apagando, y casi ya no me quedan fuerzas.

—Cierra tus ojos y extiende tus alas de mariposas, que están

ocultas en lo más profundo de tu ser. Están repletas de mi energía vital que guarde para ti, solo deja que fluya y volverás a renacer. Recuerda que tu Padre aguarda por ti, desde sus sueños.

Katherine cierra sus ojos, y recordó cuando su Padre transfirió su espíritu al cuerpo de la primate para salvarla y la locura que lo envolvió cuando sintió que la había perdido, en el fuego nuclear que extinguió a las sombras. Katherine se envuelve en un capullo de mariposa y, con un grito estruendoso que resuena en el vasto universo, se libera de la cápsula de materia oscura y le pone las espadas en el cuello de Otlarakus y le dice:

—Hemos coexistido en el ciclo infinito de la existencia, donde hay luz, siempre habrá una sombra, no quiero extinguirte.

—¡Vaya sorpresa! —exclamó Otlarakus—. Baja tus espadas, no sabía que hablaras la lengua Astrávida. Si me hubieras hablado antes en la vibración de los astros, no habiéramos luchado. ¿Cómo aprendiste a hablar la lengua más compleja del cosmos?

—Cómo aprendí tu lengua, no lo sé, la más sorprendida soy yo, no sabía que me podías entender. Solo quiero llevarme a mi Padre, y gracias a tu Creador por aliviar sus sufrimientos al envolverlo en mantos de sombras —dijo Katherine con la voz temblorosa y preparada para enfrentar otra batalla.

—Tengo un dilema, tu Padre, tengo que llevarlo con mi amo, y, por otro lado, es la primera vez que puedo hablar con otro ser que no sea mi Creador. ¿Qué hacemos para no luchar? —dijo Otlarakus hechizado por la belleza de los ojos de Katherine.

Katherine mira fijamente a Otlarakus y, deja salir de sus labios un tierno suspiro y, con una gran bella sonrisa en armonía le responde:

—Lo primero que vino a mi mente cuando te vi, fue el recuerdo de un anciano japonés leyéndole a un niño un cuento titulado, “La Bella y la Bestia”. Con un significado simbólico de amor y aceptación.

—¿Por qué te comparas con una bestia? —preguntó Otlarakus. El rostro de Katherine perdió su encantadora expresión y, con tono áspero, le preguntó a Otlarakus:

—¿Tengo la apariencia de una bestia?

—No, niña —responde Otlarakus—, tu apariencia es la del ángel más bello de todo el cosmos, y tu fuerza cósmica es la de mil Constelaciones de Tauro. En cuanto a la comparación de tu fuerza bestial, fue una metáfora que dijiste, y por tu rostro siento que no te gustaron mis palabras.

—Me tengo que llevar a mi Padre y no quiero luchar contigo. El tiempo está a punto de renacer de nuevo y él tiene que estar al lado de su Divino Creador —dijo Katherine, templada en su decisión.

—Me temo que habrá otro enfrentamiento entre nosotros. Tengo que llevar a tu Padre con mi amo. Sin importar la alegría que siento de poder hablar contigo, pero tengo que seguir mi mandato. ¡Tú decides! ¿Habrá otra batalla entre nosotros? —dijo Otlarakus. Katherine guarda sus espadas, cierra sus ojos, y acaricia el rostro de Otlarakus, con la ternura de una pluma que flota en aire cuando es movida por el impulso del viento, y le susurra al oído:

—Tú que tienes el poder de hablar con las sombras del cosmos. Pregúntale a mi sombra lo que mi Padre y yo hemos sufrido desde que fuimos expulsados de los aposentos de nuestro Creador. Apelo a lo más bello de tu corazón, para que me permitas llevarme a mi Padre. Si accedes, te prometo que, cuando llegue el nuevo

amanecer del cosmos, te montaré y juntos daremos un viaje cósmico para contemplar el nuevo reinicio de la vida.

—Tienes un espíritu tan puro que has hecho llorar a tu sombra, es la primera vez que veo a una hacerlo. Llévate a tu Padre.

—¡Gracias! ¡Gracias! —exclamó Katherine y luego preguntó—. ¿No tendrás problemas con tu Creador?

—No sé qué sucederá, cuando llegue delante de mi amo sin tu Padre, me atenderé a todo. Si ves qué galapo a toda velocidad alrededor del cosmos para comprimirlo, fue el precio que pagué por desafiarlo. Adiós, niña hermosa. Me llevo el recuerdo de tus ojos como los luceros más bellos de todo el universo.

Katherine observa como el bello corcel indomable galopa a toda velocidad por el cosmos, y le susurra unas bellas palabras: Tus ojos me hechizaron por la ternura que emanan de ellos; seremos como el cuento del anciano, “La Bella y la Bestia”. Te llevas mi corazón, recuerda, devolvérmelo en la llegada del nuevo alba.





## Capítulo 18

### Los recuerdos

Katherine, luego de enfrentarse a Otlarakus regresa con el espíritu de su Padre, donde Dios está trabajando con la esfera del reinicio de la vida. Ella no deja de contemplar las sombras que lo envuelven, porque duerme profundamente como una hermosa mariposa que descansa en los pétalos de una bella flor. Llega al lugar inhóspito de la esfera y la recibe el general Aurios, se pone feliz de verla, y él, con mucho cariño, le pregunta:

—¿Cómo estás, niña?

—Me encuentro bien, pero estoy abrumada por ver el espíritu de mi Padre envuelto en sombras como si fuera una momia de Egipto. ¿En dónde está el Creador?

—Creó esa cúpula y se encerró dentro en ella con la esfera, tengo que quedarme aquí hasta que él decida salir. Me dijo, antes de entrar, que tan pronto llegaras tocarás con mucho cuidado la cúpula para darte un mensaje —dijo el general Aurios.

Katherine con ternura toca la cúpula y le pregunta al Creador:

—¿Cuál es tu nuevo mandato para mí?

—Hola, mi bella mariposa de luz. Ve a mis aposentos y debajo de mi trono hay una pequeña esfera cristalina, pareciera como si fuera de cristal y en ella está escrita en hebreo la palabra limbo. Luego libera la esfera en la superficie del planeta —respondió Dios.

—¿Para qué es la esfera del limbo? —preguntó Katherine.

—Al estar tu Padre en reposo divino, con los ángeles y demonios dormidos, ninguna alma podrá entrar al cielo ni al infierno hasta que tu Padre despierte. Por ello, toda alma que abandone un cuerpo humano estará en la esfera del limbo hasta el juicio final.

—Ahora comprendo porque se desató el caos en el cosmos por las sombras. ¿Habrá tranquilidad hasta el juicio final? ¿Algún otro mandato? —preguntó Katherine.

—Deja el espíritu de tu Padre frente a la cúpula, nadie puede entrar aquí. Cuando el último grano de arena de tu reloj caiga, sufrirás un tormento de dolor, al igual que lo sufriste en la crucifixión del Nazareno. Luego buscarás a Otlarakus para que juntos den comienzo al nuevo ciclo de la vida. Adiós, mi bella mariposa de luz. Dios no dijo más al despedirse de Katherine. Se concentra en la esfera del reinicio de la vida y la melancolía lo sumerge en los bellos recuerdos de su ángel más amado. Recuerda cuando lo llamó por primera vez cerca de los manantiales.

—¿Luzbel en dónde estás?

—Aquí estoy, Padre. ¿Por qué no me llamas por Lucifer?

—¿Qué te sucede, Luzbel? Tienes que invocarme por el nombre de Hacedor. ¿Por qué me llamas, Padre? ¿Y por qué quieres que te llame por Lucifer? No lo comprendo.

—Anoche, tuve la visión de que yo era un dragón con cuernos, y mi aliento de fuego quemaba a tus criaturas humanas, y yo disfrutaba mucho haciéndolo. Le diste el mandato a Eva en llamarte Dios, y luego había que llamarte Padre. Solo sigo tu mandato del futuro para que veas cuánto te amo.

—No fue una visión, solo tuviste una mala pesadilla anoche.

—Hacedor, déjame llamarte, Padre. A pesar de que fue una pesadilla, me gustó invocarte con ese nombre. Por favor, llámame Lucifer. Me fascina ese nombre.

—Me podrás invocar por el nombre de Padre y te llamaré Lucifer. Pero con una sola condición: que no me vuelvas a hablar, que soñaste con que eras un dragón destruyendo la vida de cualquier ser vivo.

—Prometido Padre, no te diré más de mis sueños. Tengo una curiosidad. ¿Por qué yo tengo alas y tú no?

—Sí, tengo alas y son mágicas, pero solo van a salir cuando toques mi nariz. Inténtalo y luego volamos por encima del manantial. Dios comienza a llorar dentro de la cúpula por los bellos recuerdos y Lucifer siente su tristeza a pesar de que está profundamente dormido y le dice a través de sus pensamientos:

—Perdóname, Padre, por todo el dolor que embarga tu espíritu, por mis acciones. No llores porque tu tristeza fragmenta mi ser. Quisiera salir de aquí y volar contigo en los manantiales celestiales, igual que cuando era un niño.

—Hijo mío, no tengo nada que perdonarte. Tu amor incondicional es el motor que me impulsa a enmendar todo lo que salió mal, desde el comienzo de la creación. Descansa y no te preocupes por mí, pronto todo acabará.

—Te lo ruego, Padre, no llores. Porque tu llanto me condena más, y tus lágrimas retuercen mi espíritu. Te lo suplico, déjame libre, termina con mi agonía y con el dolor que te causo.

—Mi ángel de luz, para terminar con tu agonía tendría que arrancarme el corazón y no tengo las fuerzas para hacerlo. Descansa hasta que tu espíritu sane de las quemaduras del sol,

luego ya no sentirás dolor y podrás volar con libertad a donde tú quieras. Duerme, hijo mío. Dios le habló a Lucifer con un sentimiento armonioso que se volvió a dormir y recordó la primera vez que enfrentó Uglklón por construir los aposentos celestiales cerca de sus dominios.

—¡Oh, Yahveh! ¿En dónde te encuentras? —preguntó Uglklón con la voz entrépita, resonando en los aposentos celestiales.

—¡Uglklón, baja la voz! Luzbel descansa, tus gritos son estruendosos y ensordecedores. ¿Qué quieres? —inquirió Dios con la voz vertiginosa.

—¡Tus aposentos son estruendosos!, y su luz resalta en mis aposentos y despiertas a mis sombras que duermen plácidamente. Busca la manera de bajar la intensidad de su luz —respondió Uglklón de forma impetuosa.

—¡Entra, Uglklón!, no te quedes parado frente a las puertas. Sabes que este es tu hogar también. ¿Qué te sucede? ¿Por qué estás de malhumor? —dijo Dios con la voz teñida en la armonía.

—¡Yahveh estoy preocupado! —dice Uglklón con un tono pacífico—. Cada vez que creas algo, mi silencio es interrumpido y las sombras se inquietan, perturbando mi paz. Hemos coexistido en el ciclo de lo infinito y siempre volvemos a lo mismo.

—Tranquilo Uglklón, déjame en este recipiente un manto de sombra y lo pondré encima de mis aposentos para no inquietar tu tranquilidad y poder coexistir contigo como buenos vecinos.

—Gracias, Yahveh no esperaba menos de ti —dijo Uglklón regocijado con la propuesta de Dios.

Entre lágrimas y bellas sonrisas, el Creador siguió recordando.

—Miguel, no le arranques las plumas a las aves celestiales para

hacerle cosquillas a tu hermano en la nariz mientras duerme.

—Hacedor, me gusta verlo enfadado para que me persiga por los manantiales. Él me hace lo mismo, es un juego entre nosotros.

—No comprendo. ¿Para qué juegan de esa manera?

—Sígueme, Hacedor, para mostrarte. Cuando nos despertamos con la pluma haciéndonos cosquilla en la nariz, quien llegue primero aquí, tiene que dibujarte con las nubes niños ángeles para hacerte sonreír. Es el juego que Luzbel y yo siempre jugamos en honor a nuestra creación. ¿Te gusta?

—Están hermosos los dibujos. Vamos a darle una sorpresa a tu hermano Luzbel. Toca con la pluma la nariz de cada dibujo, para que veas como cobran vida. Y así el Creador recordó cómo sus hijos predilectos les dieron vida a todos los ángeles dibujados con las nubes celestiales.

Ha transcurrido un largo tiempo desde que el Creador se encerró en la cúpula para seguir trabajando en la esfera del reinicio de la vida. Katherine, preocupada por no tener noticias durante ese tiempo, decide investigar qué sucede. Llega con el general Aurios y le pregunta con el cariño que siempre la ha distinguido.

—¡Hola, general Aurios! ¿Qué ha sucedido? Ha pasado un milenio y no he tenido noticias del Creador. Hace un siglo se detuvo el reloj de arena y solo faltan por caer cuatro granos.

—¡Hola, niña Katherine! ¡Qué alegría siento por verla de nuevo! Realmente en este lugar el tiempo no se percibe, para mí fue como un día que pasó desde que la vi por última vez. Si el reloj de arena se detuvo, entonces tiene que ver con su Padre.

—¿Qué sucede con mi Padre? —preguntó Katherine.

—Sígame, niña, para mostrarle. Tuve que mover el espíritu de su Padre a este lugar porque comenzó a crecer y estuvo a punto de tocar la cúpula del Creador. Pareciera que las sombras que lo contienen están a punto de quebrarse —dijo el general Aurios.

—Esto está muy mal, algo muy terrible sucederá, voy a hablar con el Creador, aunque se enoje conmigo —dijo Katherine con la voz teñida en los augurios que presagian el mal.

—Niña, no toques la cúpula; tiene un resguardo celestial que disipa cualquier amenaza y si algo se le acerca es vaporizado. Por eso moví el espíritu de su Padre a ese lugar seguro. De repente, el lugar inhóspito donde estaba el Creador comienza a temblar, y las sombras que contenían confinado a Lucifer son devoradas por su boca, y con un grito estruendoso que resuena en la mitad del cosmos pregunta furioso:

—¿En dónde estás, Padre?

—Amo, el Creador está dentro de esa cúpula y todos cuidamos de usted el tiempo que estuvo dormido —dijo el general Aurios para tratar de apaciguar la furia de Lucifer.

Katherine, con su amor incondicional de hija, le pregunta con mucha ternura. —¿Qué te sucede, Padre?

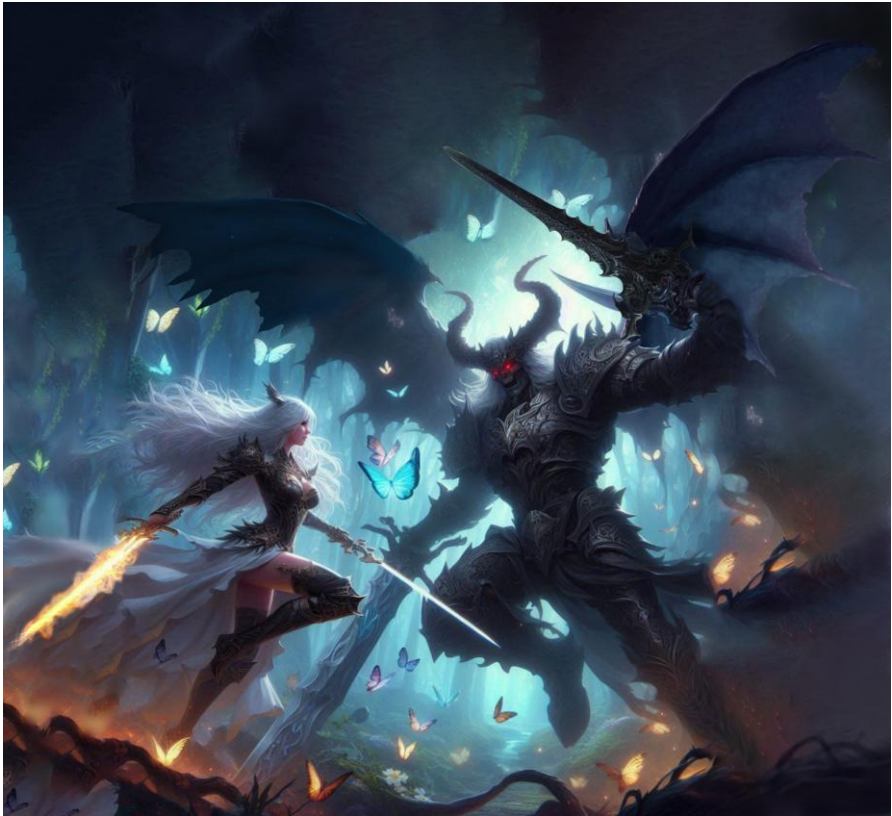
Lucifer, toca con mucha delicadeza el rostro de su hija y le dice:

—Mi niña, ¡qué hermosa estás! Busca un refugio, porque hoy despiertan los cuatro jinetes del apocalipsis.

—Padre, te lo ruego. Trata de buscar paz en la oscuridad del odio que te abruma, para que haya armonía en el cosmos —suplicó Katherine con la voz teñida en la esperanza.

—¡Adiós, mi niña! —dijo Lucifer, mirándola a los ojos, con ese amor único que brota de su espíritu malvado.





## Capítulo 19

# La última batalla de Katherine

Tras Lucifer despertar de su sueño milenario, el cosmos sufre una vibración de acontecimientos, advirtiéndole que el príncipe de las tinieblas ha despertado y el caos se aproxima para cada ser que habita en el vasto universo. Dios siente dentro de la cúpula los presagios que se aproximan y a través de sus pensamientos le habla a Katherine luego de mucho tiempo.

—Mi bella mariposa de luz, el tiempo apremia, escucha cuidadosamente mi mandato. Deja que tu Padre se marche a cumplir con las profecías, nada le sucederá, puedes estar tranquila. El reloj de arena dará comienzo al final de los tiempos. Los cuatro granos de arenas que no han caído representan los cuatro jinetes del apocalipsis. Pronto vendrá Abadón a tratar de destruir la cúpula por un pacto que hizo con Uglón, para retrasar mis planes. Tienes que impedirlo a toda costa, te acompañarán en tu batalla mariposas celestiales para ayudarte en tu enfrentamiento. Esta es nuestra última conversación, te veré en el nuevo reinicio de la vida.

Katherine, luego de recibir el mandato divino, se dirige con el general Aurios, para pedirle una noble petición.

—General, acompaña a mi Padre, tengo que quedarme aquí a proteger la cúpula, se avecinan tormentas llenas de augurios impredecibles.

—Es increíble como el Creador conoce cada movimiento que dan las constelaciones. Sabía que me quedaría aquí cuidando la cúpula por cuidar a mi amo. Cuidaré de mi señor con la fiereza que me caracteriza. Cuídese, niña Katherine —se despidió el general Aurios con la voz teñida en el asombro.

Katherine comienza a caminar por todo el lugar para buscar un sitio donde recostarse y contemplar las estrellas del firmamento. Sus pasos la llevan a la única pradera que existe en ese lugar inhóspito. Observa un hermoso lugar debajo de unos árboles, y una alfombra de pasto verde que le hace la invitación a que se recueste para que pueda descansar.

El aroma de las flores danza con su espíritu y se queda profundamente dormida. Luego de unas horas es arropada por alas de mariposas, y el cosquilleo de las mismas la despiertan. Cuando abre los ojos, tiene en su cuello una espada. Como un rayo de luz, se pone en pie con sus espadas en mano y pregunta de forma áspera:

—¡Padre, te has vuelto loco! ¿Por qué me despiertas con una espada en el cuello?

—Niña ingenua, te salvaron las mariposas y tu audacia en moverte como un rayo de luz. Soy Abadón, la corona de espinas que me pusiste en el infierno me dejaron con esta apariencia demoniaca y ahora me parezco a la abominación de tu Padre.

—Eres un feroz guerrero amilanado, que atacas a tu oponente solo cuando duerme porque no tienes el valor de enfrentarlo de frente —dijo Katherine con voz estruendosa y llena de ira.

Las espadas se alzaron en una danza cósmica y la batalla comenzó. El rechinar de los metales resuenan como los truenos que anuncian una feroz tormenta. La Tierra tiembla de forma abrupta cada vez que las espadas chocan y las injurias de Abadón son las melodías que enfurecen más a Katherine.

Ambos retroceden luego de medir sus fuerzas. Se miran fijamente, y el ambiente se carga de una atmósfera hostil. Katherine le dice:

—Peleas como una niña cuando le quitan su muñeca. Esperaba más de ti. Atácame, cobarde. Ya sé, me acostaré en el suelo y me haré la dormida, para que puedas luchar.

Abadón se pone furioso y con todas sus fuerzas ataca a Katherine. Sus espadas chocan en un torbellino de acero cósmico, cada golpe resonando en un eco de mil batallas. La pradera tiembla bajo sus pies, y las mariposas vuelan alrededor de Abadón para tratar de entretenerlo, pues no le tienen miedo.

El furioso le dice:

—Hablas de cobardía y necesitas mariposas celestiales para que te ayuden. Pensé que eras una guerrera de batallas efímeras. Te confieso algo, Uglón te vendió como una gladiadora peligrosa. Pero se equivocó. ¡Pelea, niña cobarde!

Katherine guarda silencio y le sonríe. Como una estrella fugaz, lo ataca. Ella es audaz y rápida, sus movimientos fluidos como gotas de lluvia. Su espada traza surcos de arcoíris mortales, buscando los puntos débiles de Abadón. Con una fuerza abrumadora, le acierta un golpe contundente que lo derriba y lo deja en el suelo gravemente herido. El grito de horror y dolor de Abadón por su herida mortal hace que los árboles tiemblen y, las hojas lloren

lágrimas, de sangre ardiente. La pradera deja de ser un hermoso lugar y se convierte en un campo de batalla apocalíptico. Abadón se rinde y le dice a Katherine:

—Suelto mis espadas, ya no tengo las fuerzas para seguir con la batalla. ¿Me permites marcharme? Te prometo que no volveré.

Katherine guarda sus espadas, al ver que Abadón está desarmado. Ella le extiende la mano para levantarlo del suelo y, una vez que se levanta, él le clava en los ojos de Katherine las espinas de la corona del Nazareno que ella le puso en el infierno. Aprovecha que está ciega, toma una de sus espadas y le atraviesa el pecho a Katherine. Ella cae al suelo muy malherida y él le dice:

—Espero que sientas el mismo dolor que yo sentí cuando me pusiste en el infierno la corona de espinas del Nazareno. Estuve un milenio sacándome sus espinas y las guardé para ti. Di tus últimas plegarias, tengo que llevarle tu cabeza a Ugklón.

Katherine, como una valiente guerrera, guarda silencio y no suplica por su existencia, aceptando su fatal destino. Abadón levanta su espada y, cuando está a punto de decapitar a Katherine, siente que no puede moverse. Unas sombras lo detienen y en el cielo estrellado se escucha un bufido estruendoso: es Otlarakus, que viene a rescatar a Katherine.

Abadón es apresado por mantos de espectros y sombras oscuras hasta que exterminan su espíritu y se desvanece sin dejar rastro de que alguna vez existió.

—¡Niña, he llegado tarde! —exclamó Otlarakus.

—Por favor, ponme delante al frente a aquella cúpula; mi espíritu se está apagando y, a punto de desvanecerse de la luz.

—Te muevo con delicadeza —dijo Otlarakus.

—No pensé que en mi último aliento iba a contemplar la criatura más bella del universo —dijo Katherine, casi sin poder hablar, sus palabras son susurros que vuelan en el aire.

Otlarakus ordena a las sombras que la levanten con mucho cuidado y la pongan donde ella dijo. Él, con mucha ternura, acaricia con su nariz el rostro de Katherine, y ella le sonríe; solo lo puede sentir: está ciega y moribunda.

—¿Puedo hacer algo más por ti? —preguntó Otlarakus, triste.

—Recuéstate a mi lado, déjame sentirte. Quiero impregnar mi espíritu de tu hermosa bondad —dijo Katherine, sollozando.

Otlarakus pone su cabeza en su pecho para consentirla, y ella lo abraza. De repente, el lugar se ilumina y una voz con un eco de mil legiones pregunta:

—¿Quién eres? Apartarte de mi hija.

Legiones de espectros con sombras y demonios se alzan para comenzar una batalla, y la voz de Katherine es la dulce melodía armoniosa que calma el encuentro.

—Padre, ordena a tus demonios que no ataquen a quien me acompaña. Me salvó de un final fatal: él no habla nuestra lengua. Te suplico que no le hagas daño; le diré que se aparte para que te puedas acercar.

Otlarakus le hace reverencia a Lucifer y le permite el paso para que se pueda acercar a su hija.

—¿Quién te hizo esto, mi niña? —preguntó Lucifer con sus ojos llenos de tristeza y lágrimas de fuego corriendo por su rostro.

—Fue el cobarde de Abadón. Su espíritu fue abatido por el ser que estaba a mi lado antes de tu llegada. En la vida, cuando tienes

honor, eres atacado sin piedad. ¡Adiós, Padre!

El espíritu de Katherine perdió su luz divina y comenzó a hundirse lentamente en la Tierra. Lucifer, lleno de ira, va a la cúpula y con todas sus fuerzas comienza a golpearla sin detenerse. Llorando desconsoladamente, gritó furioso.

—Sé que me escuchas, Padre, esto es lo último que te puedo perdonar. Voy a destruir todo lo que has creado y empezaré por la Tierra —dijo Lucifer con su voz que resonó en el firmamento.

Los demonios, en un eco de mil lamentos, acompañan a su amo. Lucifer se marchó abatido del lugar con sus legiones, y Otlarakus triste olfatea donde el espíritu de Katherine descansa. Lágrimas de sombras corren por su rostro y las mariposas celestiales lo arrojan para brindarle consuelo. Antes de irse, se despide con ternura.

—He vivido en el ciclo infinito de la existencia, y no supe lo que fue el amor hasta que tus ojos de hechicera cautivaron a los espectros que guían mis penumbras. Los astros vivirán aterrorizados porque no habrá estrella en el cosmos que no apague para amortiguar mi dolor. ¡Adiós, mi bella guerrera! Espero con ansias encontrarte en la noche que no tiene fin.

Otlarakus destrozado por perder, quien le enseñó el arte de amar más allá de las esencias de cada ser. Las estrellas sienten su furia y tiemblan cuando en el cosmos se escucha un estruendoso bufido, pronunciando el nombre de Katherine.





## Capítulo 20

# Lucifer comienza el apocalipsis

Lucifer invoca a todos los demonios del infierno para comenzar a destruir el mundo, tal como se lo prometió a su Padre. Sentado en su trono, comienza a liderar el plan demoniaco para aterrorizar al mundo. Con un grito ensordecedor ordena silencio a sus huestes.

—Hoy le entrego el bastón de mando a mi fiel guerrero, el general Aurios, luego de mil años, por fin pude soltar el tridente. Cual le entrego como símbolo de mi lealtad. Demonio que se atreva a desafiarlo lo llevaré al núcleo de la Tierra y ahí será encadenado. Las legiones para celebrar la orden de Lucifer gritan: ¡Clemén!, como aprobación a su mandato, y el general Aurios toma la palabra.

—Gracias, mi señor, por tan noble mandato. Para honrarlo, crearé los doce discípulos más aterradores del infierno, si usted me lo permite; con ello llevaré el terror al mundo de los vivos.

Lucifer se levanta de su trono, le da un fuerte abrazo al general Aurios y le dice con la voz templada en la lealtad de mil legiones:

—Hermano mío, salgo a la superficie de la Tierra, para darte la libertad de que tú elijas a los mejores discípulos que nos acompañarán en esta travesía. Te veo en dos lunas en el Monte Everest. Todas las legiones comienzan a gritar extasiados por la maldad: ¡Clemén, clemén, clemén! Es una fiesta, de calor infernal.

Para celebrar la jerarquía y el nuevo orden en el infierno.

—¡Silencio! —ordenó el general Aurios a los demonios—. Daré lectura al pergamino de cómo quedará definida la jerarquía de los doce discípulos de mi señor. Escrito con la sangre de los inocentes.

#### Jerarquía de los Doce Discípulos de Lucifer:

*General Aurios*, el portavoz y comandante en jefe de todas las legiones del infierno: Líder de los generales, la voz de su amo Lucifer. Es carismático y persuasivo. Su palabra es ley, y su presencia inspira lealtad. Representa la tentación y la rebelión en contra de los mortales.

*Belial, el Traicionero*: En los rincones ardientes del infierno, Belial se alza como un ser astuto y ambiguo. Como Judas, no puede mirarse en un espejo, pues teme traicionarse a sí mismo. Su voz, tejida en la traición, susurra a los mortales que son superiores a los demás. Invoca la avaricia y la codicia, llevando a hermanos y amigos a traicionarse por unas monedas cuando menos lo esperan.

*Asmodeo, el Lujurioso*: Asmodeo personifica la lujuria y la pasión desenfadada. Su belleza es su arma de conquista, y su seducción corrompe a los mortales con una voz que parece una melodía angelical. Susurra al oído de los débiles, diciéndoles; que son los más hermosos del mundo, ciñendo en el prójimo la envidia de su belleza.

*Mammon, el Avaro*: Mammon se alza entre los mortales con astucia, brindándoles sabiduría para acumular riquezas y poder. Como un parásito se adhiere al corazón de los débiles, para alimentarse de su codicia, volviéndolos insaciables.

Su mayor virtud es la arrogancia en su poder: observa el hambre en los demás y les niega el pan para no mitigar sus fortunas.

***Baal, el Guerrero:*** En la jerarquía infernal, Baal se alza como el tercero en mando. Su mente está conectada con la del general Aurios, compartiendo pensamientos y estrategias. Con una sola orden mental, decapita a dos demonios, demostrando ser el más temido en la cadena de mando. Baal se convierte en un feroz general, temido por las huestes infernales. Su espada es implacable, y su ira desata tormentas de fuego, ejecutando a demonios que osan en desobedecer.

***Beelzebub, el Señor de las Moscas:*** Beelzebub es el maestro de las plagas. Su risa siniestra atrae a las moscas hacia las heces de todos los seres vivos, llevando enfermedades consigo. Así manifiesta su presencia, atrayendo la decadencia a los mortales más fuertes para verlos derrotados.

***Leviatán, el Monstruo Marino:*** Desde las profundidades abismales, emerge Leviatán como un feroz coloso imponente. Su piel resbalosa y escamosa, forjada para resistir las armas de los mortales, lo envuelve en una coraza impenetrable. Pero es su furia más aterradora es que, cuando se desencadena, provoca tsunamis que arrasa todo a su paso, sumiendo a los desprevenidos en un abismo de agua y caos.

***Astaroth, el Sabio:*** Desde la astucia infernal, Astaroth emerge como un ser de conocimientos de antaño. Sus ojos son hechiceros de secretos ancestrales, y una vez que penetra en la mente del mortal, se convierte en un laberinto de enigmas, atrapándolo en espirales rasgados de locuras.

***Samael, el Ángel Caído:*** Samael es la conciencia infernal de los

justos, construyendo en la mente de los mortales, tormentas de arrepentimientos y dudas. Susurrándoles al oído culpas; que son odiados por el prójimo por sus malas acciones, aunque sean personas de bien. Su belleza angelical, desvanecida por los milenios, tiñe en los demás en su rebelión interna.

***Lilith, la Primera Tentadora:*** Lilith emergía como la madre de los demonios. Tejiendo en vida las almas de los mortales con su risa melódica y su mirada hipnótica. Seduce a los tontos incautos con promesas de poder. Así, cuando mueren, los mortales ya van al infierno convertidos en demonios.

***Azazel, el Exiliado:*** Azazel fue arrojado por Dios al abismo del infierno, por venerar a Lucifer, por sentarse en el trono del Creador. Se dice que incitó a Caín a matar a su hermano Abel. Por ese crimen y otros más, su espíritu está marcado con cicatrices, y su sed de venganza en contra del cielo es insaciable.

***Lucifuge, el Arrepentido:*** Lucifuge con su tierna mirada de arrepentido, hace que todas las almas que van al infierno le confiesen todos sus pecados, escribiendo todas las historias en pergaminos infernales. Es el general más persuasivo del infierno, porque nadie le puede mentir por sus ojos encantadores.

El general Aurios va camino al Monte Everest para reunirse con su señor y llevarle el pergamino de los doce discípulos como gestión de su obra en la cumbre de jerarquía, que se llevó a cabo en el infierno. Reunido con Lucifer, le pregunta:

—¿Mi señor, que prosigue? Ya quedó la jerarquía de mando en sus aposentos—inquirió el general Aurios.

—Gracias, hermano mío —respondió Lucifer con armonía—.

Escogí este lugar para despertar los cuatro jinetes del apocalipsis según las cuatro estaciones del año. El primero en ser despertado será, “El Jinete del Caballo Blanco”, cuando llegue la primavera astronómica el 20 de marzo a las 4:06 a. m.

—¿Alguna razón en particular, mi señor, por la hora? —inquirió el general Aurios consumido por la curiosidad.

—Sí, hermano mío —responde Lucifer enérgico—. La hora es la base de todo. Dividiré a los doce discípulos del infierno en grupos de tres hasta formar los cuatro jinetes del apocalipsis. El 20 de marzo, a las 4:06 a. m. (hora peninsular), será un evento celeste. En ese preciso momento, el equinoccio de la primavera marcará el inicio de la estación en el hemisferio norte. Durante el equinoccio, la duración del día y la noche es prácticamente igual, simbolizando el renacimiento y el equilibrio entre la luz y la oscuridad. Entonces resurgirá, “El Jinete del Caballo Blanco”, del apocalipsis, dando comienzo al juicio final de los tiempos.

—¡Mi señor! ¿Quiénes serán los tres primeros discípulos?

—Te doy el mandato de que forjes a los cuatro jinetes, según tu criterio. Eres mi comandante en jefe de mis legiones y la voz de mi espíritu, te veo aquí en la llegada del equinoccio. Me voy para atormentar a todas las sombras. Abrazaré al planeta con todo mi odio para cumplir con mi venganza —dijo Lucifer, rebotante de maldad, destruir el mundo es su misión infernal.

Transcurrido el tiempo ha llegado la hora de despertar el primer jinete del Apocalipsis. Se reúnen en el Monte Everest, Lucifer y sus discípulos para dar comienzo a la sucesión de armonía por el caos. Toma la palabra Lucifer y ordena la reunión infernal llena en odio.

—En unos minutos el equinoccio llegará, y el tridente será clavado en este lugar de forma vertical. Los tres discípulos elegidos por el general Aurios serán una sola voz cuando toquen las tres puntas del tridente. La transformación será muy dolorosa, pero gratificante.

—Mi señor, aquí tiene el pergamino, de quiénes serán los tres primeros discípulos que forjarán al “Jinete del Caballo Blanco”. Seré yo el caballo, ya que mi espíritu proviene de una criatura salvaje prehistórica. De esta forma me aseguro que su voluntad sea un mandato —dijo el general Aurios, ansioso de dar comienzo al Apocalipsis.

Lucifer guarda un momento de silencio, toma el tridente en sus manos y lo clava en la Tierra. Con un eco estruendoso de mil legiones en su voz, dice:

—Padre, escucha mi mandato, que el cielo sea testigo del nuevo orden mundial a través de mis amados discípulos. Comienza el fin de tu creación. El cielo, teñido con la oscuridad del ocaso, le abre paso al tridente de forma contundente. *El general Aurios, Samael, Belial y Lucifuge* tocan el tridente en la hora exacta en que llega el equinoccio de la primavera. Un rayo de luz se alza y atraviesa el cielo. Las nubes blancas dibujan a un jinete sonriendo cabalgando en un caballo con su mano, dando la bienvenida al alba.

Lucifer, contemplando su nueva creación, le da una cálida bienvenida al nuevo ser que renace de sus discípulos.

—Mi señor, somos *Alípsis*, el primer jinete del Apocalipsis. Lea los mandatos que se escribieron en el pergamino de la destrucción. Seremos la voz del infierno en la conciencia de cada ser vivo que

habita en la tierra. Su mandato es la ley de un nuevo comienzo. El Monte Everest tembló ante la creación de Lucifer. El equinoccio marcó el presagio de un inicio del fin de los tiempos, y los discípulos se transformaron en los heraldos de la exterminación, de la humanidad para *cumplir las profecías del Apocalipsis*.



## Capítulo 21

# Tornado cósmico

Se cierne sobre el Monte Everest un manto de maldad con los tres demonios discípulos de Lucifer, los más despiadados del infierno para dar la bienvenida al invierno eterno junto con, “*El Jinete del Caballo Pálido*”, estos tres seres demoniacos se fusionarán en el equinoccio para renacer como Efernío, cuál llevará penumbras y frío a todo el planeta. Estos temibles demonios son:

***Samael, el Ángel Caído:*** Samael es la conciencia infernal de los justos, construyendo en la mente de los mortales, tormentas de arrepentimientos y dudas. Susurrándoles al oído culpas; que son odiados por el prójimo por sus malas acciones, aunque sean personas de bien. Su belleza angelical, desvanecida por los milenios, tiñe en los demás su rebelión interna.

***Asmodeo, el Lujurioso:*** Asmodeo personifica la lujuria y la pasión desenfrenada. Su belleza es su arma de conquista, y su seducción corrompe a los mortales con una voz que parece una melodía angelical. Susurra al oído de los débiles, diciéndoles; que son los más hermosos del mundo, ciñendo en el prójimo la envidia de su belleza.

***Mammon, el Avaro:*** Mammon se alza entre los mortales con astucia, brindándoles sabiduría para acumular riquezas y poder.

Como un parásito se adhiere al corazón de los débiles, para alimentarse de su codicia, volviéndolos insaciables. Su mayor virtud es la arrogancia en su poder: observa el hambre en los demás y les niega el pan para no mitigar sus fortunas. El cielo le sonrío a la primavera para darle la bienvenida, pero se escuchan cuatro campanadas y una voz se alza con el eco de tres voces demoniacas diciendo:

—He abrazado al equinoccio para condenarlo a la oscuridad y al silencio. El planeta es condenado al invierno eterno y el sol se esconderá detrás de la penumbra que no tiene fin. Por mandato de mi señor Lucifer, se ordena el preludio a una glaciación perpetua. *Soy Efernío*, el cuarto jinete del Apocalipsis y el fin de los tiempos comienza.

Se cierne sobre la Tierra un manto de frío apocalíptico, como si el mismo aliento de la muerte hubiera descendido desde el cielo, para susurrarles a los oídos de los humanos. El aire se vuelve denso y difícil de respirarlo, la nieve se adhiere a las hojas marchitas de los árboles. Los ríos, antes coloridos de vida, ahora fluyen con lentitud, sus aguas cristalinas congeladas por el hielo.

Hermano contra hermano se alza en una lucha por la supervivencia, desatada en las calles desiertas. Las miradas sombrías, como las de un depredador, y las manos, antes extendidas en gestos de noblezas, ahora empuñan armas improvisadas. El pan, ese simple pedazo de sustento, se convierte en un tesoro invaluable y el oro en un desecho sin valor.

Los estómagos rugen como feroces leones por el hambre, y la desesperación se refleja en los ojos como animales hambrientos buscando algo para comer. Los humanos, seres que alguna vez tejieron sueños y esperanzas, se transforman en viles carroñeros. No hay lugar para la piedad ni la compasión.

La ley del más fuerte prevalece, y los débiles son arrastrados hacia la oscuridad como alimento. Niños llorando en silencio, sus cuerpos demacrados, sus almas quebradas por la soledad. Las risas se han extinguido para siempre, reemplazadas por gruñidos y suspiros con horror.

La civilización inquebrantable se vuelve tan frágil como la hebra de un hilo teñida en la hambruna. Y la red de conexiones humanas, se desmorona como castillos de arena. Las ciudades se han convertido en tumbas de acero y concreto. Los campos, en sepulcros de la Tierra infértil.

Luces parpadean como presagios de sobrevivencia. La oscuridad se abre paso entre el horror y avanza como un tren descarrilado arrastrando todo a su paso. El sol se esconde tras un velo de una condena perpetua de nubes negras. La esperanza se ha vuelto un recuerdo ambiguo y lejano, escrito en bloques de hielos.

Los corazones se han vuelto duros como el acero oxidado, y la fe se volvió un suspiro del ayer, desvanecida en el olvido. La vida misma se aferra como una vela encendida, que lucha en medio de una tormenta, para que su luz sea un faro en la oscuridad.

Los humanos, antes criaturas racionales y predecibles en su búsqueda de amor y felicidad, ahora son animales salvajes e impredecibles. Las necesidades los han transformado en sombras de bestias errantes, dispuestas a cualquier sacrificio por un pequeño bocado lleno de calor.

Las almas retorcidas en la oscuridad se han vuelto pecaminosas, llenas de una maldad infernal, y la moralidad se ha desvanecido en el viento frío, quedando atrapada en la crisálida de la injusticia. Así, en este mundo sumido en el frío imparable e implacable, *Efernío*, el cuarto jinete del Apocalipsis, observa desde las sombras. Su presencia, la encarnación de la muerte misma, y su risa retumba en los corazones de los que aún luchan por sobrevivir.

Como en un éxodo, las sombras aterrorizadas vuelan como enjambres de langostas hacia el fin del cosmos, huyendo del invierno que se proclamó el rey de las cuatro estaciones por la mano *Efernío*. Los astros lloran por los mantos de oscuridad que se tejen a su alrededor, sus vibraciones llevan el presagio de una penumbra que les asecha en su fuego renaciente que se vuelve tibio como la llama que se va extinguiendo.

Lucifer, cegado por el dolor y la ira, no ha podido ver el caos que se cierne en el cosmos. Solo siente satisfacción por la hambruna de la humanidad y desde el cielo contempla la destrucción de su obra. El manto estelar ha sido desgarrado por las sombras que huyeron en busca de un refugio. Como un globo que se desinfla, el velo que sostiene al cosmos ha colapsado sobre sí mismo, creando un

inmenso tornado cósmico, devorando galaxias como granos de arena. En el epicentro del cataclismo, los astros parecen hojas secas en el otoño en un baile frenético de una danza mortífera.

Las estrellas, antes majestuosas y diosas del cosmos, ahora se retuercen como la hebra de un hilo en agonía. Sus destellos agonizantes se desvanecen como fuegos artificiales en la oscuridad. Los planetas se vuelven como los náufragos en un mar de fuerzas cósmicas, se aferran sus órbitas como la presa que quiere escapar de su captor, pero son arrastrados como la creciente de un río hacia el abismo.

Las constelaciones, una vez firmes y definidas, se deshacen en fragmentos, como las cenizas que vuelan en el viento de una tormenta. Un sol moribundo emite su última vibración Astrávida y su corona ardiente se desvanece como la llama de una vela en el anochecer. Lucha en contra de las fuerzas gravitacionales catastróficas, liberando llamaradas que se retuercen como serpentinadas de fuego.

Los agujeros negros, insaciables, se devoran así mismos y todo a su paso, en una danza donde la luz se desvanece dentro de los confines de la destrucción. La cúpula en donde está el Creador brilla con una luz encandiladora, y el espíritu de Katherine renace envuelto en una crisálida. Una voz llena de ternura le susurra en sus pensamientos:

—¡Despierta mariposa de luz!

—¿Quién eres y en dónde estoy? —inquirió Katherine.

—Soy el Nazareno y estás dentro de una crisálida. Mi Padre comenzó el reinicio de la vida y te necesita.

—Ya no quiero ser parte de los planes del Creador, estoy cansada de ser un peón en el fichero de la creación. Estaba en un hermoso sitio rodeada de una paz inquebrantable, y tu voz me trajo de vuelta —dijo Katherine abrumada por la desilusión.

—Tienes el libre albedrío de elegir, pero tu Padre Lucifer está en peligro de que su espíritu sea exterminado por las consecuencias de sus acciones —dijo el Nazareno de forma persuasiva.

—¿Por qué mi espíritu no se exterminó en la batalla con Abadón? —inquirió Katherine de forma abrupta.

—Somos los únicos seres en el cosmos que tenemos el don de la metamorfosis, para tomar la apariencia de los humanos a través de nuestros espíritus, dotados, por el Creador en todos sus planes. Mi sangre en las espinas te salvó y condenaron a Abadón por no gozar de la gracia de nuestro Creador. Por ello, cuando tu espíritu fue abatido en la batalla, de inmediato la crisálida te refugió para tus heridas. Ahora renacerás como cuando fuiste creada —dijo el Nazareno.

—Te soy honesta, a pesar de que estoy decepcionada con el Creador, lo ayudaré por mi Padre. Haré todo lo que esté a mi alcance para ver si un día lo vuelvo a ver como un ángel de luz impecable, igual que cuando estuvimos en el principio de la creación —dijo Katherine, teñida en una falsa esperanza.

—Cuando salgas de la crisálida, volverás a tu esencia en la creación, como una bella mariposa de luz —dijo el Nazareno.

—Me consume la intriga. ¿Entonces ya no podré tener el cuerpo de una humana? —preguntó Katherine llena de tristeza.

—No lo sé, solo el tiempo lo dirá. Cuando salgas de la crisálida tendrás la fuerza de mil trillones de soles. Debes volar con todas tus fuerzas alrededor del cosmos para contraerlo hasta este punto, y una vez que lo hayas logrado, el reinicio de la vida comenzará. Debes apresurarte que el tiempo apremia y el velo estelar colapsó en sí mismo y se está destruyendo. En tus manos queda la voluntad del Creador, nos vemos en el nuevo amanecer —dijo el Nazareno.



## Capítulo 22

# La sombra se tiñe de luz

Katherine emergió de su crisálida con majestuosidad, y sus alas extendidas como un lienzo de luz iluminan al cosmos. Se alza una chispa de esperanza para las estrellas que aclaman por un milagro divino. El manto oscuro del universo parece cobrar vida en una danza cósmica y es Otlarakus que abraza a Katherine y le dice:

—Mis ojos se han iluminado por primera vez. ¡Qué alegría ver que tu luz nunca se extinguió!

—Tu voz fue la melodía que añoré en lo profundo de mis temores, cuando el silencio me condenó a la soledad —dijo Katherine con su voz angelical.

—Me has condenado al exilio de mis penumbras, navegando en un abismo de profunda soledad, acompañado por el silencio solemne de mis sombras que solo me dibujaban tu tierna sonrisa, para nunca olvidarte —dijo Otlarakus con su voz teñida a la melancolía.

—Me ha encantado que mis ojos hayan palpado a la criatura más bella del universo luego de despertar de lo profundo de mi sueño perpetuo —dijo Katherine, abrumada por la felicidad.

—Nuestro reencuentro ha sido un infortunio por el caos que se impregna en el cosmos. La amargura de tu Padre ha despertado a la deidad Autofágico —dijo Otlarakus con su voz atada a la tristeza.

—¿Quién es la deidad Autofágico? Es la primera vez que escucho su nombre —inquirió Katherine con asombro.

—La deidad Autofágico fue creada por Yahveh y Uglón, en el principio de su coexistencia cósmica, por un conflicto de territorio estelar. La luz y la oscuridad son una entidad única separada por conciencias distintas. Para evitar más conflictos entre ellos, la crearon con una gota de la esencia de cada uno, con un pacto que, en el momento que cualquiera de los dos incumplieran lo pactado, se despertaría la deidad Autofágico para devorar la existencia de la luz y la oscuridad. Por ello solo podemos contemplar nuestro reencuentro hasta que llegue el fin de todo —dijo Otlarakus con la voz teñida a la culpa.

—Un fuego arde cuando tiene combustible; apaguemos las llamas del apetito voraz que tiene la deidad Autofágico. Si me ayudas, mañana tendremos otra oportunidad de ver a las estrellas, sonreír con su calor —dijo Katherine, aferrada a la esperanza.

—¿Qué debemos hacer? —inquirió Otlarakus con una tierna mirada.

—Para salvar lo que queda del cosmos, debemos comprimirlo hasta el punto donde está la esfera del reinicio de la vida. Si me permites cabalgar en tu lomo, crearé a través de tus sombras anillos de contención cósmicos. Volaremos energizados como un solo cuerpo —dijo Katherine con voz tenue y con la mirada fija en los ojos de Otlarakus.

—Sube a mi lomo y sujétate con todas tus fuerzas, ordenaré a las sombras que doblen el espacio-tiempo, para acortar nuestro viaje estelar, el cosmos va a vibrar como nunca —dijo Otlarakus, su voz, una armonía estruendosa que lleva esperanza a las estrellas.

Katherine subió al lomo del corcel de las sombras, se sujetó con todas sus fuerzas y extendió sus alas. La mirada de Otlarakus se llenó de un brillo cósmico por primera vez y su hermoso cuerpo estelar se tiñó de matices radiantes. Su ser se llena de una mezcla de asombro y determinación.

La esencia de los dos se teje en sueños y esperanzas, atados al cruel destino de las incertidumbres. Katherine con sus alas extendidas encima de Otlarakus navegan en el vasto cosmos de mantos estelares como un velero en medio de un huracán con fuerzas sombrías. El llanto de los astros, que son devorados por la deidad Autofágico, se cierne sobre ellos como una horrible entropía por la destrucción que tiñe la desolación en el panorama del universo. Los estruendos abismales resuenan de forma contundente, en cada rincón del cosmos cuando las galaxias chocan entre sí por la fuerza que ejercen los anillos de contención cósmicos que se forman a su alrededor.

El universo, presagiando su final, danza en sombras tejidas con destellos de luminiscencias. De repente las estrellas comienzan a vibrar en la lengua Astrávida para darse consuelo entre ellas, llevan el mensaje que una fuerza celestial está equilibrando el colapso del velo estelar y lo escucha la deidad Autofágico, su furia se entrelaza con su voraz apetito para acallar las plegarias de los astros y Otlarakus le advierte a Katherine.

—Mariposa de luz, la deidad Autofágico descifró la lengua de los astros y viene hacia nosotros furioso. Si lo enfrentamos, seremos devorados por su apetito insaciable. Nunca sentí tanto temor, me abrumba la incertidumbre. ¿Qué hacemos? —Inquirió Otlarakus.

—Guarda la calma, y concéntrate en mi voz. Vamos a atacarlo, con todas nuestras fuerzas combinadas —respondió Katherine.

—No lo comprendes, Katherine, cuando lo atacemos él solo sentirá una pequeña picadora como la de un mosquito, y seremos exterminados si lo enfrentamos —dijo Otlarakus aterrado.

—¡Una pequeña picadora! —exclamó Katherine, y luego dice—. Vamos a unificar nuestros pensamientos en una sola voz. Ahí viene la deidad Autofágico; dejaremos que se pronuncie, para conocer la soberbia de su arrogancia en sus palabras. La deidad toma la forma de Yahveh y de Ugklón, ya que fue forjada con la esencia de ellos. Se muestra con su voz estruendosa y ominosa y les dice:

—Insignificantes criaturas, antes que sean exterminadas, daré lectura al pergamino que fue escrito en mi esencia; cuando la luz cabalga a la oscuridad en una tormenta cósmica, la existencia será exterminada para siempre y la nada volverá a hacer la nada. Digan sus últimas palabras, antes que los devore.

Katherine y Otlarakus en una sola voz y con el eco de mil legiones cósmicas responden:

—Daremos lectura al nuevo pacto para la coexistencia en el cosmos. Cuando la oscuridad encuentre la armonía en la luz y se fusionen para llevar un nuevo equilibrio en la creación, nacerán las legiones de Astrápcion, para devorar al primer pacto. Es nuestra voluntad darle una oportunidad a la belleza de la vida. Te condenamos al exterminio y al olvido. Como un conjuro que desata la ira de la existencia por sobrevivir, millones de legiones de Astrápcion comienzan a picar a la deidad Autofágico, y las pequeñas criaturas infernales lo devoran. Katherine y Otlarakus no comprenden lo que ha sucedido, y es que Dios y Ugklón decidieron

hacer un nuevo pacto a través de ellos. A pesar de sus diferencias, no iban a permitir que la deidad, “La Nada”, despertara y reinara de nuevo.

Luego que la amenaza de la deidad Autofágico fuera exterminada, los anillos de contención cósmica siguen comprimiendo a todo el universo para alejarlo de la fisura del velo estelar que sigue arrasando lo que se cruce en su camino. Otlarakus feliz exclama:

—¡Katherine, lo hemos logrado! La mitad del universo ha sido salvado. Solo falta muy poco para llevarlo hasta el punto isotrópico donde está la esfera del reinicio de la vida.

—Debemos apresurarnos, han pasado dos milenios en la Tierra y los aposentos infernales de mi Padre están a punto de congelarse. La vida humana fue extinguida por *Efernío* al proclamar al invierno el rey de las cuatro estaciones. El Nazareno acaba de enviarme ese mensaje —dijo Katherine con su voz entrecortada.

Con un bufido abismal, Otlarakus ordena a las sombras que usen todas sus fuerzas, y Katherine bate sus alas con la fuerza astronómica que le concedió el Creador, para llevar la contención del universo al punto en donde está la esfera del reinicio de la vida. La cúpula donde se encuentra Dios comienza a radiar una luz intangible y se abre de forma tridimensional.

Como la tela de una araña atrapa al cosmos con delicadeza y lo contrae a la esfera, creando una crisálida de dimensiones abismales cósmicas. Luego el Creador se dirige con Katherine.

—Mi bella mariposa de luz, has cumplido tu misión divina.

—Sabes que lo hice por mi Padre y sin la ayuda de Otlarakus no lo hubiera logrado. Estoy en desacuerdo contigo que nos uses como peones en tu tablero de la creación —dijo Katherine de forma gruñida con la voz tenue.

—Al igual que tú, todo lo hice por Lucifer. Estuviste en la prisión, del infierno y la maldad de los humanos, no tiñó tu espíritu de oscuridad, y siguió siendo puro. El amor que le profetizas a mi hijo me hace quererte profundamente, aunque eres parte de mi creación, tu mirada hacia mí es de soberbia y no te juzgo —dijo Dios con la voz tejida al remordimiento.

—¿Cómo quieres que te mire? Luego de ver como mi Padre, se convirtió en la abominación del universo por tus decisiones. No olvido que por poco nos destruyes a los dos cuando se sentó en tu trono, por obra del arcángel Miguel. ¡Dime Creador! ¿Cómo quieres que olvide todo? —inquirió Katherine cabizbaja y la voz entrecortada.

—¡Guarda silencio! —exclamó Dios con firmeza y dice—. Entra a la crisálida, solo faltas tú para dar comienzo a la nueva vida y todas tus penumbras serán olvidadas.

Katherine, como niña regañada, entra a la crisálida de malhumor, y la pequeña abertura se cierra, para dar comienzo al reinicio de la vida. Dios se para frente a la crisálida y con voz estruendosa da el mandato para que inicie el nuevo orden cósmico: “Doy el mandato a las legiones de Astrápcion que reparen el velo estelar y sean los nuevos guardianes del orden en el cosmos. Será escrito en todos los pilares de mis aposentos el decreto divino; que la vida resurgirá sin la maldad, aquella criatura que tenga un pensamiento de perversión será exterminada desde su alma hasta su sombra”.

“Doy el mandato a la sinfonía de la armonía que, cuando su última nota se entrelace con la culminación de la renovación del globo estelar, se despierte el reloj cósmico y la crisálida resurja de su hibernación con la nueva vida de estrellas y planetas. Que en cada lugar del nuevo universo se forjen las criaturas más hermosas y puedan convivir en un equilibrio con la coexistencia”.



## Capítulo 23

### El reinicio de la vida

Los milenios pasaron frente a la crisálida, como un soplo de la brisa, y la última tonada de la armonía sonó cuando el reloj cósmico dio el campanazo estruendoso para que los seres vivos tomaran su lugar en el cosmos. Criaturas majestuosas llenaron con matices los nuevos planetas y las estrellas celebraron con un cántico armonioso estar orbitando en alguna constelación. Un nuevo equilibrio abraza a todo el universo. El trinar de las aves resuena en los aposentos del Creador y con una voz tenue dice:

—¡Despierta Luzbel! Quiero que veas el nuevo mundo que he creado para ti.

—Hacedor, me he quedado profundamente dormido y solo recuerdo que jugaba en los manantiales. ¿Por qué he crecido tanto?

—Mi ángel de luz, tu crecimiento, es una historia milenaria que un día de estos te contaré. Pero ahora solo quiero que observes con tus propios ojos, la creación de un universo paralelo solo para ti, espero que te guste —dijo Dios rebosante de felicidad por ver a su ángel nuevamente con su luz divina.

—¿Hacedor, esas criaturas que son?

—Son los dinosaurios, las criaturas más hermosas de toda la creación en el cosmos —respondió Dios.

—Ese dinosaurio, ¿qué tiene en su cabeza? —inquirió Luzbel con la curiosidad de un niño de cinco años.

—Es una hermosa mariposa que juega con él —respondió Dios con la voz llena de ternura.

—¿Puedo tocarlo?

—Ve y juega con él, cuida de este mundo que te hice con todo mi corazón para ti. Tengo que irme a descansar una eternidad para reponer mis energías. Te ruego que cuides de ti, el tiempo de mi ausencia. Me marchó, mi ángel de luz —dijo Dios con su voz teñida a la armonía.

Dios se marchó a los confines del universo, confiado en que la maldad del hombre jamás resurgirá de nuevo en ninguna parte del cosmos. Cansado por su travesía y su viaje, aclama por Uglón.

—¿Qué sucede esta vez? El estruendo de tu voz hace ecos en mi cabeza y me inquieta —dijo Uglón molesto.

—Ya ha quedado el nuevo orden cósmico y tenemos que descansar. ¿Está preparada nuestra crisálida del descanso? ¿Y tú estás listo para una siesta cósmica? —inquirió Dios con un tono pícaro.

—¡Yahveh! Todo ya está preparado, como siempre lo hacemos en cada reinicio de la existencia. Pero esta vez no arrojare a tus recuerdos con mis sobras. He cometido ese error infinitas veces y por poco esta vez despertamos a nuestra progenitora.

—Ya deja de renegar tanto que me recuerdas a mi hijo Luzbel.

—¡Yahveh! ¡Yahveh! Te recuerdo que mi existencia depende de tu presencia, pero esta vez llevaste al límite a tu ángel de luz. Un día tu amor por tu criatura nos condenará a los dos a la nada.

—Ugklón despliega tus manos al cosmos y demos el mandato para que nadie interrumpa nuestro descanso —dijo Dios.

El cosmos guarda en un momento de silencio en reverencia, mientras el Creador y Ugklón pronuncian sus mandatos divinos. Sus voces resonaron en un eco abismal imponiendo su autoridad, y fusionan sus voces en un coro sagrado:

*“La noche se ha tejido sobre el día con un nuevo despertar. El alba renaciente descansará a la sombra del ocaso por mandato divino. Quien interrumpa nuestro descanso será condenado a un tormento eterno sin piedad dentro de una cripta. Aquel que toque nuestra crisálida será condenado a la nada. ¡Despertaremos en una eternidad!”*

Como la noche que recibe al día así, el Creador y Ugklón se sumergen en la crisálida del descanso eterno. Los astros cantan una canción de cuna celestial, para abrazar el descanso de quienes le permitieron otra oportunidad en el reinicio de la vida. El ángel de luz, siente al Creador como se desconecta del cosmos para descansar y él le envía una plegaria milenaria. Luego mira fijamente a la mariposa y abraza al dinosaurio, con una ternura les dice:

—Como extraño a mi niña y al general, ¿por qué el Creador no borro mis recuerdos? Estaré una eternidad sumido en la tristeza.

—Padre, aquí estamos, teníamos que esperar que el Creador se durmiera, está tan cansado que no puede leer los pensamientos a ninguna criatura de su nueva creación —dijo Katherine feliz.

—Mi señor Lucifer, aquí estoy para servirle. Por poco me delato delante del Creador; quería abrazarlo y me contuve —dijo el general Aurius con su voz templada en una lealtad inquebrantable.

—¿Cómo es posible que conservemos nuestros recuerdos?  
¿Qué sucedió? —inquirió Lucifer con asombro.

—Permítame explicarle, mi señor. Tligtaulik, el demonio intangible e inmutable, fue la primera criatura que caminó sobre la tierra, conoce la esencia pura de cada ser y por eso él escribió un pergamino en nuestros espíritus; así, tengamos formas diferentes, nunca olvidaremos quiénes somos. Espero que me logre perdonar por tomarme tal atributo —dijo el general Aurios con la voz teñida al temor.

—Hermano mío, debes estar contento. Nuestras esencias son inamovibles. Creo que por ello el Creador no se dio cuenta. ¡Cuánto me hubiera gustado que mis discípulos recordaran quienes son y estuvieran aquí con nosotros! —dijo Lucifer, rebosante de felicidad.

—Mi señor, los doce discípulos infernales, tienen escrito en sus espíritus el conjuro de la inmutabilidad, y fue reescrito 666 veces en los pilares del infierno, por si Abadón regresaba y destruía sus aposentos. Solo hay que investigar en qué parte del cosmos se encuentran —dijo el general Aurios.

—Padre, el Creador, previniendo desenlaces cósmicos por parte tuya, creó este universo paralelo para que tú no tengas contacto con los ángeles y tus antiguos demonios. Por eso estarás rodeado solo de criaturas. Cuanto lo siento —dijo Katherine con la voz abrazada a la melancolía.

Lucifer guarda un momento de silencio pensando en las palabras de su hija, observa fijamente la sombra del general Aurios y le dice:

—Sé de alguien que puede conectar con todos los universos paralelos, pero no sé, si responda a tu llamado.

—¿A quién te refieres, Padre? No logro comprender que me hablas, explícame. Sigo sin entender —inquirió Katherine.

—La quimera de sombras que te protegía en la batalla que tuviste con Abadón —dijo Lucifer como si estuviera susurrando una hermosa melodía.

—¡Oh, mi gran amor Otlarakus!, me acompaña en cada sombra que teje la luz. ¿Quieres hablar con él? —preguntó Katherine con una tierna sonrisa.

—¡Por favor! —respondió Lucifer.

La sombra del general Aurios comienza a caminar alrededor de ellos y se alza como un hermoso corcel de sombras y habla.

—Accederé en esta única ocasión de que Katherine sea nuestra traductora, la próxima vez debes hablarme en mi lengua Astrálida. ¿Qué deseas?

—Por tu tono, me hace pensar que no soy de tu agrado. Pero hay algo que nos une. Por mi hija fui a los aposentos de mi Padre a comenzar una guerra, y tú doblaste el espacio tiempo por ella. Es algo que se impregnó en mi espíritu y nunca lo olvidaré. ¿Podemos hablar con empatía? Dejemos a un lado cualquier indiferencia que podamos tener —dijo Lucifer con la voz teñida, como si estuviera tejiendo una tregua con un enemigo.

—Tu percepción de mi tono es correcto, pero no es porque tenga un desacuerdo contigo. Nunca he hablado con nadie más que no sea mi Creador o Katherine, por ello mi incomodidad es palpable. Dime qué deseas, con gusto te apoyaré —dijo Otlarakus.

—¿Puedes conectarte a cualquier universo? —preguntó Lucifer.

—Recién hay un nuevo equilibrio en el cosmos y ya quieres formar otro desmadre —dijo Otlarakus de forma sarcástica.

—Aprecio tu picardía coloquial, eso nos hace entrar en el calor de la confianza —dijo Lucifer a carcajadas.

—¿Sabes, Lucifer? Me caes bien, en el poco rato que llevamos hablando, las sombras me han contado por todo lo que has pasado y sufrido desde que fuiste expulsado de los aposentos de tu Creador y el amor que le tienes a Katherine. Te hago reverencia y me pongo a tus órdenes, no quiero que mi bella mariposa de luz vuelva a estar en peligro —dijo Otlarakus con su voz teñida a un pacto estelar.

—Gracias, amigo, también quiero que mi niña esté protegida, tengo el temor que se vuelva a despertar otra criatura cósmica como la deidad Autofágico, y ponga al cosmos en peligro. Nuestros Creadores descansarán una eternidad y debemos ser los guardianes de esta nueva creación —dijo Lucifer con su voz templada en el presagio de eventos estelares.

—¿Qué tienes en mente? —inquirió Otlarakus curioso.

—Quiero crear un tercer cielo de cada universo, un templo donde forjaremos deidades y en su entrada una hermosa estatua angelical de Katherine, con sus alas extendidas, una espada en su mano y un brazo elevado como dando la bienvenida a quien entre al templo con devoción —dijo Lucifer con la mirada llena de emoción.

—¿Crearás alguna deidad basada en las sombras? —inquirió Otlarakus preocupado por un equilibrio en el poder.

—No, amigo, no voy a crear, vamos a crear todos juntos. Lo primero que haremos será crear la deidad que proteja los límites estelares de tu Creador, para evitar conflictos con mi Padre.

—Gracias, me dejas tranquilo y acallas mis incertidumbres —dijo Otlarakus con una tierna mirada.

—Tengo en mente, si estás de acuerdo, crear dos guardianes cósmicos para que velen por la crisálida de nuestros Creadores. Un guardián estelar de sombras que ponga de nuevo en su órbita a una estrella si cruza los parámetros de los dominios de tu Creador, para mantener el balance en el cosmos entre la luz y la sombra. ¿Qué te parece la idea? Quedó atento a tu respuesta —dijo Lucifer.

—¡Me complace tu sabiduría! ¿Qué nombre le podrás al templo de Katherine? —preguntó Otlarakus con armonía.

—Le quiero llamar al templo, “Katlaracos”, una mezcla de dos nombres, Katherine y Otlarakus, es un honor que ustedes merecen por salvar al cosmos —dijo Lucifer con su mirada rebosante en felicidad.

Transcurrieron los milenios y nuevas deidades nacieron en el templo de Katlaracos, dando paso a un nuevo orden cósmico de coexistencias entre todos los seres que viven en el universo. Un mundo de ensueño se ha forjado gracias a la visión de convivencia de Lucifer, pero de repente algo sucede: comienzan a desaparecer planetas sin dejar rastro de que fue lo que sucedió y una voz estruendosa dice:

—Madre, detente, hemos cumplido tu voluntad —dijo Uglón. Otlarakus como un rayo cósmico va al templo Katlaracos y le dice a Lucifer: —Algo terrible ha sucedido, hay un caos en el universo, se ha despertado la deidad, “¡La Nada!”

***FIN***



*Katherine  
La Hija de Lucifer*



Esta obra fue escrita con amor y respeto a  
nuestro creador, con pensamientos objetivos  
más allá de la fe religiosa.

*Pablo Aguayo Rivera*



